

1819

36 E

PLÁTICAS DOMINICALES

TOMO SEGUNDO Y TERCERO.

PLÁTICAS DOMINICANAS

TOMO SEGUNDO Y TERCERO.

PLÁTICAS DOMINICALES,
QUE EL IL.^{MO} SEÑOR
DON JOSEF CLIMENT,
OBISPO DE BARCELONA,
P R E D I C O
EN LA IGLESIA PARROQUIAL
DE SAN BARTOLOMÉ
DE LA CIUDAD DE VALENCIA
DE QUE FUÉ PÁRROCO.

T O M O II.

Se reimprimen à beneficio del Colegio ó Casa
de Huérfanos de Castellon de la Plana,
fundado por S. S. I.

CON LICENCIA , AÑO 1819.

TERCERA IMPRESION.

BARCELONA: EN LA OFICINA DE TECLA PLA VIUDA,
administrada por Vicente Verdagner, en la calle
de los Algodoneros.

PRÁCTICAS DOMINICALES,

QUE EL ILMO SEÑOR

DON JOSEF CLIMENT,

OBISPO DE BARCELONA,

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE SAN BARTOLOMÉ

DE LA CIUDAD DE VALENCIA

DE QUE FUE PÁRROCO

TOMO II.

Se reimprimen á petición del Colegio ó Casa
de Abogados de Castellón de la Plana,
impreso por S. S. J.

CON LICENCIA, AÑO 1819.

TERCERA IMPRESION.

BARCELONA EN LA OFICINA DE TIEBA Y VINDA,
reducida por Victor Vogeler, en la calle
de los Algodoneros.

PLÁTICA LVI.
DE LA DOMINICA SEGUNDA
POST PASCHA

Predicada á 8 Abril 1742: á 28 Abril 1743; y á 16 Abril 1747.

Ego sum Pastor bonus. Joan. X. 1 r.

1. Bien pudiera la magestad de Cristo haber tomado en el evangelio aquellos augustos nombres que le dió el profeta Isaías. Bien pudiera segun entiende S. Bernardo (*Serm. 11. in Circum. Dom.*) haber dicho: Yo soy admirable en mi nacimiento, consejero por mi empleo, Dios fuerte por las maravillas que obro y penas que padezco, padre del siglo futuro en mi resurreccion, y principe de la paz en mi bienaventuranza: *Vocabitur nomen ejus admirabilis, consiliarius, Deus fortis, pater futuri sæculi, princeps pacis* (*Is. ix. 6.*) Pero como el Señor no bajó del cielo á la tierra á grangearse honras y aplausos, sino á facilitar con su ejemplo y con su doctrina la salvacion de los hombres, no quiso llamarse con aquellos gloriosos nombres, sino con los que mejor manifestaran el desigño de su venida al mundo. Y así decia: Yo soy el médico de los enfermos, el alivio de los afligidos, el Redentor de los esclavos. Yo soy la verdad de los engañados, la guía de los perdidos, la vida de los mismos muertos. Yo soy finalmente, decia en nuestro evangelio, el pastor de los hombres, ovejas de mi rebaño: *Ego sum pastor bonus.*

2. Y que pastor, Oyentes míos? Pastor de un mérito infinito por la dignidad de su persona: pastor de una vigilancia infatigable por el cuidado que tiene de sus ovejas que conoce y le conocen, llama y le siguen; pastor de una ternura singular por la misericordia con que las apascienta y por la generosidad con que se sacrifica hasta perder por ellas su propia vida: pastor perfectamente bueno, como él mismo dice, proponiéndose por ejemplar y modelo á cuantos hubieran de ser pastores de su rebaño ó Iglesia: *Ego sum pastor bonus.* Tiemblo, me pasmo, decia nuestro santísimo prelado santo Tomás de Villanueva, al contemplarme tan desemejante á aquel pastor divino. Qué tiene que ver mi zelo con el suyo? Mi caridad es tibieza, apenas es sombra de la suya.

3. Y si así hablaba el que mereció llamarse ejemplar de prelados ó pastores, qué puedo yo decir reconociéndome tan indigno del ministerio pastoral que ejerzo? Qué? El horror ni aun aliento me deja para confesar mi indignidad. Sea pues mi conocimiento confusion y estímulo de mi conciencia, miéntras para vuestra enseñanza intento, Señores, proponeros esta tarde á Cristo señor nuestro con la calidad de pastor por modelo que debeis imitar los que os hallais constituidos padres ó cabezas de familia; porque sois con toda propiedad pastores, estando á vuestro cargo el cuidado de vuestros hijos sobrinos ó parientes, á quienes debeis apacentar corporal y espiritualmente. Pero persuadido que en lo primero encontrais ninguna ó muy poca repugnancia; pues os veo muy solícitos en todo lo que conduce al bien ó conveniencia temporal de vuestros hijos: solamente me detendré en ponderaros la obligacion que teneis de mirar por su bien espiritual educándolos cristianamente. A ello os obliga la eleccion que Dios ha hecho de vosotros, la conveniencia propia, y el público interes de la Iglesia y del estado, como vereis en el discurso de mi plática.

Primera parte.

4. Los padres ó cabezas de familia que sin poner un singular cuidado en la educacion de sus hijos ó dependientes jóvenes piensan que han de ser virtuosos, no tendrán dificultad en creer que un bajel sin piloto puede navegar seguro entre tempestades y escollos; que una tierra sin cultivo puede producir abundantes frutos: que un caminante sin guía en país desconocido y de noche puede llegar al término de su viage. Porque todo esto es ménos difícil, que no es que un jóven sin educacion no se pierda. Pues la juventud, ó por la falta de experiencia ó por el ardor de la sangre ó por la vehemencia de las pasiones es la edad mas peligrosa. De qué no es capaz una juventud indisciplinada? Qué derrota ha de tomar abandonada á sí propia? Quién lo sabe? Salomon ingenuamente confiesa que es un misterio incomprendible.

5. Tres cosas me parecen difíciles de entender, decia aquel hombre por excelencia sabio (*Prov. xxx. 18.*): el vuelo del águila por el aire, el rastro de la culebra en la tierra, y la derrota de un bajel por el mar son enigmas para mí. Pero aun hay otra cosa decia, que absolutamente la ignoro, cual es el camino que lleva un hombre en su juventud: *Quartum pénitus ignoro, viam viri in adolescentia sua.* Porque segun discurre S. Gerónimo, un jóven en el ímpetu de sus pasiones tiene la rapidez de águila: en la variedad de sus deseos se dobla como una culebra; y en la diversidad de sus pensamientos se mueve como un bajel combatido de contrarios vientos. Si no hay pues quien le dirija, cómo ha de tomar y seguir el camino recto

de la virtud? Cómo ha de llegar al puerto de salvacion?

6. A vosotros padres de familias, os toca enseñar á vuestros hijos ó dependientes en sus primeros años los rudimentos de nuestra religion y los preceptos de nuestra santa ley: á vosotros os toca apartarlos de los peligros y derramar en sus almas la semilla del temor de Dios y de la piedad, que pueda producir frutos de vida eterna. Porque quién ha de tomarlo á su cargo sino vosotros que sois sus ángeles tutelares? sino vosotros que sois, como se explica S. Agustin (*in Joan. Tract. 17.*) los pastores de este pequeño rebaño, de esa Iglesia que S. Pablo llama doméstica? sino vosotros que sois elegidos de Dios para este efecto? En fuerza de esta eleccion estais obligados á educar santamente á vuestros hijos y familia. Si no decidme: para qué fin os ha concedido el Señor la autoridad y el poder? Para que mandando hagais una vana ostentacion de vuestro orgullo? Para que servidos de otros os quedeis en la inaccion ó indolencia? No por cierto. Os ha establecido Dios en el mundo, decia S. Juan Crisóstomo (*de Anna, Serm. 1.*) vicarios y lugartenientes suyos, para que con el cuidado de vuestros hijos tengais parte en los designios de su providencia: os ha establecido guardias y protectores de las almas que redimió con su preciosa sangre.

7. Glorioso empleo, que os hace substitutos del mismo Dios padre universal de los hombres! Mas gravoso empleo que os obliga á hacer á vuestros hijos hombres perfectos! Ser ellos poderosos sabios políticos, es tener algo de hombres; pero temer á Dios amarle observar su santa ley, es á juicio del Eclesiástico (XII. 13.) en lo que consiste ser hombres: *Deum time et mandata ejus serva: hoc est enim omnis homo.* No puedo negar que estais obligados por derecho natural y divino á alimentar á vuestros hijos y á dejarles aquel patrimonio que baste á mantenerse, ó á enseñarles alguna facultad con cuyo ejercicio puedan adquirir su sustento; y aun mas estais obligados los que fuereis nobles á darles aquella educacion que los haga sobresalir en el mundo entre los demas. Pero sin duda estais otro tanto mas obligados á criarlos santamente: á dar á quienes disteis el ser natural, otro ser mejor que es el ser buenos cristianos como dice S. Agustin: infundiendo en sus tiernos corazones el amor de Dios sobre todas las honras y riquezas del mundo.

8. Y como no pueden amar á Dios sin conocerle, y no pueden conocerle sin que os oigan hablar muchas veces de sus perfecciones y atributos, debiera ser su soberanía su inmensidad su poder el asunto de vuestras conversaciones con vuestros hijos. De esta suerte yo aseguro que fueran tan buenos cristianos, tan temerosos de Dios, como son diestros artifices los que entran á aprender algun arte en casa de los mas excelentes maestros. Jamas debieran caerse de vuestra boca aquellas palabras del real profeta: *Venite filii, audite me, timorem.*

Dómini docebo vos (*Ps. xxxiii. 12.*) Venid hijos míos y oid cómo os enseñó á temer á Dios. Venid y os inspiraré el respeto á las verdades de nuestra religion y á los preceptos de la Iglesia, en cuyo seno renacisteis por el bautismo. Venid y os diré que el fin para que os he engendrado es para que sirvais á Dios en esta vida y le gozeis en la otra. Vuestra salvacion, hijos míos, es el único negocio que os importa, y no podreis conseguirle sin el santo temor de Dios: *Venite filii, audite me, timorem Dómini docebo vos.*

9. Mas ay! Cuántos padres en lugar de llamar á sus hijos para darles la lición del temor de Dios, los llaman para darles liciones de insolencia de avaricia y de soberbia! Ay! Cuántas madres en lugar de llamar á sus hijas al templo y al retiro, que son las escuelas de piedad y de modestia, las llaman ó las llevan consigo á los paseos á los teatros y á los bailes, escuelas de la vanidad y de la impureza! Cuántas, contándoles lo que ellas hicieron cuando jóvenes, las inducen con sus depravados ejemplos á que sean herederas de sus vicios! O á lo ménos, cuantas conociendo las perversas inclinaciones de sus hijas, por no disgustarlas, con la mas vil condescendencia las arrojan, ó como decia Isaías (*Lvii. 5.*) las sacrifican al torrente impetuoso de sus pasiones! *Immolantes párvulos in torrentibus.*

10. O qué mal imitan las tales madres á Dios, cuyas veces tienen en la tierra! Pues nuestro padre y señor nos ama mucho mas que ellas aman á sus hijas, y con todo nos corrige y nos castiga, siendo como decia Salomon en los proverbios, su misma aspereza prueba evidente de su amor y de su paternidad: *Quem diligit Dóminus corripit* (*Prov. iii. 12.*) Amais Señores, á vuestros hijos ó sobrinos: no lisongeeis pues sus depravados gustos ó caprichos: corregid sus faltas, y aun castigadlos con rigor, para apartarlos del camino del vicio y reducirlos al de la virtud. De esta suerte desempeñareis la eleccion que ha hecho Dios de vosotros; y vuestra conducta sobre estarles bien á ellos, os estará mejor á vosotros, segun decia Moyses á los Israelitas y vereis en la segunda parte: *Ut bene sit tibi, et filiis tuis post te* (*Deuter. iv. 40.*)

Segunda parte.

11. Muchísimos padres se quejan de la inobediencia de sus hijos; pero muy pocos conocen que ellos se tienen la culpa, por ser la causa de que los otros sean inobedientes á Dios. Cómo quieren ser obedecidos de sus hijos, si por su mala educacion los apartaron de la obediencia debida á Dios? Cómo quieren que sus hijos les tengan respeto, si los indujeron á que le perdieran á su propio Dios? Cómo quieren que guarden el cuarto mandamiento del decálogo, si por su culpa están hechos á quebrantar los otros? Yo bien sé que vuestros hijos están obligados á honraros por mas viciosos que seais; pero

tambien sé que Dios permite muchas veces que ellos os fraten como vosotros le tratais. Vosotros os olvidais de Dios, y vuestros hijos se olvidan de vosotros. Vosotros le despreciais, y ellos os desprecian: al mismo tiempo que vosotros le despojais de su autoridad, el Señor os despoja de la que teneis sobre vuestros hijos.

12. Porque así como la voluntad de Dios segun el mismo dijo, es el principio y la fuente de la soberanía de los reyes y de la jurisdiccion de los legisladores: *Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt* (Prov. VIII. 16.): así tambien lo es de la autoridad que teneis sobre vuestros hijos y familias. Y una vez que abuseis de ella no empleándola en criarlos en su santo temor, con justa razon el Señor como que la recobra y os la quita. Una vez que vuestra casa se hace casa de juego de baile ó de conversacion inmodesta, luego por castigo pasa á ser casa de discordia de division de inquietud, pasa á ser un infierno abreviado. Padres viciosos ó descuidados en la educacion de vuestros hijos, cómo os atreveis á quejaros de sus travesuras y desacatos? Madres lisonjeras contemplativas, cómo teneis cara para venir al templo á representar á Dios las penas que padeceis por la disolucion y tal vez por el deshonor de vuestras hijas? Qué, dirá el Señor, habeis de ser mas bien tratadas de ellas que yo lo he sido de vosotras? Qué me pedís justicia, sin habérmela guardado vosotras? Qué quereis sujetarlas ahora á vuestra voluntad, habiendo siempre condescendido con la suya aunque depravada? Llegais tarde, experimentaréis la desgracia que padeció el infeliz Helí.

13. Este sumo sacerdote y juez de Israel murió penetrado de dolor, al decirle que sus dos hijos habian muerto en la batalla y que el arca del testamento quedaba despojo de los Filisteos. Pues segun nos dice la sagrada escritura era virtuoso; pero como fué demasiadamente contemplativo con sus hijos insolentes y sacrílegos, por sola esta culpa le castigó Dios, quitándole á él la vida y á su posteridad el sumo sacerdocio. Bien podeis ser muy devotos muy caritativos, que como seais descuidados en la educacion de vuestros hijos, os hacen cómplices en sus delitos y sereis desgraciados: será continua inevitable en esta vida vuestra pena, y Dios quiera que no la padezcáis eternamente en la otra. Pero si los educáis santamente, lloverá sobre vuestras casas el celestial rocío: sereis tan felices como el viejo Tobías que mereció que su propio hijo, santo por su educacion, le restituyera la vista perdida y llenara su familia de riquezas y bendiciones.

14. Al mismo paso que vosotros revestidos de la autoridad de Dios, os intereseis en defender sus derechos haciendo que vuestros hijos le sirvan: el Señor tomará de su cuenta el mantener los vuestros haciendo que ellos os honren. Al mismo paso que vosotros los instruyais en sus obligaciones, dará el Señor eficacia á vuestras pala-

labras, y en ellos infundirá respeto y amor hácia vosotros. Serán ellos puestos al rededor de vuestra mesa pimpollos de olivo que coronen vuestras ancianas sienes, y anuncien una perpetua paz á vuestras familias. La buena educacion de vuestros hijos, vuelvo á decir con Moyses, les estará bien á ellos y á vosotros: *Ut bene sit tibi et filiis tuis post te*; y no solo á vosotros, sino tambien á la Iglesia y al estado, como vereis en mi

Tercera parte.

15. En tanto son felices los matrimonios, decia S. Juan Crisóstomo, en cuanto son fecundos de hijos provechosos á la Iglesia y á la república. Y así con él mismo debemos distinguir tres especies de providencia en Dios respecto de las familias cristianas: una providencia natural, una providencia sobrenatural y una providencia política. El designio de la primera es la multiplicacion de los individuos para conservacion de la especie. El designio de la segunda es el aumento del número de los elegidos, la propagacion de la fe, el honor de la religion y la santidad de las familias. Y en fin el designio de la tercera es dar á los príncipes vasallos fieles, y á la patria ciudadanos ilustres que la gobiernen en la paz y la defiendan en la guerra. Estas tres especies de providencia que nosotros á nuestro modo de entender distinguimos en Dios, están entre sí subordinadas. La providencia natural y política dicen respecto á la sobrenatural, que hace felices los designios de las otras.

16. O si quereis que me explique de otra suerte, la recta educacion de vuestros hijos contribuye á su felicidad á la vuestra á la de la república y á la de la religion. Ellos bien criados son granos que producen otros igualmente buenos: son pequeñas centellas que encienden un santo fuego: son preciosos perfumes que esparcen por todas partes el buen olor de Jesucristo. Vuestras hijas bien criadas criarán otras segun las mismas reglas de modestia de dulzura y de piedad. Ellas con su prudencia y ejemplo edificarán á sus maridos; y así se continuará el bien de las familias del estado de la Iglesia.

17. Pero si al contrario os descuidais de la educacion de vuestros hijos, y con vuestra inaccion ó malos ejemplos fomentais sus pasiones que debierais sufocar en la cuna: qué daños causareis á la república, que escándalos en la Iglesia? Sereis como decia Isaías (xxii. 18.) la ignominia de la casa del Señor, sereis los Adanes y las Evas, siendo vuestros delitos pecados originales de vuestros descendientes: sereis los Acabes y las Jezabeles, los Roboames y las Athalías, que dejareis en Israel ó en la cristiandad una posteridad infame maldita, unos hijos que os matarán á pesares y serán vuestros oprobrios.

18. Padres y madres sea el afecto á vuestros hijos mas piadoso
mas

mas racional. Merezcan ellos á lo ménos, diré con el Crisóstomo, el cuidado que teneis de vuestros caballos. Ya que procurais que un diestro picador los dome, y los sujete á la silla á la brida y al freno, tomad de vuestra cuenta el corregir las rebeldes pasiones de vuestros hijos: no permitais que sin rienda corran sueltas por las campañas de la iniquidad. Y cuando vuestro empleo y ocupaciones no os permitan encargaros de su educacion, elegid á toda costa maestros sabios virtuosos que los dirijan con una autoridad suprema.

19. Así lo practicó el gran Teodosio. Aquel emperador digo, gloria de nuestra España y el mas illustre entre todos los de Roma por su valor y piedad, desde el oriente escribió á Graciano compañero suyo en el imperio que buscara en estas provincias de occidente un maestro para su hijo Arcadio; y este lo encargó á S. Dámaso Pontífice sumo, tambien español como Teodosio: quien eligió á Arsenio sabio y virtuoso diácono de la Iglesia de Roma. Y consecuentes á este cuidado y diligencia que puso Teodosio, y á la alta dignidad de las personas á quienes fió la eleccion de maestro para su hijo, fueron las demostraciones de honor y estimacion con que trató á Arsenio. Serás de aquí adelante, le dijo, mas padre de mi hijo que yo mismo. Y en cierta ocasion que entrando en la escuela vió que Arsenio estaba en pie y su hijo sentado, se enojó mucho y quitando á este las insignias imperiales, le mandó que se levantara y se descubriera, y que aquel se sentara en el trono para enseñarle. Y aun mas, quiso que sin atender respetos ni contemplaciones, le castigara cualquier falta ó travesura, como en efecto lo ejecutó Arsenio con la mayor severidad.

20. Me he detenido, Señores, en referiros este suceso memorable de la historia eclesiástica, para que á su vista conozcais cuan culpable es el descuido de tantos ricos y poderosos que no procuran elegir maestros hábiles para la educacion de sus hijos; ó no los encuentran, porque no los tratan con aquel respeto y estimacion que debieran. Y principalmente para que conozcais cuan indigna y vergonzosa es la contemplacion de tantos padres y madres, que lo primero que hacen luego que toman maestro es prevenirle que no ha de castigar á sus hijos, aunque sean insolentes y desvergonzados. Y con este conocimiento no los imiteis vosotros, Señores. Imitad, que es mas digna de imitar la conducta del gran Teodosio.

21. Pero vosotras, Señoras, por ningun título podeis escusaros de educar por vosotras mismas á vuestros hijos ó sobrinos en sus primeros años. Tomadlos en vuestros brazos, y entre las caricias y halagos infundid en su tierno pecho el mas alto concepto de las perfecciones de Dios. Haced lo que hizo Blanca de Castilla con su hijo S. Luis: lo que hizo Constanza de Sicilia con su hija santa Isabel: haced lo que hizo santa Emelia con sus diez hijos todos santos, segun

dijo el Nacianzeno en el elogio de S. Basilio que fué uno de ellos. Yo me admiro y me enternezco cuando leo en el mismo que ántes de morir teniendo á los lados de su cama á su hija santa Macrina y á su hijo S. Pedro, tomándolos de las manos dijo: Señor, segun vuestra ley os ofrezco las primicias y el diezmo de los frutos de mis entrañas, aludiendo á que santa Macrina era la primogénita, y S. Pedro el décimo. O matrona ilustre y dichosa! No solamente esos dos hijos, sino todos los que engendraste puedes ofrecerlos al Señor; pues en todos inspiraste tus heroicas virtudes para lustre y esplendor de la Iglesia.

22. O si vosotros próximos á la muerte pudierais hacer á Dios un sacrificio igual á este! Qué agradable fuera á sus ojos? Qué segura vuestra salvacion? La santidad de vuestra familia puede santificaros, decia S. Bernardo, su gloria puede glorificaros; y así vigilantes pastores de ella apacentadla en los saludables prados de la virtud: ahuyentad los lobos que la infestan: traedla al templo, y prostrados á los pies del Señor, decidle: Pastor divino, que derramais vuestra sangre por nosotros ovejas vuestras, no se malogre por nuestra culpa vuestra vigilancia y vuestro amor. De aquí adelante no oíremos otros silvos que los vuestros, Pastor divino: obedientes á vuestra voz seguiremos vuestros pasos, y de no haberlo hecho así que pesa de lo íntimo del corazon. Pésanos, &c.

PLÁTICA LVII.

DE LA DOMINICA SEGUNDA POST PASCHA

predicada á 19 de Abril de 1744, y 23 de Abril de 1748.

Ego sum pastor bonus: bonus pastor animam suam dat pro óvibus suis. Joan. X. 11.

1. **E**n este dia, Señores, mudando de asientos, debierais vosotros subir á este púlpito y yo bajarme á esos bancos. En este dia trocados los empleos, debierais ser el predicador y yo vuestro oyente. Porque el asunto propio del evangelio es enseñar las obligaciones que tenemos yo y todos los que ejercemos en la Iglesia el pastoral ministerio, proponiéndonos á la magestad de Cristo como modelo y ejemplar de pastores. O qué facilmente me llenaríais de rubor y de vergüenza! Qué apriesa me hicierais ver que soy del todo desemejante á aquel pastor divino que misericordioso apacienta á sus ovejas, solícito las busca, cariñoso las llama y da hasta su propia vida por su amor! Cual ha sido, ó Dios mio, el designio de vuestra providencia en fiarme el cuidado de una porcion de vuestro rebaño? Po-
bre

bre de mí! Cómo he de asemejarme á Vos en la vigilancia en la misericordia en la caridad? Cómo he de llevar sobre mis hombros una carga formidable á los de los ángeles? Es fuerza que tropieze y caiga á cada paso. Cómo he de satisfacer á los cargos que me hiciereis en el tribunal de vuestra justicia? Quedaré condenado, si no se compadece de mí vuestra misericordia.

2. No es ponderacion, Oyentes míos. Me confundo y tiemblo al leer en las cláusulas del evangelio las calidades que ha de tener un pastor del rebaño de Jesucristo, para ser bueno. Y aunque quisiera referirlas y exornarlas con innumerables testimonios de santos padres, no pudiera; porque se me afuda la voz á la garganta, al contemplar cuan léjos estoy de aquellos atributos y perfecciones que resplandecen en Jesucristo ejemplar á mi imitacion. Sea pues el conocimiento de mis faltas estímulo de mi conciencia que me empeñe á la enmienda. Y sea la ingenua confesion que hago de mi indignidad, motivo para que pidais al Señor que corrija mis defectos con su gracia. Y no solo la lástima debe moveros á ejercitar conmigo vuestra piedad, sino tambien el interes. Porque depende en gran parte vuestra felicidad de mi acierto, una vez que el Señor me ha constituido por pastor vuestro; pues es de creer que seriais buenas ovejas de su rebaño, si yo llegara á ser buen pastor.

3. Mas no penseis que vuestra suerte depende tanto de la mia, que hayais de ser precisamente infelices si yo soy desgraciado. No Oyentes míos. Eso fuera verdad, si Jesucristo no fuera vuestro principal pastor. Pero como aunque haya en la Iglesia muchos obispos, párrocos ó pastores no por eso el Señor deja de serlo, siempre tenéis un buen pastor: *Ego sum pastor bonus*. Desde el bautismo sois dichosas ovejas de su rebaño, siendo aquel carácter la marca que os distingue de los infieles, ovejas del rebaño del demonio. Jesucristo es quien desde el cielo os dirige con el cayado de sus ministros: es quien os apacienta con su doctrina y con su propia carne y sangre. Por su dignacion formais como decia S. Pedro (*I. Petri II. 9.*) un real sacerdocio, una generacion santa, un pueblo sacado ó conquistado de la tiranía del infierno: *Regale sacerdotium, gens sancta, pópulus acquisitionis*. Y para decirlo con las palabras mismas de Jesucristo, formais un rebaño suyo escogido: *Unum ovile, et unus pastor* (*Joan. x. 16.*)

4. Es inefable y notoria, Oyentes míos, la felicidad que os acarrea el ser ovejas del rebaño de Jesucristo, ó el ser cristianos del gremio de la Iglesia. Porque bien sabeis que fuera de ella es segura la perdicion, ninguna la esperanza de salvarse. Bien sabeis que dentro de ella sobre el honor de hijos de Dios, gozais un derecho incontestable al reino de los cielos. Pero aun sin extenderme á tanto, os haré ver vuestra felicidad ciñéndome á la precisa circunstancia de ser

Jesucristo vuestro pastor, y vosotros sus ovejas. Pues en la primera parte de mi plática os manifestaré el amor con que el Señor os ama, y en la segunda la pena que tiene cuando os pierde; y así conoceréis que es vuestro buen pastor.

Primera parte.

5. Muy satisfechos estuvieron los Israelitas del grande amor que Dios les tenia. Porque á mas de los continuos beneficios que recibieron de su liberalidad, le oyeron decir por boca de los profetas que era su caudillo y que ellos eran sus soldados: que era su rey y que ellos eran sus vasallos, que era su Dios y que ellos eran su pueblo; y aun les dijo que él era como su madre siendo ellos sus propios hijos: comparacion que eleva hasta lo sumo la fineza del amor de Dios para con los Israelitas. Pues nadie ama tanto á otros como una madre ama á sus hijos. Porque ¿no son porcion de su substancia, fruto de sus entrañas, efecto de su dolor, alimento de sus pechos? ¿No son árbitros de su voluntad, dueños de su corazon y de todos sus bienes? ¿No son toda su alegría su embeleso y su cariño? Qué sino el grande amor que una madre tiene á sus hijos, pudo hacerla olvidar del dolor que tuvo en el parto?

6. Pues estas mismas razones que prueban el grande amor de una madre para con sus hijos, obligaron á Dios á que tomara el nombre de madre de los Israelitas. Porque los abrigó en el seno de su misericordia miéntras estuvieron cautivos en Egipto: los dió á luz sacándolos á la tierra de promision: los alimentó con la leche y la miel que fluía aquella tierra. Y qué pudo hacer que no hiciera por favorecerlos? ¿No sujetó á su dominio todo lo que habia criado? A la voz de Moyses ¿no obedeció el mar abriéndose en calles para que dieran paso á las doce tribus y escuadrones de Israel? Al golpe de su vara ¿no se desató una piedra en líquidos cristales para satisfacer la sed de aquel pueblo peregrino? ¿El cielo no derramó el maná, las codornices no se paraban en sus manos para su alimento? ¿El mismo Dios no iba sobre aquella columna de nube y de fuego (*Deut. iv. 7.*) que sirviéndoles de guía les hacia sombra de dia y les alumbraba de noche? Bien pudo Moyses decir que ninguna otra nacion, sobre tener á sus dioses de oro y plata á la vista, los tenia tan cerca como tenian los Israelitas á su gran Dios. Y bien puede decirse que por su infinita liberalidad eran suyas todas las cosas, como dijo S. Pablo (*I. Cor. iii. 22.*) de los cristianos: *Omnia vestra sunt.*

7. Pero no puede decirse que los Israelitas fueron de Jesucristo, como lo dice el mismo apóstol de vosotros: *Vos autem Christi.* Bien que todas las cosas fuesen de los Israelitas, tambien lo son vuestras, habiéndoolas dado Dios con su unigénito hijo: *Cum illo omnia nobis*

donavit (*Rom. VIII. 32.*) Y mas es vuestra y no de ellos la dicha de ser de Jesucristo : *Vos autem Christi*. Es pues sin duda mayor el amor que os tiene Dios hecho hombre , que el que tuvo á los Israelitas. El lazo que unió á Dios con ellos fué un lazo de poder de grandeza y de inmensidad : el lazo que une á Jesucristo con vosotros es un lazo todo de amor. Aquel fué un lazo que le costó á Dios muy poco ó nada : fué un lazo de proteccion que pudo llamarse juego de las manos omnipotentes del Señor , como llamó la sagrada escritura á la obra de la creacion del mundo : *Ludens in orbe terrarum* (*Prov. VIII. 31.*) Pero el lazo que os une con Jesucristo le costó muy caro : no puede llamarse juego , habiendo derramado su sangre, habiendo perdido por unirse con vosotros el honor y la vida.

8. Regocijaos, Cristianos mios, de que con mayor propiedad que los Israelitas á Dios, tenéis á Jesucristo por madre vuestra. Pues á mas de los motivos que tuvieron ellos para mirar á Dios con los respetos de madre, tenéis vosotros el particular de que saliendo los sacramentos del costado de Jesucristo, nacisteis como dice S. Bernardo, á la vida de la gracia. Y por eso segun repara el mismo Santo, todavía os ama mas el Señor de lo que ama á sus hijos la madre mas cariñosa; pues estos al nacer se separan de ella, y vosotros al nacer por el bautismo os incorporasteis con Jesucristo, os hicisteis ovejas de su rebaño, miembros del cuerpo místico de su Iglesia.

9. El ser Jesucristo cabeza de la Iglesia es una de las principales verdades de nuestra fe, de la cual habla mi angélico maestro santo Tomas (*3. p. q. 8. 48. 49.*) en muchos artículos. Primeramente la prueba con aquel testimonio de S. Pablo (*Eph. I. 22.*) : *Ipsium dedit caput supra omnem Ecclesiam*. Y luego la explica comparando el cuerpo místico de la Iglesia con el cuerpo humano. Porque así como en este se llama cabeza aquella parte que es superior á todas por su elevacion, es la mas perfecta porque residen en ella los sentidos internos y externos, y es la mas activa por la virtud motiva y sensitiva que tiene y comunica á las demas : así tambien Jesucristo debe llamarse cabeza del cuerpo de la Iglesia, porque es mas inmediato á Dios por su union hipostática con el Verbo : es mas perfecto por la plenitud de la gracia; y es el que la comunica á todos los fieles miembros de aquel cuerpo. Y así como las partes del cuerpo humano se unen entre sí y con su cabeza por medio de los nervios, se vivifican crecen y se aumentan por medio de las venas : así tambien las partes ó miembros del cuerpo de la Iglesia se unen entre sí y con Jesucristo por medio de la fe que profesan, se estrechan mas y se vivifican por medio de la caridad con que se aman mutuamente y aman á Jesucristo.

10. Segun esto los infieles los hereges los cismáticos no son miembros de la Iglesia. Es cierto. Pues no están unidos con el vín-

culo ó nervio de la fe. Y los pecadores aunque fieles, serán miembros pero pudridos ó muertos? No hay duda. Pues cortada ó rota la vena de la caridad, no participan los espíritus vitales de la gracia. Luego solamente los justos que creen y aman son miembros vivos de la Iglesia? Sí, oyentes míos. Ahora mismo Jesucristo cabeza de la Iglesia invisiblemente derrama sobre los justos los influjos de su gracia; y estos entre sí unidos con la caridad se comunican los méritos de las buenas obras, que es en lo que se funda la unidad y la santidad de la Iglesia, y la comunión ó comunicacion de los santos.

11. Esta verdad que os he explicado inculcaba S. Pablo en sus cartas á los Romanos á los Corintios y á los Efesios. No se cansaba de acordar á todos los fieles que eran miembros de Jesucristo: *Membra autem Christi* (I. Cor. vi. 15.) para que no se profanaran por la culpa y para que amaran al Señor y se amaran mutuamente. Y esta misma verdad puede daros la mas clara idea de la fineza y ternura con que Jesucristo os ama. Porque ¿ puede decirse mas que el que está por su amor tan unido con vosotros, como lo está vuestra cabeza con las demas partes del cuerpo? Qué os estima tanto como estimais vuestros pies y vuestras propias manos? No echeis pues ménos que para prueba de su amor yo no haya hecho mencion de la calidad de pastor; porque es una misma con la de cabeza, así como es lo mismo rebaño que Iglesia. Reparad solamente que un buen pastor jamas por su voluntad se aparta de sus ovejas: y si alguna de ellas se descarria ó se pierde, lo siente en medio de su corazón. Porque asimismo jamas Jesucristo se aparta por su voluntad de vosotros, y lo siente en sus entrañas cuando por vuestra culpa os separais de su amistad y compañía. A proporción de su amor es la pena que siente en vuestra pérdida.

Segunda parte.

12. Comenzaré á manifestárosla en la segunda parte de mi plática, refiriéndoos lo que ejecutó Dios con los pecadores ántes de su venida al mundo. Y luego se me ocurren aquellas ciudades nefandas, cuyos enormes delitos llegaron hasta el cielo, y obligaron á su magestad á que bajara á la tierra á castigarlas. Pero en el modo con que lo refiere la escritura nos da á entender el disgusto con que Dios lo hacia. Pues nos le pinta como si no supiera el camino de aquellas ciudades, y tuviera necesidad de que Abraán le guiara: *Erat Abraham ducens illum* (Gen. xviii. 16.) Y aun lo da mejor á entender la conversacion que tuvo con aquel patriarca. Podré, dijo, ocultarle mi designio? No he de desahogar mi pecho, manifestándole la pena que tengo de perder á Sodoma? *Numquid celare pótero servum meum Abraham?* Así se explicaba Dios á nuestro modo de entender,

cómo se explica un padre obligado á su disgusto á castigar á sus hijos. Y al oír que Abraán le decía: Señor, si en Sodoma se encuentran cincuenta justos ¿no perdonareis á los otros por su respecto? ¿Cómo cincuenta? respondió Dios. Si se encuentran veinte, diez que se encuentren, se aplacará toda mi indignación y mi cólera.

13. ¿Puede darse prueba mas convincente que esta, decía S. Juan Crisóstomo, de lo que siente Dios el perder á los pecadores? Hacen la mas atroz violencia á su misericordia, cuando obstinándose en la maldad le obligan á que los castigue su justicia. Bien diferente de la violencia que hacen á su justicia los pecadores cuando se humillan y le piden misericordia. Porque aquella es una violencia que affige á Dios del modo que nosotros concebimos que es capaz de affigirse. Y esta es una violencia dulce y agradable pero tan fuerte que basta á desarmar á toda su justicia. Irritado estaba Dios á quitar la vida al impio Acab; pero apénas le vió humillado cuando le dijo al profeta (III. Reg. XXI. 29.) No lo ves? *Vidisti humiliatum Achab?* Pues no estrañes verme compasivo. Tan resuelto estaba á acabar con todo el ingrato é idólatra pueblo de Israel, que previno á Moyses que no intercediera por él; porque no merecia perdon su insolencia. Pero luego que oyó los ruegos de Moyses se mitigó su ira y volvió á ejercitar su misericordia.

14. A vista de esos ejemplares es sin duda enorme la culpa, deplorable la miseria de los que obligamos á Dios á que nos condene. Pero no deja de causar alguna dificultad, como el Señor en obsequio y cumplimiento de la voluntad que tiene de salvar á todos, permite los pecados y no los destruye. ¿No es Dios un sumo ser y el pecado una nada? Pues cómo este le expele del alma del pecador? ¿No es Dios la misma luz y el pecado una sombra? Pues cómo no la disipa? Acaso el demonio que sale auxiliar del pecado, puede resistir á su criador? ¿No experimentaron Luzbel y sus compañeros su propia flaqueza; una vez que se atrevieron á apostarlas con el infinito poder de Dios? Pues cómo en el alma del pecador queda Dios vencido y vencedor el demonio? Porque abusamos del mayor beneficio que Dios nos ha hecho que es el de la libertad que nos dió. En fuerza de ella no puede Dios salvarnos sin nuestro consentimiento ó ayuda; ni puede el demonio sin ella condenarnos. Si tomamos el partido de Dios, sin duda nos salvaremos con su gracia. Pero si desertores de su servicio nos hacemos soldados auxiliares del demonio, por nuestra culpa queda vencedor en nuestras almas y Dios vencido. Qué violencia! Qué afrenta! Qué lástima!

15. En Ezequiel (VIII. 6.) encuentro un suceso que comprueba esta verdad. Sorprendido el profeta de ver que Dios abandonaba el templo de Jerusalem le dijo: Señor ¿no os acordais de vuestra palabra? ¿No prometisteis muchas veces que no desampararíais este

templo erigido para habitacion vuestra? Pues cómo ahora le dejais? Rompe el muro, respondió Dios y verás el motivo que tengo. Entra y verás que los ancianos mas venerables por sus capas, postrados en el suelo son idólatras de las falsas deidades. Pasa adelante y verás que otros vueltos de espaldas al altar adoran al sol que nace. Entra mas adentro y verás que las mugeres lloran la muerte del infame Adónis. Ea profeta qué os parece? Tengo justo motivo para salirme de este templo y abandonarle para que los Babilonios le derriben? *Recedam de sanctuario meo.*

16. Pues lo mismo que á Ezequiel responderá Dios á cualquiera que le pregunte ¿porqué se sale del alma de un cristiano á la cual escogió en el bautismo para templo suyo? Entra, dirá y verás el motivo que tengo. Penetra su corazon y verás en él á la estatua de Marte ó la ira, á quien sacrifica en la venganza: al ídolo de Mercurio ó á la avaricia, en cuyo culto deguella á las viudas y á los huérfanos con usuras: á la deidad de Venus ó á la lascivia, á quien ofrece los incienso de las mas impuras complacencias. A mas no poder, dirá Dios, á pesar mio me salgo del alma de este infeliz pecador.

17. Y con mas razon y con mayor dolor lo dirá ahora despues que hecho hombre quiso tomar el empleo de pastor vuestro. Porque os ama con mas ternura y siente vuestra pérdida mas que puede sentir el mejor pastor la de sus ovejas. Y para valerme del mismo símile que en la primera parte de mi plática, siente Jesucristo por ser vuestra cabeza tanto vuestra pérdida, como podais sentir la de una parte principal de vuestro cuerpo. Si llegara el caso de que os hubieran de cortar uno de vuestros brazos, cómo lloraran vuestros ojos, cómo se lamentara vuestra lengua, cómo suspirara vuestra boca, cómo se estremeciera toda vuestra cabeza? Pues así tambien en cierto modo imperceptible llora gime suspira y se estremece Jesucristo, cuando llega el caso forzoso de que corrompidos ó cancerados por vuestras culpas, ha de cortaros y separaros del cuerpo místico de su Iglesia.

18. No, dulcísimo Jesus. No permitais que llegue ese caso tan doloroso para Vos, y tan triste para mí. Hacedme la gracia, Pastor divino, de que unido íntimamente con Vos jamas me aparte de vuestro rebaño. Yo prometo ser dócil á vuestros silvos, fiel en seguirlos, constante en amaros. Cuando no fuera mas que por corresponder á vuestro inmenso amor: cuando no fuera mas que por evitaros la pena de que se condene mi alma que os costó tan cara, no he de aborreceros no he de perderme por mi culpa. Os amo de corazon y de haberos ofendido me pesa, &c.

JACULATORIAS.

19. Dulcísimo Jesus, Pastor divino! En la fuente del bautismo con-

con-

conseguí la dicha de entrar á ser oveja de vuestro rebaño. Yo os reconozco y venero por mi pastor. Miradme como oveja vuestra, que arrepentida de haberse apartado de Vos, os pide perdon. Misericordia, Dios mio, misericordia.

Dulcísimo Jesus, Pastor divino, por mi amor derramais la sangre de vuestras venas! No se malogre por mi culpa su infinito valor. Beba yo en vuestra fuente la divina gracia, pues ya arrepentido os digo que me pesa de haberos ofendido. Pésame, Señor, de haber pecado.

Dulcísimo Jesus, Pastor divino! Llevado de las engañosas voces del mundo, dí en manos del demonio lobo carnicero, y Vos con vuestros silvos me llamais al rebaño. Ya voy, Señor, admitidme en vuestra gracia, perdonad mis culpas. Misericordia, Dios mio, misericordia.

P L Á T I C A LVIII.

DE LA DOMINICA TERCERA POST PASCHA

predicada á 15 Abril 1742 : 5 de Mayo 1743 : y á 1 de Mayo 1746.

Plorabit et flebitis, mundus gaudebit.... Sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Joan. XVI. 20.

1. Aunque jamas habló Cristo señor nuestro á sus discípulos con tanta claridad, como en el último sermon que les predicó en la noche de la cena, segun ellos mismos confesaron: con todo no le entendieron cuando les dijo: Dentro de poco tiempo no me vereis y despues dentro de poco tiempo me vereis: *Módicum et jam non vidébitis me; et iterum módicum et vidébitis me.* Pues segun nos refiere el evangelista S. Juan, apénas oyeron estas palabras comenzaron á preguntarse unos á otros: Qué es lo que nos dice nuestro divino maestro? Qué luego ó fatal tiempo es ese en que ha de ausentarse de nosotros? Y qué luego ó feliz tiempo es aquel en que hemos de volver á verle? *Quid est hoc quod dicit, módicum?* ; No nos ha dicho muchas veces que estará con nosotros hasta el fin del siglo? Pues cómo ahora nos dice que dentro de poco tiempo no le veremos? *Módicum et non vidébitis me.* Y una vez que le perdamos de vista, cómo se atreve á llamar corto el tiempo en que hemos de estar privados de su amable compañía? Por cierto que no le entendemos: *Nescimus quid loquitur.*

2. Extraño muchísimo, Señores, que los apóstoles no percibieran el sentido de esas palabras que profirió Cristo señor nuestro; porque claramente significan que se acercaba la hora de su muerte,

y que despues luego llegaria el tiempo en que ellos le volverian á ver sentado á la diestra de Dios padre: *Módicum* : : *quia vado ad Patrem*. Y aun me causa mayor admiracion que la magestad de Cristo advertido de que sus discípulos no entendian aquel *módicum* misterioso, en lugar de explicarle les anuncie que habian de llorar y gemir miéntras el mundo se alegrara: *Plorábitis et flebitis vos, mundus gaudébit*. ¿No bastará, Dios mio, para afligirlos el experimentar el dolor de vuestra ausencia, sino que entónces cuando huérfanos el mundo conjurado contra ellos ha de darles nuevo motivo para que giman y lloren? El mundo infiel ingrato que os persigue ha de reirse é insultar á los que os aman? ¿No fuera bueno que al contrario llorara aquel y se alegraran estos? O á lo ménos cuando ha de acabarse este trastorno?

3. Luego, responde el Señor, dentro de poco tiempo se enjugarán las lágrimas de mis discípulos, y toda su tristeza se convertirá en un regocijo eterno; porque volverán á verme: *Módicum et vidébitis me* : : *tristitia vestra vertetur in gaudium*. O inefable divina benignidad! Nuestra tristeza ha de ser pasajera y nuestra alegría perdurable? Sí, Oyentes míos. Con nosotros habla nuestro Redentor, cuando en su último sermón dice á sus apóstoles que han de llorar y que despues han de alegrarse: pues tenemos tambien la dicha de ser cristianos ó discípulos suyos. Nuestras lágrimas son inevitables en esta vida; y son el medio mas seguro para alcanzar un eterno gozo en la otra. Estas dos verdades confio persuadiros en el discurso de mi plática, si me estais atentos.

Primera parte.

4. Entre los mas célebres sabios de la gentilidad unos entendieron que los hombres debieran llorar toda su vida por ser todas las cosas del mundo asunto digno de lágrimas. Pero otros al contrario juzgaron que debieran siempre reir, pretendiendo que es motivo de risa todo lo que sucede en el mundo. Unos y otros si fueran verdaderamente sabios, discurriendo á lo gentil, debieran mudar de opinion. Porque si el hombre nada tiene que temer despues de esta vida que pasa como una sombra, qué ha de llorar? Y por otra parte si no tiene que esperar que la alegría de este mundo permanezca sino que ha de desvanecerse como el humo, qué ha de reir? Una vez que faltos de las luces de la fe no creían la inmortalidad del alma, debieran unirse en el dictámen y ser estoicos para mirar con indiferencia ó con una especie de insensibilidad todas las cosas del mundo.

5. Con todo á lo que se ve aquellos filósofos tienen sucesores que siguen ó renuevan sus opiniones. Pues los cristianos no por ser discípulos de Heráclito, sino de Jesucristo ponen toda su felicidad en llorar; y los mundanos discípulos de Demócrito ó del demonio la consi-

túyey en reir. Felices los que se afligen y lloran, dicen los unos *Beati qui lugent* (*Matth. v. 5.*) Ea vamos á derramar lágrimas á los pies de nuestro criador: *Ploremus coram Dómino qui fecit nos* (*Ps. xciv. 6.*) Felices los que se alegran y rien, dicen los otros, busquemos en las criaturas deleites á nuestros sentidos, no se malogren los placeres con que nos brindan, dejemos por todas partes sefias de que la diversion y el regocijo son nuestra herencia ó patrimonio: *Ubique relinquamus signum lætitiæ, quoniam hæc est pars nostra* (*Sap. ii. 9.*)

6. No me detendré á probar que es vana y engañosa la alegría que se prometen los mundanos; porque á mas de suponerlos bien instruidos en esta verdad, conozco que mi designio debe ser proponeros los motivos que tuvo Jesucristo para decir que habian de llorar sus discípulos, y todos los que quieren ser sabios en su escuela: *Plorabit et flebitis vos.* Y luego se me ocurren los pecados que habeis cometido; cuyo horror debe infundir en vuestros corazones la mayor tristeza. Muy mal conoceis pecadores, ó de ninguna manera conoceis vuestras desgracias, si os reís y os alegráis. Es mas deplorable vuestro estado que el de aquel infeliz que por orden de su príncipe sin poderlo evitar tenia sobre su cabeza una espada pendiente de un feble delgado hilo. Pues vuestro Dios irritado tiene ya levantada la mano, para descargar sobre vosotros un golpe que os derribe á los infiernos. Qué lugar puede servir de asilo ó de sagrado á su justicia? Si subís á los cielos, ellos son su corte: si bajáis al infierno, allí está su tribunal: *Quo ibo? Quo á facie tua fugiam?* (*Ps. cxxxviii. 7.*)

7. No apruebo la conducta del desesperado Cain, que apenas conoció la maldad que habia cometido quitando la vida á su hermano Abel, como si no pudiera alcanzar de Dios el perdon y como si hubieran de matarle cuantos le encontraran, se fué prófugo por las campañas del mundo entónces bien despoblado. Pero ménos apruebo la serenidad de aquellos que despues de haber pecado mortalmente duermen se divierten y se rien. Y los remordimientos de su conciencia? Y el miedo del severo juez que los persigue? Y la terrible sentencia que los condena á una eternidad de penas? Mi angélico maestro santo Tomas no acababa de admirar cómo los hombres estando en pecado mortal se alegran. Y asimismo el real profeta David extrañaba, no las riquezas las honras ni la prosperidad, sino la paz y el sosiego en que vivian los pecadores: *Pacem peccatorum videns* (*Ps. lxxii. 3.*)

8. Aquel real profeta digo, rey penitente que advertido por Natan de su culpa, prorumpió en lágrimas que jamas se enjugaron. Ay Dios mio! decia, la mas profunda tristeza, el mas amargo dolor de haberos ofendido, no solo abate mi espíritu sino que abruma

mi cuerpo. La memoria de mis pecados nunca dará entrada en mi alma á la alegría ni al regocijo: cuanto mas considero el motivo de mi pena tanto mas me aflijo: ni enjuga, Señor, mis lágrimas el creer que me habeis perdonado, ántes bien las aumenta: porque me parece mas grave la injuria que os hice, cuando me consta de la vuestra infinita misericordia que usais conmigo. Continuen pues mis lloros dia y noche y salgan de lo íntimo del corazon tan vehementes mis sollozos que pasen á ser rugidos: *Afflictus sum, rugiebam á gémitu cordis mei* (*Ps. xxxvii. 9.*)

9. Este ejemplar, Señores, os hace conocer claramente que vuestras culpas os condenan en esta vida á aquel continuo llanto, que os anunció Jesucristo en el evangelio: *Plorabit et flebitis vos*. Y aunque no hubierais cometido ninguna, tendríais bastante motivo para llorar en la incertidumbre de vuestra salvacion y en la gran dificultad que hallareis para conseguirla. Pues los Israelitas viendo los riesgos á que estaban expuestos en su viage á la tierra prometida, se entristecieron tanto que segun nos refieren las sagradas letras llegaron á descarse la muerte; siendo así que estaban asegurados de que no dejarían de llegar á ella. Vosotros, Cristianos míos, por mas fieles que hayais sido sois en la tierra pasajeros que caminais al cielo que es vuestra patria: á cada paso os asaltan en el camino el mundo el demonio y la carne. Y qué seguridad teneis, pregunta S. Agustín, de llegar á ella? Habeis ya sofocado á la vanidad de suerte que no sintais algun amor ó apego á las glorias del mundo? Habeis vencido al demonio de manera que no pueda volver á acometeros? Habeis domado las pasiones de la carne de modo que no puedan rebelarse? Pues porqué os reis y os alegráis? *Unde tibi letitia?*

10. Tal vez por no ser el objeto de la sátira de los mundanos. Algunos insolentes se burlan de vuestro recogimiento gravedad y penitencia. Otros sacrílegos culpan por errada vuestra conducta, persuadidos que muchos santos se alegraron con el mundo; y aun traen el ejemplo de nuestro patrón S. Vicente Ferrer, tan jovial que ahora mismo en los cielos se complace de las profanas fiestas que le consagran sus paisanos. Qué locura! En qué libros de novelas han leído semejantes embustes? Qué concepto forman de uno de los santos mas penitentes que ha tenido la Iglesia? Qué aprecio hacen de la eterna verdad que nos manda llorar y gemir? *Plorabit et flebitis.*

11. Si los creyeráis, Oyentes míos, pudierais quemar el evangelio y quitar de los nichos á los santos, para colocar á esos que entienden conservar la santidad y ejercitar la virtud en medio de los regocijos y diversiones del mundo. No les creais, diré con S. Juan Crisóstomo, que están locos. No sean sus voces ó diécteros rémoras que detengan el curso de vuestras lágrimas, ni lienzos que las enjugen; ántes bien cuanto mas grite y se alegre el mundo, llorad vos-

nosotros mas, como lloraba David cuando sus enemigos se burlaban de sus lágrimas. Llorad mas por la injuria que hacen á vuestro Dios riendo. Al modo que la nieve se deslie al calor del sol, debe derretirse en lágrimas vuestro corazon al zelo ó fervor de la caridad á vuestro Dios, viendo atropellado su honor y su santa ley. Llorad mas siquiera de lástima de que la risa de los mundanos se convertirá en un perpetuo llanto. Llorad fieles míos, para que vuestras lágrimas os acarreen un eterno gozo, como vereis en mi segunda parte. *Tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Segunda parte.

12. No ha sido mi ánimo, Señores, persuadiros que debéis entristeceros con una tristeza desapacible á vuestros prójimos, propia de los pecadores que en sus enfermedades y desgracias se afligen de que no gozan de los depravados gustos que apetecen; y propia tambien de los que con una gravedad afectada con un áspero sobrecejo y con un semblante funesto, ó como se explican muchos, tétrico, espantan á cuantos los miran ó los tratan. No. Semejante tristeza me ofende muchísimo, y se opone directamente á la caridad recíproca, con que segun las leyes del evangelio debemos amarnos mutuamente. Mi ánimo ha sido persuadiros que debéis entristeceros con una tristeza cristiana, ó digámoslo así apacible y risueña, propia de los santos que con las lágrimas que derraman por sus pecados ó por los ajenos alegran á los mismos que convierten: propia de los cristianos de los primeros siglos que segun escribe Minucio Félix fueron la admiracion de los gentiles.

13. Qué hombres son estos, decian, que al mismo tiempo que nosotros los atormentamos con garfios y con ecúleos, ó ellos se mortifican con ayunos y cilicios, rebosa en sus rostros la alegría! No se dejan ver en los teatros en los circos ni en otros regocijos públicos, y están muy contentos. Cuando los buscamos en los desiertos en que habitan, pensando encontrar en sus cuevas unas fieras que espanten, hallamos unos hombres ó ángeles que al paso que derraman lágrimas por sus ojos, despiden de su boca dulces afectuosas palabras. Están locos? No: pues hablan con mas libertad y acuerdo que nosotros. Son infelices? No: pues se alegran en sus propias desgracias. Ello es preciso que haya algun encanto oculto que los embelese: *Vis incantatrix*. O que ese Dios á quien con tanta fineza sirven, los alivie en sus penas, los consuele en sus trabajos, los alegre en medio de sus lloros.

14. No hay duda, Gentiles. Y es cierto tambien, Cristianos míos, que vosotros con vuestras lágrimas podeis adquirir la misma verdadera alegría que tuvieron aquellos santos. Mientras lloreis con el espíritu con que ellos lloraron, cierta suavidad se esparcirá en el

fondo de vuestra alma , cierto disgusto de la vida pasada os hará parecer dulce la nueva vida que emprenderéis. Entónces , os diré con S. Pablo , me alegro no de veros tristes , sino de veros tristes con uua tristeza penitente : *Nunc gaudeo , non quia contristati estis , sed quia contristati estis ad penitentiam* (II. Cor. vii. 9.) Me alegro : porque vuestras lágrimas serenaron las borrascas de vuestra conciencia , apagaron en vuestro corazon el servil miedo del fuego del infierno : *Nunc gaudeo*. Me alegro : porque vuestras lágrimas son primicias del mayor gozo , vuestra tristeza efecto de penitencia es el medio mas seguro para alcanzar la verdadera alegría.

15. El mismo apóstol tan favorecido de Dios temia incurrir en su indignacion al tiempo que se empleaba en predicar el evangelio y convertir las gentes : los favores que el Señor le hacia le inquietaban : solamente las aflicciones le sosegaban , ó como él se explica le hacian sobresalir de gozo , porque sabia que en este estado de tristeza tenia segura la amistad y gracia de Dios : *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. Bien podeis vosotros venir al templo , orar dar muchas limosnas frecuentar sacramentos , que con todo no sabeis si haceis perfectamente la voluntad de Dios ; pero ciertamente la haceis si llorais y gemís por vuestras culpas. Vuestra tristeza es sumamente agradable á sus ojos , y por su benignidad en fuerza de su palabra se convertirá en una eterna alegría : *Tristitia vestra vertetur in gaudium*.

16. Hasta ahora solamente os he hablado de la alegría que acompaña á los que se entristecen en esta vida , sin hacer mencion de aquella en que despues de la muerte ha de convertirse vuestra tristeza. Aquella sí que es alegría verdadera interminable. Poseer á Dios sin la contingencia de perderle ? Estar en el seno de Dios sin riesgo de apartarse ? Gozar de Dios y de sus perfecciones sin miedo de su poder y de su justicia ? Qué dicha ! Qué mudanza tan admirable de vuestra tristeza en un regocijo , que ni podemos explicar ni concebir. Sola su esperanza hizo que los apóstoles fuesen insensibles á todos los destierros cárceles y muertes , y los llenó de gozo : *Spe gaudentes* (Rom. xii. 12.) Y sola su esperanza debe , oyentes míos , alentaros á la tristeza que ha de convertirse en posesion de lo que esperais.

17. El mundo lisonjea á unos con la esperanza de que han de conseguir las primeras dignidades por la carrera de las letras , á otros que han de alcanzar las mayores honras por las armas , á aquellos que han de enriquecerse en el comercio ; y con estas promesas hace apetecibles las molestias del estudio los trabajos de la guerra y los riesgos del mar. Pero qué tienen que ver las dignidades las honras y las riquezas que promete el mundo , con las que ofrece Jesucristo en los cielos á los que lloran y gimen en la tierra ? No os

parezca pues áspero el camino de la virtud que os lleva en derecha á la campaña deliciosa de la gloria. Id por él como iban los apóstoles sembrando lágrimas para volver luego á coger copiosos frutos de alegría. No os parezca largo; porque el Señor llama corto al espacio del tiempo en que habeis de estar sin verle, y lo es en verdad comparado con la eternidad del descanso que os aguarda. Entrad en este camino, y luego llegareis al fin para que sois criados.

18. No teneis que pensar alcanzar los regocijos del cielo sin renunciar ántes á los de la tierra. Fuera antojo ó como se explica S. Gerónimo, fuera demasiada delicadeza querer gozar de los placeres de este mundo y de los del otro: *Delicatus es, frater, si vis gaudere cum seculo et regnare cum Christo*. Ni fuera justo, añade S. Atanasio, que los que ponen todo su cariño en las cosas de la tierra alcanzaran el reino de los cielos. Este está destinado para los que haciéndose violencia á sí mismos se desprenden del amor propio, y principalmente para los que lloran y gimen. Llorad oyentes míos, llorad sin interrupcion, que ya vendrá el dia en que el mundo que ahora tanto se alegra, se reconócerá insensato: se arrepentirá inútilmente de haberse burlado de vuestras lágrimas: envidiará vuestra dicha: *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam* (Sap. 7. 4.)

19. Llorad á los pies de Jesucristo, que nos está diciendo que lloremos. Pero sin vuestra gracia, Señor, ni se ablandan nuestros corazones, ni se humedecen nuestros ojos. Derramad sobre nosotros la lluvia de lágrimas que teneis reservada para los que os aman. Os amamos, Dios mio, sobre todas las cosas, y de haberos ofendido nos pesa. Quisiéramos que nuestros ojos fueran dos fuentes de lágrimas que lavaran nuestras culpas. Quisiéramos llorar toda nuestra vida para merecer veros cuanto ántes en la otra &c.

JACULATORIAS.

20. Dulcísimo Jesus! El mundo me brinda con sus regocijos y placeres, y Vos me llamais al llanto y á la pena. Pero mas quiero llorar con Vos que reir con el mundo; y así comienzo á llorar mis pasadas culpas. Perdonadme, Dios mio, misericordia.

Benignísimo Jesus! Conozco que debo llorar; pero sin vuestra gracia ni mi corazon se ablanda ni mis ojos se humedecen. Derramad pues sobre mí la lluvia de vuestros auxilios, para que lllore mis culpas. Arrepentido de ellas os digo que me pesa de lo íntimo del corazon.

Amabilísimo Jesus! Solas las lágrimas pueden lavar y purificar mi espíritu. O felices lágrimas! Ojos míos llorad, y si puede ser anegáos en lágrimas, viendo mis culpas y á mi Dios crucificado por ellas. Llorad amargamente hasta alcanzar el perdon. Misericordia, Dios mio, misericordia.

PLA.

DE LA DOMINICA TERCERA POST PASCHA
 predicada á 26 de Abril de 1744, y á 23 de Abril de 1747.

Amen amen dico vobis, quia plorábitis et flébitis vos, mundus autem gaudebit. Joan. XVI. 20.

1. Cuando considero que el principal motivo de haber venido Jesucristo al mundo fué el sujetar á todas las naciones al yugo del evangelio para formar de ellas un mismo rebaño y una misma Iglesia, segun decíamos el domingo pasado: *Piet unum ovile, et unus pastor* (Joan. x. 16.); y cuando considero que á este fin en realidad muy árduo, escogió algunos compañeros para que coadyuvaran á su logro: me parece que debiera haberles prometido muchos bienes muchas recompensas y felicidades; pues vemos que de esta suerte procuran todos ganar la voluntad de los hombres y empeñarlos en sus designios. Qué otra cosa hizo Absalon para atraer á su partido á los Israelitas? Qué otra cosa hizo Julio César para atraer al suyo á los Romanos? Se valieron de otros medios que de los halagos dádivas y promesas? Y ahora mismo los soldados que reclutan sus regimientos, acuerdan ni toman en boca las fatigas de una campaña, las miserias de un sitio, los peligros de una batalla? No por cierto. Solamente ponderan el honor de llevar el real uniforme, la seguridad de tener que comer y que vestir, y la gran facilidad de ascender á los mas honrosos empleos en la milicia. Y con esto persuaden, ó para decirlo con la voz mas propia aunque vulgar, *enganchan* á muchos y logran su intento.

2. Pero á pesar de estas razones y ejemplares, que pudieran á primer vista persuadirme que Jesucristo debiera seguir la misma conducta para hacerse amar y servir de los apóstoles, veo en el evangelio lo contrario; pues en lugar de prometerles muchos regocijos, les asegura bajo juramento que han de llorar y han de gemir: *Amen amen dico vobis, quia plorábitis et flébitis vos*. Y sin embargo logra el Señor que los apóstoles intrépidos entren en su escuela y servicio, y perseveren constantes hasta llevar á lo último la empresa de establecer en la tierra su reino contra todo el del infierno. Admiro, ó Salvador divino, vuestra providencia de otra clase superior á la de los hombres: venero el infinito poder de vuestra voz y de vuestra gracia, que atrae y mueve al corazon humano del modo que quiere; y reconozco cual es la obligacion que tengo, cual es el destino á que me llamis llamándome á vuestro servicio; porque las palabras que proferisteis á vuestros apóstoles se dirigen á mí y á todos los

los cristianos. A todos nos decís que hemós de llorar y gemir. Dividisteis, Señor, en vuestro testamento las penas y los regocijos entre los hombres; y dejando estos para los mundanos, señalasteis aquellas por patrimonio y herencia de los verdaderos cristianos: *Plorabit et flebitis vos, mundus autem gaudebit.*

3. Se trata, Oyentes míos, de formar una idea justa de los verdaderos cristianos; de conocer los que son hijos herederos de Dios; y para esto es menester penetrar la extension y el sentido de estas palabras: *Plorabit et flebitis vos.* Confieso que es muy difícil de entender, como todos los verdaderos cristianos deben llorar y gemir estar tristes y mortificados. Que lo estén los perseguidos é infelices, es muy natural: que lo estén los pecadores, es muy justo. Pero los felices que tienen el favor de la fortuna: los justos que merecen estar en gracia de Dios, han de llorar y estar tristes? Sí, Oyentes míos. Así lo dijo Jesucristo, y lo confirmó con juramento: *Amen, amen*; y así intento persuadirlo en el discurso de mi plática. En su primer parte os haré ver, que los que estais mas favorecidos de la naturaleza y de la fortuna debéis mortificaros con la virtud de la templanza: en la segunda, que los que estais perseguidos y atribulados debéis mortificaros con la virtud de la paciencia; y ultimamente os haré ver que los mas justos debéis mortificaros y entristeceros, llorar y gemir con un espíritu de piedad. Porque la templanza, la paciencia y las lágrimas son el carácter de un verdadero cristiano.

Primera parte.

4. Muy bien decia S. Bernardo, que miéntras vivimos en la tierra padecemos una especie de violencia de parte de los bienes eternos y otra de parte de los bienes temporales. Porque debemos apetecer aquellos que nuestras manos no alcanzan, y estos que nuestras manos alcanzan no podemos apetecerlos. En cierto modo nuestro corazon se violenta para amar los bienes eternos que se esconden y no mueven nuestros sentidos: así como se violenta para no amar los bienes temporales que se manifiestan y atraen á nuestros sentidos. Aquella violencia es efecto de la virtud de la esperanza, que nos alienta á alcanzar el último fin para que somos criados; y esta es efecto de la virtud de la templanza. Virtud noble vigorosa, que refrena nuestro apetito, pone límites á sus pasiones, nos constituye en un justo equilibrio entre Dios y las criaturas, y en medio del mundo nos enseña el admirable secreto de morir á los elementos que le componen: *Mortui estis ab elementis mundi hujus* (Colos. II. 20.)

5. Esta expresion del apóstol S. Pablo necesita, Señores, de que hagais algunas reflexiones para su inteligencia. Bien habreis oído decir que el mundo en lo natural se compone de cuatro elementos;

fue-

fuego ayre agua y tierra ; los cuales entran y se mezclan en todos los demas cuerpos que llamamos mixtos. Porque todos y por ejemplo nuestros cuerpos participan el calor del fuego , la humedad de l ayre , la frialdad del agua , y la sequedad de la tierra. Y segun esta opinion la mas vulgar , en nuestros cuerpos se hallan cuatro humores que tienen las calidades de aquellos elementos , es á saber el bilis , la sangre , la fleuma y la melancolía. Todos entran en la composicion de nuestros cuerpos ; pero en unos predominan unos y en otros otros ; y segun el predominio así es el temperamento , ó bilioso ó sanguineo ó fleumático ó melancólico. Pues no de otra suerte el mundo moral del pecador se compone de sus elementos , que como declara el Espíritu Santo son el deseo del siglo , el deseo de los ojos y el deseo de la carne ; bajo cuyos nombres comprende los vicios de la ira venganza y soberbia , de la inconstancia curiosidad y perfidia , de la gula pereza y lascivia , de la envidia ambicion y avaricia. Estos son los malditos elementos que se encuentran en vosotros pecadores : en unos mas en otros ménos ; pero siempre con exceso qué basta á hacerlos conocer cual es la pasion que os predomina. Y estos son los elementos que debeis mortificar con la templanza , ó á que debeis morir para vivir como cristianos : *Mortui estis ab elementis mundi hujus.*

6. Pero todavía os falta saber el modo de morir á estos vicios ó elementos del pecador ó mundo corrompido. S. Agustin le compara con el modo natural con que los hombres mueren. Porque así como la muerte natural del hombre proviene de que sus humores descaezcan , y consiste en que el alma se separe del cuerpo : así tambien la muerte moral del pecador y del pecado proviene de que sus vicios pierden el vigor que tenían , y consiste en que la voluntad se separe de los objetos depravados con quienes estaba unida. No puede el santo doctor explicarse mas claro de lo que se explica. Y ya no podeis vosotros pecadores alegar ignorancia , cuando Dios os diga : porqué no habeis mortificado ó muerto á vuestros vicios , fatales elementos que mas os inficionan que os componen ? Pues sabeis que para morir á ellos y para matar al pecado , debeis quitar las fuerzas á vuestras perversas inclinaciones , hacer la guerra y vencerlas con las armas de las virtudes opuestas. Si la soberbia os eleva sobre el resto de los hombres : abátaos la humildad al menor de todos. Si la avaricia os induce á usuras y grangerías inmoderadas : la misericordia distribuya entre los pobres lo que os sobra. Si la lascivia os lleva á los teatros concursos y conversaciones peligrosas : la modestia os detenga en vuestras casas ó os traiga al templo á llorar vuestras culpas. Con esto quitareis las fuerzas á vuestros vicios , y por medio de la virtud de la templanza os separareis en la voluntad de los bienes terrenos de los deleites sensuales y morireis á los elementos del mundo : *Mortui estis ab elementis mundi hujus.*

7. Y esto, Oyentes míos, no penséis que es subir á la cumbre de la perfeccion: no es mas que ser verdaderos cristianos. Porque yo no os digo que dejeis el mundo, sino que no ameís al mundo. Y aun os permito con S. Agustín que ameís á las criaturas, mas no como á vuestro último fin y como si pudieran haceros felices. Yo no os digo que os priveis de las comodidades y placeres de esta vida; sino que las mireis con el conocimiento de que se hicieron para vosotros y no vosotros para ellas. No os digo que os desprendais en el efecto de las honras y dignidades; sino que os desprendais de ellas en el afecto: que las poseais como si no las poseyerais, con desinterés, con disposicion de perderlas por Dios, con un gusto igual al que tenéis de poseerlas de su mano. No os digo que no useis de las riquezas, sino que no abuseis ni os gozeis en ellas. No os digo que no vivais en medio del mundo, sino que vivais como si estuvierais fuera del mundo, desnudos del viejo hombre de vuestros vicios, separados interior y moralmente de sus objetos; y esto lo conseguireis con la virtud de la templanza.

8. Ah! Y los que no se conforman con esta idea que os he propuesto, no son en verdad cristianos? No, Oyentes míos. Porque el ejercitarse con la virtud de la templanza no es consejo, es precepto. Ah, qué pocos son los que entre honras riquezas y placeres se ejercitan en ella! Ah! me direis. Y tantos felices? Mas qué queréis que os responda? Qué pronóstico queréis que haga de su suerte? No me atrevo á registrar el libro de la vida, para ver si están en él escritos sus nombres. Pero os aseguro bajo juramento, que los que no mortifican sus pasiones y apetitos, no los refrenan con la moderacion y la templanza, no lloran y gimen, sino que continuamente rien y se alegran con el mundo, ni son verdaderamente cristianos ni tienen derecho al reino de la gloria: *Amen, amen dico vobis, quia plorabitis et flebitis.*

9. Yo aconsejara á los mas favorecidos y enamorados del mundo, que le pidierais humildemente á Dios que os le hiciera odioso, derramando la amargura de las aflicciones sobre estas fatales dulzuras que gozais y os embelesan. Os aconsejara que le pidierais que turbara con el viento de la adversidad esa perniciosa calma en que os hallais, para que lo que no podeis hacer por vuestra flaqueza con la templanza, lo haga el Señor con el golpe de su justicia y misericordia. Pero me temo que no querreis tomar mi consejo, ó porque estais bien hallados con los favores del mundo; y en este caso ay de vosotros! ó porque no os contais entre los felices, sino entre los atribulados y afligidos. Y en este caso, oíd las razones porque debéis mortificaros con la paciencia.

Segunda parte.

10. El amor con que Dios nos ama y el amor con que le correspondemos son los principales fundamentos de nuestra adopcion: las mejores señas que nos da la sagrada escritura para conocer que somos sus hijos. Y entrambos se hallan en aquellos á quienes Dios aflige con trabajos y que los sufren con paciencia. Porque cuando manifiesta Dios que ama á los hombres, sino cuando les facilita los medios mas propios para salvarse? Y qué medios hay mas propios y eficaces para conseguirlo que las aflicciones? ¿Pensara aquel embriagado en su prosperidad y todo ocupado en los bienes de la tierra, pensara digo, en levantar los ojos y el corazon al cielo, si no llegara Dios, y segun dice S. Agustin, derribara el lecho de los deleites en que duerme, ó esparciera la hiel en las dulzuras de que goza? Viéndole correr á rienda suelta por el camino de la perdicion, unas veces le ata con la enfermedad, como atan los asistentes á un frenético: otras veces como que le corta las piernas con la pobreza, del modo que un cirujano las corta con el hierro cuando canceradas; y así acredita su amor deteniéndole y haciéndole volver al camino de la virtud y de la salvacion.

11. Muchos sucesos nos acuerdan las historias sagrada y eclesiástica en prueba de esta verdad; pero bastantemente la persuade la experiencia. ¿No veis aquella muger que ántes en la salud mas robusta hacia de su hermosura un ídolo y no pensaba sino en amar y ser amada: aquella que era la primera que se hallaba en los espectáculos y festines, y la última que entraba en el templo? Pues veisla ahí modesta devota puntual en asistir á todos los ejercicios de piedad y de misericordia; porque una enfermedad peligrosa ha hecho á favor de su enmienda y salvacion lo que no pudieron los predicadores y confesores. ¿No veis aquel hombre que ántes en la prosperidad se desdeñaba de hablar á unos, trataba con aspereza á otros y no hacia caso del mismo Dios? Pues veisle ahí humilde dulce lleno de caridad para con los prójimos, y de respeto para con Dios; porque una casual desgracia ha hecho para su correccion lo que no pudieron los avisos ni los consejos.

12. Tan cierto es, Señores, que los trabajos que Dios os envia son prueba de que os ama, como lo son los que os acarrearán los hombres de que os aborrecen. Pero tambien es cierto que no pueden seros provechosos los trabajos, sin que vosotros los sufrais con resignacion y con paciencia. Porque esto es señal de que correspondéis al amor de Dios y es la otra prueba de que sois sus hijos. Acaso podemos dar este honroso nombre á Faraon herido de innumerables plagas, á vista de su impaciencia y obstinacion? Pero podemos negarle á Job á vista de su paciencia? Antes de ejercitarla estaba Dios per-

suadido de que Job le era fiel; pues dijo al demonio: Has visto á mi siervo Job (*Job* 1. 8. 11. 3.) que no tiene semejante en la sencillez en la inocencia y en la rectitud del corazon? Pero no parece que el Señor rebatió la respuesta que le dió el demonio, diciéndole: Os sirve Job en vano? os ama sin interes, colmado de felicidades? Alargad la mano de vuestra justicia, afligidle en su persona y bienes, y veremos si os ama ó aborrece. No rebatió el Señor esta respuesta; pues permitió al demonio que le atormentara con la mayor crueldad. Y cuando experimentó su constancia y paciencia es cuando á nuestro modo de entender se aseguró de su fidelidad y de su amor.

13. No podia, Señores, hablaros de la paciencia en los trabajos, sin hacer mención de la de Job. Pero si bien se mira no fué sombra de la de Jesucristo, cuyo ejemplar debeis poner delante para imitarle, como discípulos suyos y verdaderos cristianos. Y mas que en vosotros está encubierta su imágen, que solo puede descubrirse á costa de trabajos. Al modo que un escultor golpea á un mármol, y arrancando hastillas parece que con el cincel busca la estatua que tiene en su mente, y en fin la descubre en aquella piedra: así tambien dice S. Juan Crisóstomo, Dios os toma en sus manos y á golpes de aflicciones forma de vosotros una imágen de hijos suyos muy semejante á Jesucristo. Pero es menester que casi del mismo modo que un mármol sufrais los golpes de la mano de Dios, que con enfermedades desgracias é infortunios os desbasta: os quita la salud las honras las riquezas, todo lo supérfluo todo lo que no tuvo Jesucristo pobre humilde afligido.

14. Porque la paciencia, vuelvo á decir, es la que mas os asemeja á vuestro divino maestro: es para decirlo con S. Jaime (*Jac.* 1. 4.) la que os hace obras perfectas: *Patientia perfectum opus operatur.* No escuchéis pues las voces de la carne y del mundo que en el tiempo de la desgracia os provocan á la impaciencia á la venganza y á la blasfemia. Escuchad las voces del Señor que os dice que os mortifiqueis que gimais, no por las penas que padeceis sino por las culpas que dieron motivo á que Dios se valiera de un medio tan riguroso para restituirlos á su gracia. Y aun cuando fuerais inocentes debierais sufrir y llorar con un espíritu de piedad.

Tercera parte.

15. Porque ¿no fué inocente Jesucristo? Pues no constándonos que se riera ni aun se sonriera, nos consta que lloró y gimió amargamente. ¿No eran justos los apóstoles despues que el Espíritu Santo los confirmó en su gracia? Pues lloraron y gimieron considerando que en este valle de lágrimas y miserias eran viadores y peregrinos que caminaban al cielo que era su patria. Cada instante que se retardaba el llegar á ella era para los apóstoles un tormento, y debe

serlo para todos los que aspiran á la felicidad de ser sus compañeros y verdaderos discípulos de Jesucristo. Bien podeis con vuestra buena fortuna ó con la paciencia, libraros de la afliccion que acarrear la desgracias; pero no podeis libraros de la afliccion que trae consigo la privacion de Dios en los que sois sus hijos. Pues es el carácter principal que os distingue de los hijos del siglo, ciudadanos de Babilonia, bien hallados entre los placeres de este mundo: es el mejor testimonio de vuestra fe esperanza y caridad.

16. Porque cómo he de creer que crecis que Dios es un sumo bien á que sois llamados, si no suspirais y gemís por adquirirle? Qué esperais delicias inefables en la otra vida, si estais muy contentos en los deleites de esta? Qué amais á Dios, si no anelais por verle y por uniros íntimamente con él? Si no gemís y llorais en este valle de lágrimas, creeré con S. Cipriano que faltais á la fe á la esperanza y á la caridad, y que solamente sois cristianos en el nombre; pues no podeis serlo en verdad sin estas tres principales virtudes. No basta que os mortifiqueis con la templanza en el uso de los bienes terrenos, ni que sufrais con paciencia los trabajos, sino que es menester que vivais con piedad: pues apareció para vosotros la gracia del Salvador que os enseña templanza y paciencia, y aquel espíritu de piedad con que los apóstoles lloraron y gemieron por la ausencia de su amado maestro: *Apparuit gratia Dei Salvatoris erudiens nos.. ut sobriè justè et piè vivamus* (Tit. II. 11.)

17. Ya, dulcísimo Jesus, dóciles á vuestra gracia, prometemos renunciar en el afecto á todos los bienes y cuidados del siglo, abrazarnos con la cruz de la mortificacion y pedirnos de veras que venga cuanto ántes á nosotros vuestro reino: *Adveniat regnum tuum*. Y miéntras no viene, nos afligimos y lloramos arrepentidos de haberle desmerecido con nuestras culpas y ansiosos de alcanzarle por vuestra misericordia. Pésanos Señor de haber pecado. Misericordia, &c.

PLÁTICA LX.

DE LA DOMINICA QUINTA POST PASCHA
predicada á 29 de Abril de 1742, á 15 de Mayo de 1746.

Si quid petieritis patrem in nómine meo, dabit vobis. Joan. XVI. 23.

1. **E**s sin duda excelente el sermón de la magestad de Cristo, que leemos en S. Mateo al cap. 5. Aquel largo sermón digo, con que el Señor despues de haber ayunado cuarenta dias, á los treinta años de su edad comenzó el ministerio de su predicacion: aquel ser-

mon de las bienaventuranzas que predicó en el monte á las turbas: aquel sermón de una doctrina tan celestial que llenó de admiración y de asombro á los oyentes: *Admirabantur turba super doctrina ejus.* Pero en nada cede á aquel el sermón que leemos en nuestro evangelista S. Juan, cuyas cláusulas dieron asunto á mis pláticas en los dos domingos pasados; ántes bien parece que éste le lleva alguna ventaja, atendidas las circunstancias del lugar y del tiempo en que le predicó Cristo señor nuestro. Pues le dijo sentado á aquella sagrada mesa, en que instituyó ese augusto sacramento de la eucaristía: le dijo cuando próximo á la muerte se despidió de sus amados discípulos: le dijo cuando enternecido su corazón y bañado en lágrimas, cual sagrado cisne prorumpió en las mas dulces cariñosas expresiones, en las voces mas sonoras y mas claras: *Nunc palam loqueris & proverbium nullum dicis.*

2. De las últimas palabras de este sermón se vale tambien hoy la Iglesia nuestra madre para instruirnos en el santo ejercicio de la oración. Y aun al contemplarlas advierto que el mismo asunto que tomó el Señor para el primero que predicó en el monte, lo fué tambien del último que predicó en la cena. Pues en aquel enseñó á las turbas la oración que debían hacer á Dios, diciéndolas: Así debeis orar: Padre nuestro que estás en los cielos; y en este declaró á sus discípulos la gran utilidad de la oración, diciéndoles que conseguirían lo que pidieran para que su gozo fuera perfecto. O cuan importante es el ejercicio de la oración! Pues mereció ser el asunto de los dos mas célebres sermones que predicó la magestad de Cristo. O cuan admirable es su eficacia! Pues cuando apenas bastó la esperanza de volver á ver cuanto ántes al Señor á apartar de los apóstoles la tristeza que les causaba su ausencia: cuando la noticia de que les enviaria el Espíritu Santo no pudo acabar de alegrarlos; sola la oración, les dijo que había de llenar de gozo todas las medidas de su corazón: *Ut gaudium vestrum sit plenum.* Y nuestros ruegos, dulcísimo Jesus, bien pueden alegrarnos? Qué fuerza tienen nuestras oraciones? La misma, Oyentes míos, que las de los apóstoles: toda la que tuvieron las del real profeta David que le alegraban apenas abría los labios para orar: toda la que tuvieron las de S. Pablo que rompieron las cadenas que le aprisionaban y afligian: toda la que basta para que alcanzemos de Dios lo que pedimos: *Dabit vobis.* Qué mayor fuerza! qué mayor alegría!

3. Pero cómo? Qué es lo que da tanta eficacia á nuestros ruegos? No otro que el hacer lo que previene Jesucristo en el evangelio, el pedir lo que debemos pedir á quien debemos pedir y del modo que debemos pedir: *Si quid petieritis patrem in nomine meo.* De esta suerte conseguiremos lo que pidiéramos: *Dabit vobis:* serán eficaces los ruegos. Para que lo sean los vuestros, Señores, intenta

enseñaros esta tarde lo que, á quien, y cómo debeis pedir. Oídme con atencion; porque si logro mi designio, os prometo, y aun os juro en nombre del Señor, que será perfecto vuestro regocijo y eterna vuestra felicidad: *Amen amen dico vobis.*

Primera parte.

4. Quien oiga decir á Jesucristo que su Padre eterno dará lo que le pidan, tal vez se pondrá á pedir lo que se le antoja ó apetece, con gran confianza de conseguirlo en fuerza de la promesa del Señor. Pero es falta de reflexion, segun repara S. Agustin (*Tr. 102. in Joan.*); porque las mismas palabras del evangelio claramente significan que lo que se pide ha de ser algo, alguna cosa útil á nuestra salvacion; pues todo lo que no conduce á este fin no puede llamarse algo, sino nada: *Si quid petieritis.* Así tambien se explicó el apóstol S. Jaime en su carta (*r. 7.*) cuando dijo que los impios y pecadores no recibian algo de Dios, porque tuvo por nada los bienes temporales que poseían: *Non existimet homo ille quod accipiat aliquid á Dómino.* Y en efecto por mas aprecio que los hombres hagan de ellos, qué son en sí mismos? Qué son las riquezas sino un monton de estiércol que embaraza? Qué son las honras sino un humo que se desvanece? Qué son los deleites sensuales sino una ardiente exalacion que en un instante pasa? Y comparados con los eternos, que son? Nada.

5. De este dictámen fué el mas sabio de los hombres Salomon, que gozando de todos los bienes del mundo entendió que era sueño: *Intellexit quod esset somnium* (*III. Reg. iii. 15.*) No porque en verdad no los poseyera, sino porque reales y efectivos los juzgó sueño. Y su juicio es muy conforme á lo que declaró Cristo señor nuestro en el evangelio. Hasta ahora dijo á los apóstoles, no habeis pedido algo: *Usque modo non petistis quidquam.* Pues qué; no estaban allí los dos hijos del Zebedeo que por la boca de su madre pidieron las dos primeras sillas cuando el Señor se sentara en el trono de David? ¿No estaba allí S. Pedro que pidió la gloria del Tabor? Qué aquellas sillas no eran alguna cosa? Qué la gloria del Tabor no era algo? No, Oyentes míos. Porque eran honras y glorias del mundo, que aunque os parezcan mucho miradas á buena luz son nada: *Usque modo non petistis quidquam.*

6. Para que se diga que pedís algo á Dios, es menester que le pidais los dones de la gracia y de la gloria, que solamente merecen llamarse bienes. Porque como la gracia es una formal participacion de la naturaleza de Dios y la gloria una actual posesion de su bondad, llegan á ser algo y á ser bienes por la inmediacion y beneficio de quien lo es todo, y de quien es tan bueno como puede ser. Vos solo Señor, sois la fuente del ser, sois por esencia; vos solo sois el origen del bien bondad infinita. Gustoso me convengo, os diré con

8. Agustin, en que no me deis nada de todo lo que podeis darme á trueque de que os me deis vos mismo. A vos aspiro, por vos anelo. Cuándo subiré á la celestial Jerusalem corte vuestra, para veros amaros y poseeros? Piadosísimo Jesus compadeceos de mí, que gimiendo y llorando camino en este valle de lágrimas. Ay que á cada paso me desvío de Vos y caigo oprimido de mis pasiones! Ay qué cruda batalla siento dentro de mí mismo! Cuando me pongo á contemplar en la oración vuestras perfecciones, vanos fantasmas torpes representaciones de golpe me perturbaban y me enagenan. Bajad, fuego inextinguible, á purificar mi corazón de terrenos afectos. Bajad, fortaleza del Padre, á hacerme inmóvil á los impulsos de la vanidad. Bajad á mi entendimiento, luz primogénita, para que conociendo que Vos solo sois digno de ser amado, pida en mi oracion lo que debo pedir: pida que me deis la gracia y la gloria que prometéis darme: *Si quid petieritis dabit vobis.*

7. Con todo confieso, Oyentes míos, que bien podeis pedir á Dios los bienes temporales de suerte que vuestros ruegos sean eficaces: son innumerables los ejemplares que leemos en las sagradas letras de varones santísimos que los pidieron y los alcanzaron. Abraán pidió la fecundidad de Sara, Salomon la sabiduría y las riquezas, Ezequias la salud, S. Pedro la libertad, y todos lo consiguieron de Dios. Porque es tanta su misericordia que haciéndose cargo de nuestra necesidad espiritual ó corporal acude pronto á socorrerla. Pero esto no quita que segun enseñan S. Agustin y santo Tomas (2. 2. q. 83. a. 7.) nuestros ruegos no deban guardar el orden que prescribe la caridad á nuestros deseos. Así como debemos primeramente desear la gloria de Dios, despues de nuestra y ultimamente los bienes temporales: así tambien debemos sin inversion alguna pedir á Dios lo mismo en nuestras oraciones.

8. No sean pues vuestros ruegos desordenados: no sean muy fervorosos cuando se dirigen á recobrar la salud del cuerpo ó la hacienda perdida, y muy tibios cuando pedís la salud de vuestras almas que desfallecen mortalmente por la culpa. Y sobre todo no sean depravados proponiéndooos algun fin inico. No pidais á Dios que os dé empleos para ostentar el fausto y la soberbia: que os dé riquezas para saciar los brutales apetitos de la gula y de la lascivia. Fuerais practicamente Maniqueos; pues presumierais que Dios puede ser autor y causa de vuestras maldades: hicierais al Señor el mayor ultrage pidiéndole armas para ofenderle.

9. En tanto podeis pedir los bienes temporales y en tanto son bienes, en cuanto son medios que conducen á conseguir los eternos. Siempre que mireis á aquellos como á vuestro último fin, ya no son bienes, son males: ya no usais sino que gozais de ellos, contra el

el consejo de S. Agustín: ya no sois sus dueños sino sus esclavos; porque el mismo apego que teneis os domina; y como no os satisfice, os mueve á pedir lo superfluo contra el ejemplo que nos dió la gran moderacion de aquel monarca, que absolutamente pedia á Dios que no le diera riquezas ni pobreza sino lo preciso para comer: *Divitias et mendicitatem ne dederis mihi, sed tantum victui meo tribue necessaria* (*Prov. xxx. 8.*) Con esto Señores, ya no podeis ignorar lo que debeis pedir; y así paso á haceros ver á quién debeis pedir: *Si quid petieritis Patrem.*

Segunda parte.

10. Una vez que sepais que el Padre de las Luces, como se explica S. Jaime (*Jac. i. 17.*) es el origen de todos los bienes: *Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens á Patre luminum*; facilmente conocereis á quien deben dirigirse vuestros ruegos. Porque así como nadie puede dar lo que no tiene, así nadie debe pedir á otro lo que no puede dar. Siendo pues solo el Padre celestial quien tiene para daros, qué pedís á los hombres? ¿No habeis experimentado muchas veces su cortedad su dureza ó su inconstancia? Hasta cuando, os diré con el real profeta (*Ps. iv. 3.*) habeis de obstinaros en buscar la vanidad y el engaño? *Filii hominum usque quo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem et queritis mendacium?* Hasta cuando habeis de tocar á las puertas de los ricos cerradas á la piedad? Hasta cuando habeis de estar en las antesalas de los poderosos del mundo amigos de su conveniencia? Hasta cuando habeis de afianzar los ascensos sobre sus palabras falsas y vuestras viles lisonjas? *Usque quo?* Hasta cuando? Y mas teniendo á vuestro Dios Todo poderoso pronto á socoreros? *Exaudiet me cum clamávero ad eum.* A Vos Señor, recurriré en adelante en todas mis necesidades: á Vos que teneis por delicia vuestra el estar conmigo y favorecerme: á Vos que pudiéndolo todo no podeis engañarme cuando me prometeis darme lo que os pida. A vuestro trono me acerco sin que la magestad de Señor me asuste; porque el renombre que tomais de Padre me alienta: *Si quid petieritis Patrem.*

11. Bien hubiera podido Jesucristo, dice S. Leon Papa, cuando enseñó á las turbas y á sus discípulos á orar, dar á Dios el nombre de Señor y de rey, de criador ó algun otro de los que le dieron los profetas; pero no quiso que le diéramos sino el de padre, para que al pronunciarle en lugar de infundir respeto y miedo respirara amor y confianza. Y mas cuando Dios en verdad es padre de las criaturas á quienes dió el ser conserva y gobierna: lo es con especialidad de los hombres que crió á su imagen y semejanza; y con mayor propiedad de los justos á quienes comunica la gracia que los hace hijos adoptivos suyos. Y en este sentido, segun entiendo S. Gregorio Ni-

seno (*Or. 2. de Or. Dom.*) quiso nuestro Redentor que llamáramos padre á Dios, cuando oramos y decimos *Padre nuestro*. Y como no quiso que en nuestra lengua hubiera la menor sombra de mentira, quiso que Dios fuera nuestro padre y que fuéramos en verdad hijos suyos por la gracia: *Si quid petieritis Patrem.*

12. Mal podeis Señores, pedir á Dios como á vuestro padre: mal podeis decir padre nuestro y peor podeis continuar la oracion, miéntras estais en pecado mortal. Acáso sois hijos suyos? ¿Cómo pedís que sea santificado su nombre si le profanais? Cómo el que venga su reino si no sois sus vasallos? Cómo el que se haga su voluntad si estais resueltos á hacer la vuestra depravada? Cómo el que os perdone vuestras deudas ó culpas si aumentais de cada dia su número? Cómo el que no os deje caer en la tentacion si buscáis los peligros? Cómo el que os libre de mal si estais bien hallados en el peor de los males? Para decir verdad pedid lo contrario, decid: Enemigo nuestro, no sea santificado tu nombre, no nos venga tu reino, no se haga tu voluntad, no nos perdoneis nuestras culpas, dejadnos caer en la tentacion, no nos libreis del mal. ¡Jesus, qué horror! ¿No os atreveis á proferirlo con la lengua? Vuestro corazon obstinado lo está diciendo, y miéntras no saliereis de este infeliz estado, cuando pronunciáis lo que enseñó Jesucristo á los apóstoles, mentís. Haced la oracion al demonio, llamadle padre, pues sois hijos suyos supuesto que haceis su voluntad y no la de Dios, que es la señal que dió el evangelista S. Juan para conocerlos: *Vos ex patre diábolo estis.*

13. No entiendo pecadores, que vosotros no podeis ni debeis orar; ántes nunca teneis mas necesidad que ahora. Solamente juzgo que para orar con verdad y con provecho debeis antes hacer una resolucion firme de servir á Dios, aborrecer el pecado y arrepentiros. Al modo que un hijo que enojó á su padre y desea conseguir alguna gracia, ántes se humilla y le pide perdon; y cuando esto no basta á aplacarle, se vale de los amigos de su padre para que se interesen en su reconciliacion: así tambien los que enojasteis gravemente á Dios, ántes que otra cosa debeis pedirle perdon y para conseguirle interponed los ruegos de María santísima y de los santos, que son sus amigos y favorecidos, y luego volved á arrojaros á sus pies, para pedirle como á vuestro padre amoroso su gracia y todo lo que conduce á vuestra gloria, con la mas segura confianza de alcanzarlo como lo pidais del modo que debeis pedirlo y os diré en mi

Tercera parte.

14. No parece que pudo Cristo señor nuestro enseñarnos con mas concision y energía lo que, á quién y cómo debemos orar. Porque lo primero lo declaró en la palabra *quid*, lo segundo en la

otra *patrem*, y lo tercero en la última *in nómine meo*. Si pidiérais dijo algo al Padre en mi nombre os lo dará: *Si quid petieritis Patrem in nómine meo, dabit vobis*. O qué lición tan admirable! Pero no puede aprovecharos Señores, si no la tomáis entera. Poco importa que pidais en la oracion lo que debéis pedir y á quien debéis pedir, si no lo pedís en nombre de Jesucristo sino en nombre vuestro: *In nómine meo*. Así oraba aquel fariseo del evangelio de S. Lúcas, que entrando en el templo ocupó el primer lugar y jactancioso publicaba que ayunaba dos veces á la semana, que daba el diezmo de cuanto poseía: muy satisfecho de sí mismo se gloriaba que no era ladrón ni adúltero ni malvado como los demas hombres, ni como un pobrecito publicano que se habia quedado junto al lindar de la puerta, y allí clavados sus ojos en el suelo heria á duros golpes su pecho pidiendo al cielo misericordia: *Propitius esto mihi peccatori* (*Luc. xviii. 13.*)

15. Aunque no haya entre vosotros ninguno que confie en sus méritos ni pida en su propio nombre; con todo puede ser que haya alguno ó alguna que se asemeja al fariseo en el modo de orar. Alguna que á pesar de otras pretende tomar el mejor lugar en el templo: que en vez de fijar sus ojos en el suelo ó en este tabernáculo, lo registra todo: que en vez de quedarse allí clavada, se levanta luego para ir haciendo una reverencia á los altares y treinta á los bancos, para ir moviendo los labios y haciendo al mismo tiempo juegos con el rosario y abanico, para ir inquietando á los fieles y perturbando tal vez al predicador que desde el púlpito predica reverencia. ¿Y no son fariseas? Ello es cierto que dan muestras de que se volverán á su casa, no justas como el publicano sino réprobas como el fariseo; porque no pidieron en nombre de Jesucristo: *In nómine meo*.

16. Cuando pedimos algo al Padre en nombre de Jesucristo interponemos sus infinitos méritos para conseguirlo. Y como que le decimos que siendo indignos de ser oídos, nos escuche por reverencia de su hijo unigénito: que desconfiando de nuestra miseria ponemos toda la confianza en la recomendacion de nuestro Redentor y abogado. Y luego Jesucristo une sus ruegos con los nuestros ó segun se explica S. Bernardo (*Serm. 28. in Cant.*) envia un fuego ardiente á encender el incienso de nuestras oraciones para que saba el humo agradable al trono de su Padre. Porque S. Agustin encuentra gran diferencia entre pedir á Dios, y pedir á los hombres. Cuando hemos de acercarnos á hablar á alguno de estos que está en lugar preeminente, es menester que subamos; pero al contrario cuando queremos hablar con Dios colocado sobre la mas alta cumbre de la gloria, es menester que baje nos. Al mismo paso que nosotros soberbios nos elevamos, se sube mas Dios hasta hacerse inaccesible: *Accedet homo ad cor altum, et exultabitur Deus* (*Ps. cxlvi. 8.*); y al mismo pa-

so: que nosotros humildes nos abatimos, baja Dios hasta encontrar-nos.

17. O artificio admirable de la dignacion de Dios! O prodigiosa fuerza de los méritos de Jesucristo! Su impulso atrae hácia nosotros la magestad y el poder del Padre. Qué podian alcanzar nuestras pobres oraciones, dulcísimo Jesus, si no fuera por Vos que las valorais con vuestros méritos? Nos diríais como á los apóstoles que nada pedíamos, si no nos hubierais enseñado lo que y cómo debemos pedir á vuestro Padre: *Usque modo non petistis quidquam*. Y en verdad hasta ahora lo que mas hemos pedido es lo que ménos nos conviene, riquezas honras placeres bienes perecederos, nada: no hemos pedido vuestra gracia que nos puede facilitar el poseeros á Vos mismo bondad infinita en la gloria. Hasta ahora hemos rogado al mundo infiel y engañoso, y si hemos pedido algo á vuestro Padre ha sido con las armas de la vanidad en la mano con que le ofendíamos, no en nombre vuestro. Pero de aquí adelante os prometemos pedir lo que á quien y como debemos.

18. Ahora mismo postrados á los pies de vuestro Padre, le pedimos humildemente que nos perdone nuestras pasadas culpas. No nos levantarémos, Padre amoroso, que no nos concedais la gracia del perdon. Vuestro Hijo nos prometió y aun juró que nos concederíais lo que pidiésemos en su nombre. Pendiente en una cruz derrama sangre, para que mezclada con nuestros ruegos os sean agradables. O padre amoroso! Miradnos con ojos de padre, y si por nuestras culpas desmerecemos el honor de hijos vuestros, arrepentidos decimos que nos pesa de haber pecado: os pedimos misericordia en nombre de Jesucristo por sus méritos: misericordia, Señor, misericordia, &c.

JACULATORIAS.

19. Padre celestial, Dios soberano! Vuestra inmensa magestad me acobardara á pedir cosa alguna, si la gran dignacion de vuestro Hijo no me convidara á que os pidiera. Pedid, nos dice á todos; y todos os pedimos, Señor, que perdoneis nuestras pasadas culpas, todos os pedimos misericordia, Señor, piedad, misericordia.

O dulcísimo Jesus! Hasta ahora, ni hemos pedido lo que debíamos, ni como debíamos pedirlo. Pero ya desengañados no pedimos á vuestro padre honras riquezas ni gustos. Pedimos gracia para arrepentirnos de nuestras culpas, y la pedimos con fervor con humildad y con lágrimas. Perdonadnos Señor, pues nos pesa de lo íntimo del corazón de haberos ofendido.

Dios soberano! Me reconozco indigno de que oigais mis súplicas: por eso interpongo los méritos infinitos de vuestro hijo; y en su nombre os pido perdon de mis culpas: en su palabra y en vuestro

tra piedad confío alcanzarle. Misericordia, ó Padre de las misericordias.

PLÁTICA LXI.

DE LA DOMINICA QUINTA POST PASCHA
predicada á 19 Mayo de 1743, y á 7 Mayo de 1747.

Si quid petieritis Patrem in nómine meo dabit vobis: usque modo non petistis quidquam in nómine meo. Pétite et accipietis. Joan. XVI. 23.

1. **S**i S. Ambrosio tuvo pór muy difícil hablar dos veces de un mismo asunto con acierto y con gusto de sus oyentes: mucho mas difícil me será, Señores, hablaros en este dia de la oracion, de la cual os he hablado mas de dos veces. Pero así como aquel elocuentísimo padre venció la dificultad que encontraba en predicar segunda vez del nacimiento del Señor á sus feligreses, con el motivo de la grandeza del misterio y del beneficio que le acordaba la Iglesia en aquel dia: así tambien yo teniendo presente quanto os importa el ejercicio de la oracion, habré de empeñarme á pesar de mi insuficiencia á tomarle tercera vez por asunto en este dia inmediato á los dias que la Iglesia llama de ruegos ó de rogaciones. Dias en que debéis congregados en los templos levantar las manos al cielo, para alcanzar de la divina misericordia los socorros de que necesita vuestra miseria. Dias en que á imitacion de los Israelitas divididos en tropas y precedidos de los sagrados ministros geles de vuestras tribus, debéis ir á adorar al Señor en el arca de su nueva alianza. Dias finalmente en que el Dios de los consuelos los derrama á manos llenas sobre los que los piden, en fuerza de la palabra que dió su hijo y nuestro señor Jesucristo, de que daría quanto le pidiesen en su nombre: *Si quid petieritis Patrem in nómine meo, dabit vobis.*

2. Al oír Señores, confirmada con juramento tal promesa de la boca de quien ni puede engañarse ni engañaros, ya no teneis que quejaros de la pesadez de la carga que os oprime. Pedid, y el Padre celestial os la aliviará. No teneis que quejaros de la esclavitud que os hace gemir en este valle de lágrimas. Pedid, y os dará con su gracia la libertad de hijos suyos. Ni teneis que quejaros de la pobreza que os aflige. Pedid, y os concederá quanto hubiereis menester. Tocad, que está pronto á abriros: *Pulsate & aperietur vobis* (Lucæ xi. 9.) Rogad, que serán bien oídos vuestros ruegos: *Pétite & accipietis.* Puede el Señor hablar mas claro? Os convida á que le pidais y jura daros quanto le pidierais. Habrá pues entre vosotros fie-

les míos, alguno que se halle necesitado? Solamente podrá serlo quien no pide á Dios lo que necesita. Y habrá alguno que deje de pedirlo? Qué dolor! Me temo que muchos imitais á los apóstoles que segun se explicó Jesucristo próximo á la muerte hasta entónces nada habian pedido. Y desco saber la causa: es grosería ó inaccion? es error del entendimiento ó depravacion de la voluntad? es desconfianza de Dios ó demasiada confianza de vosotros mismos? Cualquier causa que tengais para no pedir á Dios lo que habeis menester, basta á haceros infelices en esta vida y en la otra.

3. Y así para que no lo seais sino que seais eternamente felices por medio del ejercicio santo de la oracion, intento explicaros á modo de homilía las palabras del evangelio de este dia. En él Jesucristo nos da á entender que nuestros ruegos son necesarios *pétite*: que son á veces inútiles *usque modo non petistis quidquam*; y que pueden ser eficaces *pétite & accipietis*. Lo que hace nuestros ruegos necesarios, lo que los hace inútiles, y lo que los hace eficaces, os importa saber y he de manifestaros en el discurso de mi plática, para que en adelante sea mayor la frecuencia, la utilidad y la eficacia de vuestras oraciones.

Primera parte.

4. Decir que podemos sin el socorro de la oracion resistir á los fieros enemigos de nuestras almas, vencer las tentaciones que padecemos, dejar el camino del vicio para tomar el de la virtud, conseguir el perdon de nuestras culpas y perseverar en gracia hasta el fin de la vida: es lo mismo que decir que sin armas podemos vencer á enemigos bien armados, caminar con seguridad sin luz y sin guía, vivir sin alimento, curar sin medicinas. Y aun si bien se mira todas estas cosas á que la sagrada escritura compara nuestras oraciones, no son tan necesarias como lo son estas para alcanzar la salud eterna. Lo que mejor nos hace ver á juicio de S. Agustin la necesidad de nuestros ruegos, es la necesidad que tenemos de la gracia ó asistencia de Dios: al mismo tiempo que nuestros ruegos nos demuestran ser necesaria la gracia.

5. Si podemos Señores, por nosotros mismos salir victoriosos del mundo campo de batalla en donde peleamos con el poder de las tinieblas, son innecesarios nuestros ruegos. Pero como ni las fuerzas de nuestra naturaleza ni la libertad de nuestro albedrío ni la misma santidad de la ley bastan para librarnos de las asechanzas del mundo del demonio y de la carne que nos persiguen, se hace preciso pedir á Dios el socorro de que necesitamos. Qué importa que Dios nos haya criado para el cielo, si se cerraron sus puertas por nuestras culpas? Qué importa que la voluntad sea libre, si el apetito la tiraniza? Qué importa que la ley sea santa, si nuestras inclinaciones son malvadas?

6. Mirad Señores, un retrato del hombre al natural que nos pintó el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico (xl. 12.) El hombre dice considerado segun su naturaleza es una miseria: *Homo márcidus*. Despues de haber perdido el mas precioso de sus bienes que es la gracia, para no ser eternamente infeliz necesita recobrarla: *Egens recuperatione*. Si pudiera por si mismo recobrarla seria ménos lamentable su desgracia, pero le faltan las fuerzas: *Deficiens virtute*. Se encuentra no solo débil sino tan pobre que solo es rico de pobreza: *Abundans paupertate*. Sabeis Señores, si hay en el mundo algun hombre que no sea original de este retrato? Algun hombre que despues del pecado de Adan no esté habitualmente enfermo por la continua destemplanza de sus pasiones? Algun hombre que no tenga necesidad de recobrar lo que perdió en la caída de su primer padre, ó que pueda por sí mismo reparar aquella pérdida? A este hombre decidle que nada tiene que pedir á Dios: él es capaz de hacerse feliz. Pero en dónde está este hombre? pregunta S. Agustin á Pelagio.

7. Y aunque por la miseria de nuestro estado no tuviéramos necesidad de pedir á Dios los socorros de su gracia, tendríamos gravísima obligacion de orar; porque es la oracion como enseña el Nazianceno, acto perfectísimo de la virtud de la religion, en la cual elevando nuestra mente á Dios veneramos su soberano dominio, confesamos sus misericordias sus beneficios y nuestro reconocimiento; y esta obligacion á diferencia de otras es indispensable. El enfermo no tiene obligacion de ayunar, el pobre de dar limosna, el ignorante de enseñar á sus prójimos, porque no pueden; pero nadie me dirá que no puede orar y pedir. Ni el lugar ni el tiempo ni las ocupaciones nos dispensan de la obligacion de orar. Para Pablo fué un oratorio el bajel en que iba embarcado. Aquel Israelita fiel cautivo en Siria oraba sobre los rios de Babilonia, cuando se acordaba de Sion. El piadoso Ezequías mortalmente enfermo ofrecia á Dios sus ruegos y sus oraciones. Quién mas ocupado que Daniel cuando primer ministro del rey de Babilonia? Quién mas gravado de cuidados que David cuando rey de las doce tribus? Y quién ha habido hasta el dia de hoy mas fervoroso en la oracion que estos dos profetas? Los mismos graves negocios que trataban les hacian pedir á Dios con mas fervor su asistencia para el acierto.

8. Por eso manda Jesueristo á todos sin excepcion de personas que rueguen á su Padre eterno: *Pétite*. Y por lo mismo manda S. Pablo á los Efesios (vi. 18.) que oren en todo tiempo: *Orantes omni tempore*. Por la mañana rogad y levantad el corazon á Dios para que bendiga lo que hicieris en el resto del dia. Pedidle por la tarde que os dé una noche tranquila y un fin dichoso: *Noctem quietam et finem perfectum*. Os es próspera la fortuna? Rogad que vuestro

tro corazón no se desvanezca. Os es adversa? Pedidle que no se abata. La desgracia os entristece? Orad que el Dios de los consuelos os alegrará: *Tristatur aliquis vestrum? Oret* (Jac. v. 13.). La oración causará en vosotros los mismos efectos que en David, quien se alegraba apenas se ponía á alabar á Dios.

9. Rogad en todos lugares y en todos tiempos: *Orantes omni tempore*. Vuestros ruegos serán como la columna de nube del desierto para templar el ardor de vuestras pasiones, y como una columna de luz para no errar el camino entre las tinieblas de este mundo. Vuestros ruegos serán un sacrificio tan agradable á los ojos de Dios como los sacrificios de la antigua ley: serán aquella hostia pura que vió el profeta Malaquías (1. 11.) que se ofrecía á Dios en todo lugar: *In omni loco offertur nómni meo oblatio munda*. Rogad pues á todas horas; pero rogad con espíritu os diré con el Apostol: *Orantes omni tempore in spiritu* (Ephes. vi. 18.) De otra suerte vuestros ruegos serán inútiles y os dirá Jesucristo que hasta ahora nada habeis pedido: *Usque modo non petistis quidquam*.

Segunda parte.

10. No penseis Señores, que os he de hablar en esta segunda parte de aquellos ruegos depravados que hacen algunos á Dios, de aquellos ruegos digo con que muchos piden á Dios que les dé alguna dignidad para ostentar su fausto y su soberbia: de aquellos ruegos con que piden otras riquezas para saciar los brutales apetitos de su gula y de su lascivia. No: estos infelices son practicamente Maniqueos; pues presumen que Dios puede ser cómplice autor y causa de sus malas obras. Ni ménos os hablaré del descuido que tienen otros de orar, aunque bien pudiera hacer una acre invectiva contra la indevidencia que es notoria en muchos hombres. Si estuvieran en mi auditorio les diria: Qué se hizo aquella devocion que poco ha tenfais ó manifestabais tener á Maria señora nuestra? Qué se hizo aquel fervor con que casi continuamente cantabais alabanzas á esta soberana reina? Bien juzgué que aquella primer universal conmocion no podia durar largo tiempo; pero me persuadí que quedaria en términos de una devocion regular. Pero veo que me engañé. Pues ya son poquísimos los que la saludan en esas calles que ántes parecian templos. Ya en lugar de Ave Marías se vuelven á oír aquellas canciones que ántes ofendian nuestros oídos. Ya ha dejado de salir muchas veces el rosario de este templo por no haber quien le rezara. Qué es esto? Quercis Valencianos, que con verdad se diga que la ligereza y la inconstancia es vuestro carácter y divisa? Quercis que se diga que todo lo haceis por veleidad por capricho y por antojo? Yo os aseguro que no sabria que responder si se me hiciera este cargo: ni se qué satisfaccion podreis dar á Maria señora nuestra de ha-

berla suspendido el culto que poco ha le tributabais. No seais vosotros oyentes míos, comprendidos en esta culpa; ántes si continuad os ruego la devocion que emprendisteis. Con esta confianza me pasó á hablar con aquellos, que rezando tanto como los apóstoles merecen que se les diga, hasta ahora nada habeis pedido: *Usque modo non petistis quidquam*: porque sus ruegos han sido inútiles por falta de atencion de subordinacion y de paciencia.

11. Entre todas vuestras acciones, Señores no hay ninguna tan seria como la de orar á Dios; y así ninguna pide la atencion que ésta. Lo primero que pedís al Señor es que oiga y atienda vuestros ruegos: y vosotros no habeis de oírlos y atenderlos? El asunto de la oracion es aquel asunto de cuyo buen éxito depende vuestra salvacion: tratais el negocio de la mayor importancia, y le tratais con aquel soberano juez en cuya presencia tiemblan los serafines las dominaciones y las potestades: y con este Señor y de tal asunto hablais sin pensar en lo que hablais? En lugar de mover su misericordia irritais su justicia. Es acaso Dios de peor condicion que los jueces del mundo, á quienes con las bien meditadas razones pedís sentencia favorable en vuestros pleitos? Qué atentas qué humildes expresiones usais para ganar la voluntad de un hombre ó de una muger? Os importa mas ser agradable á sus ojos que á los de Dios con quien hablais en la oracion?

12. Las palabras ó voces que hacen á vuestras oraciones vocales no son necesarias para que Dios os entienda: solo sirven para conciliar vuestra atencion; porque el Señor registra y atiende vuestros deseos y estando el pensamiento distraído son inútiles los ruegos que le haceis. No hablo de las distracciones involuntarias, que no impiden el mérito ni el fruto de la oracion. Hablo de las distracciones voluntarias tan introducidas en los cristianos. Aun sin querer, vemos en muchos cuando rezan, la vista divertida á todas partes, los oídos atentos á las palabras ociosas de los que están á su lado y nada atentos á lo que rezan. Ni puede ser ménos; porque cómo ha de recogerse vuestro espíritu á Dios, si inquietan la imaginacion las especies de los objetos que continuamente mirais y oís? Cómo ha de elevarse la mente á Dios si no se aligera el alma de las pasiones rebeldes que la abaten? Para tener la atencion debida en vuestras oraciones, es menester que segun el consejo de S. Juan Clímaco, disperteis el pensamiento con la viva idea de un Dios presente que ve los secretos de vuestro corazon. Es menester que á la puerta del templo ó del oratorio dejéis todos los cuidados del mundo, como hacia aquel gran prelado S. Aldebaro. Y así serán útiles vuestras oraciones como estén bien ordenadas.

13. El mismo órden que prescribe la caridad á nuestros deseos, deben observar nuestros ruegos. Solo debemos pedir en la oracion,
de-

decia S. Agustín escribiendo á Proba, lo que podemos licitamente desear. Debemos pues pedir primeramente el reino de Dios y su gracia: los bienes temporales solo podemos pedirlos en cuanto conducen á estos fines; y como lo pidamos con perseverancia serán eficaces nuestros ruegos.

Tercera parte.

14. La magestad de Cristo no solo promete, sino jura que su Padre eterno nos dará lo que le pidiéramos: *Amen amen dico vobis, si quid petieritis Patrem.* Y señala la razon: porque mi Padre dice, os ama: *Pater amat vos.* O qué bien dispuesto está hácia nosotros estando enamorado! No mira Dios con indiferencia nuestras miserias: su amor le interesa en ellas y basta representárselas para que las socorra. No es avaro: su infinita beneficencia y liberalidad excede á nuestros deseos. Abraan le pide un hijo, y le da tantos descendientes como estrellas tiene el cielo y granos de arena el mar. Jacob le pide que sus hijos vuelvan de Egipto, y logra ver entre ellos á su amado Josef á quien creía muerto. Ana le pide un hijo, y le da un Samuel un profeta y un juez de Israel. Mónica pide la gracia de ver católico á Agustino, y logra el consuelo de verle doctor y maestro de la Iglesia católica. En una palabra Dios ama á los que le ruegan: *Pater amat vos.* No puede decirse mas.

15. Otra razon tenemos para creer firmemente que nuestros ruegos serán eficaces: es á saber los infinitos méritos de Jesucristo, en cuyo nombre pedimos. *In nómine meo.* Mis lágrimas dulcísimo Jesus, sin las vuestras serian estériles. Mis mortificaciones sin las vuestras serian farisaicas. Mis ruegos sin los vuestros serian ineficaces. No es lo mismo que yo lllore solo, que el que lllore con Vos. No es lo mismo que yo mortifique mis sentidos, que el que me cargue con vuestra mortificacion como se explica S. Pablo. No son lo mismo mis ruegos que mis ruegos sostenidos por los vuestros. O lágrimas! ó mortificacion! ó ruegos! qué poderosos sois por la misteriosa union con los de mi buen Jesus!

16. Cuando pedimos á Dios en nombre de Jesucristo, qué hacemos sino interponer sus infinitos méritos para conseguirlo? Qué hacemos sino decirle que somos indignos de ser oídos y que nos escuche por reverencia de su unigénito Hijo? Hacemos lo que un criado que sin dineros con dar el nombre de su amo se lleva de la tienda del mercader cuanto pide. Hacemos lo que un embajador que en virtud de las cartas de creencia que lleva, habla con toda la representacion de su rey. Hacemos lo que S. Pedro que despues de haber estado toda una noche pescando inutilmente, arrojó la red en nombre de Jesucristo y la sacó llena (*Luc. v. 5.*)

17. A este gran nombre de Jesus todo cede. Al oírle las criaturas

terrestres y celestes se postran. Hasta vuestra soberanía, ó Dios mio, se rinde se vence á nuestros ruegos. Qué dicha! Mas qué desgracia será la nuestra, si un medio tan eficaz como necesario para alcanzar la eterna felicidad, se hace inútil por nuestra culpa por falta de atención y subordinación en nuestros ruegos? No, Oyentes míos: desde ahora postrados á los pies del Señor hagámosle la oración mas atenta segun el orden de caridad. No con la lengua Señor, con el corazón os pedimos, no riquezas no honras no gustos, sino vuestra gracia y vuestra gloria. Y lo pedimos por el amor que nos tenéis, y por los merecimientos de vuestro hijo Jesucristo. Perdonad Señor vuestras culpas; pues arrepentidos decimos que nos pesa. El pecho se parte de dolor: nuestros ojos derraman lágrimas al contemplar ofendida vuestra infinita bondad. Pero vuestro amor nos alienta: vuestro Hijo nos patrocina. Piedad Señor, misericordia, &c.

JACULATORIAS.

18. Amabilísimo Jesús! Nos prometéis que vuestro Padre nos dará lo que le pidamos en vuestro nombre: seremos pues felices si acertamos á pedirle perdón de nuestras culpas. Perdonadnos Señor.

Dulcísimo Jesús! Hasta ahora no hemos pedido sino al mundo honras riquezas y placeres, bienes caducos: nada hemos pedido á vuestro Padre. Pero ya arrepentidos os decimos que nos pesa: que nos deis vuestra gracia: que nos mireis con misericordia.

Benignísimo Jesús! Qué pueden alcanzar de vuestro Padre mis pobres oraciones, si Vos no las valorais con vuestros méritos? Mis ruegos mezclados con la sangre que derramais pueden aplacar su indignación. En vuestro nombre, por vuestro amor le ruego que se compadezca de mi miseria. Misericordia Padre amoroso, misericordia.

PLÁTICA LXII.

DE LA DOM. INFRA OCT. ASCENSIONIS

predicada á 26 de Mayo de 1743, y 22 de Mayo de 1748.

Hæc locutus sum vobis ut non scandalizemini. Joan. XVI. 1.

1. ¿**Q**uán gran mal es el escándalo, que por evitarle en sus apóstoles predica la magestad de Cristo un largo sermón próximo á la muerte? ¿Porque no se escandalizen, les explica misterios inefables, les manifiesta el grande amor que les tiene, los exorta á que se amen mutuamente y les promete luego que se suba al cielo enviar al Espíritu Santo que los enseñe los consuele y los proteja? Creyéramos

mos

mos Señores, que la celestial doctrina, la provechosa instruccion que contiene el sermón de la cena tenia otro fin que el de evitar el escándalo en sus discípulos, si no declarara el Señor que por eso y no por otro les hablaba: *Hæc locutus sum vobis, ut non scandalizemini.*

2. Con esto conoceréis Oyentes míos, que con suma impropiedad llamais escandalizarse al admirarse ofenderse y indignarse de las malas acciones y palabras de vuestros prójimos. Ese disgusto ó enojo que manifestais es loable. Esa es una expresion del odio santo y perfecto con que debeis aborrecer los pecados ajenos. Pero el escandalizar ó escandalizarse que deriva su etimología de la voz *escándalo*, que significa lo mismo que piedra de tropiezo, es intrinsecamente malo. Porque escandalizar ó el escándalo activo como hablan los Teólogos, es aquella palabra ó accion ménos recta que da motivo á que nuestros prójimos caigan ó pequen. Y el escandalizarse ó escándalo pasivo es el pecado que cometemos inducidos del mal ejemplo de nuestros prójimos. Y tanto el escándalo pasivo como el activo, os prohíbe expresamente Jesucristo en el evangelio.

3. Por S. Juan declara que cuanto ha dicho lo ha dicho para que no os escandalizeis: *Hæc locutus sum vobis, ut non scandalizemini.* Por S. Mateo (*xviii. 6.*) declara que os estuviera mejor que con una muela de molino al cuello os arrojaran al mar, que no el que escandalizarais á alguno de vuestros prójimos. Y á este intento os manda en el evangelio de S. Lucas (*xii. 15.*) que canta la Iglesia en este dia consagrado al culto del gran patriarca S. Felipe Neri, que tomeis en vuestras manos antorchas encendidas: *Lucernæ ardentes in manibus vestris.* Que es lo mismo que deciros, segun entiende S. Gregorio (*Hom. xiii. in Evang.*) que con vuestras buenas obras contribuyais al aprovechamiento ó edificacion espiritual de vuestros prójimos: *Lucernas in manibus tenemus cum per bona ópera lucis exempla monstramus.* Siguiendo pues el designio que se propuso nuestro divino maestro, intento persuadiros esta tarde que ni os escandalizeis, ni escandalizeis á otros. En la primera parte de mi plática os haré ver que la doctrina y la ley de Jesucristo no pueden ser motivo de prevaricacion ó de escándalo. Y en la segunda que vuestras obras no deben dar ocasion de ruína ó de escándalo á vuestros prójimos. Si me estais atentos conoceréis claramente que el escandalizarse y el escandalizar á otros son en ormes delitos.

Primera parte.

4. El apóstol S. Pablo previó y dijo que Cristo señor nuestro crucificado seria motivo de escándalo á muchos infieles. Y S. Agustin discurre que lo seria por las verdades que anunció y por las leyes que impuso. Las verdades son sobrenaturales y superiores á la pers-

picacia del entendimiento humano. Las leyes parecen rígidas y severas, atendidas las depravadas inclinaciones de los hombres. Pero si bien se mira, qué escándalo pueden ocasionar las verdades que reveló? Pudieran los hombres conocer á Dios sin los socorros de la fe? A qué de contradicciones, errores y extravagantes opiniones estaban expuestos, ántes que viniera Jesucristo al mundo?

5. Aquel filósofo que por tantos siglos ha sido venerado príncipe de las escuelas, alcanzó que habia un Dios; pero formó tan mal concepto de su providencia que pensó que desde el cielo no podia gobernar las cosas de la tierra. Y aquel otro que por la elevacion de sus ideas se grangeó el nombre de divino, habló tan confusamente de la divinidad que sus propios discípulos no se atreven á afirmar resueltamente que conoció un Dios verdadero. Así los sabios mas ilustrados de la gentilidad no acertaban á encontrar los medios que facilitan el conocimiento de la suprema verdad. No bastaba á vencerla la autoridad humana. No bastaba á aclarerla la razon natural casi eclipsada por la culpa. Así todas las gentes fueron tras de los engaños de la idolatría, hasta que el mismo Dios hijo de Dios, la luz primogénita de la luz, Cristo señor nuestro alumbró al mundo, enseñó á todos la unidad de Dios y sus atributos en nada opuestos á la razon; y á sus testimonios añadió maravillas tan patentes que los hizo evidentemente creibles segun dijo David: *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis* (Ps. xcii. 5.)

6. Con todo muchos se obstinaron en la incredulidad, siéndoles pretexto y motivo de escándalo ó de ruína la misma obscuridad que traen consigo las verdades de nuestra fe. Y ahora mismo cuántos hay por ese mundo que rebeldes á la suprema autoridad del Dios que las reveló, se resisten á creerlas? Cuántos se escandalizan de oirlas? Pero gracias á Dios hablo Señores, con vosotros que cautivando vuestros entendimientos en obsequio de la fe, creéis firmemente lo que el Señor ha revelado. Ojalá fuerais fieles en hacer lo que ha mandado. Confieso que no hallais dificultad en creer lo que Jesucristo ha padecido por nosotros; pero me temo que negais las consecuencias que ésto trae consigo. Me temo que no quereis mirar los misterios dolorosos que creéis, como modelos que debeis imitar, como antecedentes de donde debeis inferir que habeis de mortificar vuestra carne con sus gustos. Ay que tal vez es vuestra fe estéril especulativa, no saludable y práctica! Tal vez prescindiendo la obligacion que teneis de creer lo que el Señor os dice, de la que teneis de obrar lo que os manda, observais aquella quebrantais esta. Tal vez con razon dice el vulgo de vosotros que sois buenos católicos, malos cristianos. Pues yo os aseguro que sois peores que infieles: que sois del número de aquellos de quienes decia S. Pablo (I. Cor. i. 23.) que se escandalizarian de Cristo crucificado. Y me per-

estado que vuestra prevaricacion ó escándalo es prueba evidente de que no amais su santa ley.

7. El real profeta dice que los que la aman no se escandalizan, ántes bien al contrario ella los quieta y los edifica: *Pax multa diligéntibus legem tuam* & non est illis scándalum (Ps. cxviii. 165.) Porque meditándola dia y noche la graban en su corazon como un sello en que está esculpida la imagen del Señor príncipe de la paz. Y porque observándola les deja de parecer áspera y desagradable, y los mueve á que den muchas gracias á Dios que les ha impuesto preceptos tan justos y razonables que no pueden quebrantarlos, sin experimentar en sí mismos la mayor perturbacion y ruína. Y en efecto qué seria de vosotros si en el mundo se permitieran los engaños los perjurios los falsos testimonios? si se toleraran las venganzas las calumnias los robos los homicidios? si no fueran culpables en los matrimonios los adulterios? si en la administracion de la justicia no fueran delitos los embustes los sobornos las violencias? ¿No seriais infelices? no serian las repúblicas, Babilonias?

8. Quién pues se atreve á quejarse ó escandalizarse de la severidad de una ley que prohíbe y castiga crímenes tan perjudiciales? Un avaro un usurero que encuentra escrito en ella: No desees los bienes de otros: no atesores riquezas en la tierra: no percibas el menor interes de lo que prestas. Un impio un relajado que profana los dias de fiesta empleándolos en diversiones desahogos infames de su apetito, que profana los templos cometiendo en ellos sacrílegas irreverencias, se escandaliza cuando lee en la ley de Dios: Santifica los dias festivos: guárdate de hacer del templo lugar de comercio. Un gloton que no tiene otro Dios que á su vientre, que se ahíta todos los dias de exquisitos abundantes manjares, cuando encuentra escrito: Los sensuales no alcanzarán el reino de los cielos, padecerán indecibles tormentos en el infierno.

9. Estos son los que ahora se escandalizan de nuestra santa ley al contemplarla opuesta á sus depravadas inclinaciones, de! mismo modo que se escandalizaban los judíos cuando Jesucristo la promulgaba. Predicaba á los avaros el desasimiento y desapego de los bienes terrenos, los graves daños que causan las riquezas: y se reían: *Avari deridebant eum* (Lucæ xvi. 14.) Aconsejaba á unos jóvenes que vendiendo su patrimonio y distribuyéndole entre los pobres, le siguieran por el desierto: y se volvian á sus casas tristes y afligidos. Reprendia á los fariseos las injusticias que encubrian con capa de piedad, su hipócrita aplicacion en cumplir con ciertas supersticiosas ceremonias, mientras quebrantaban los mas esenciales preceptos de la ley: y ellos le maldecian y amotinaban el pueblo para que le apedreara.

10. Siempre ha encontrado y encuentra ahora la ley de Dios re-

sistencia de parte de aquellos que no pueden sufrir el yugo que les impone. Bien quisiera el avaro que prohibiera con severidad las lacias, como diera lugar á sus usuras. Bien quisiera el lascivo que castigara con rigor á la avaricia, como diera ensanche á sus torpezas. Quisieran los hombres ser legisladores y imponer una ley que tolerara sus vicios, y no permitiera los ajenos. O ley divina! porque sois perfectamente santa, porque detestais todos los pecados, porque manteneis ilesos los derechos de Dios y del prójimo, abominan de vos los pecadores! Sois dulce, y los iracundos se enfurecen: sois sufrida, y los impacientes se irritan: sois casta, y los lascivos se entorpecen. Nos inspirais un verdadero amor á nuestros hermanos, un sincero desprecio de las vanidades del siglo, la mayor pureza á nuestros deseos, la mas cabal rectitud á nuestras intenciones; y esto basta para que seais asunto á la censura á la sátira á la contradiccion y al escándalo de los malvados.

11. Felices y bienaventurados debo llamar con el real profeta á los que reconocen perfecta la ley de Dios y la alabais: á los que conforme á la instruccion que os dió Jesucristo en el evangelio no os escandalizais: *Hæc locutus sum vobis ut non scandalizemini*. Y mas si despues de haberos librado del escándalo pasivo, lograis evitar el escándalo activo ó el escandalizar á vuestros prójimos, como intento persuadiros en la segunda parte de mi plática.

Segunda parte.

12. Cuando Jesucristo dice que es necesario que haya escándalos, nos da á entender que así como el mundo perfecto en el orden de la naturaleza necesita que haya en él criaturas hermosas y feas: así tambien perfecto en el orden de la gracia pide que haya criaturas buenas y malas, de cuyo complejo resulta en entrambos órdenes la mas hermosa variedad del universo. Y ciertamente la Iglesia segun discurre S. Agustin, ha sacado grandes ventajas de sus perversos enemigos. Los gentiles persiguiéndola nos hicieron conocer la fuerza la intrepidez la paciencia de los primeros cristianos. Si no fuera por su crueldad ¿tuviéramos tantos millones de mártires que con su sangre rubricaron las verdades ortodoxas? Los hereges impugnando los artículos que la Iglesia nos propone, nos hicieron y nos hacen conocer la pureza y infalibilidad de su doctrina. Si no fuera por sus errores ¿tuviéramos tantos preciosos libros que aclaran y comprueban nuestros dogmas? Los cismáticos separándose del gremio de la Iglesia nos hacen conocer su estable unidad. Si no fuera por su cisma ¿estuviéramos tan convencidos de la delicadez, ó segun se explica S. Ambrosio, de la virginidad de nuestra fe? Los judíos obstinándose en su incredulidad nos hacen conocer que nuestra Iglesia ha substituido á su sinagoga. Si no fuera por su ceguedad vaticinada de

de los profetas ¿ fuera tan patente la divinidad de Jesucristo verdadero Mesías ?

13. Todos los enemigos de la Iglesia á pesar suyo le han sido útiles. Pero ¿ habremos de decir otro tanto de los cristianos que colocados en su seno con sus depravadas costumbres pervierten y escandalizan á sus hermanos ? ¿ Puede sacar algun provecho de unos hijos que la infaman , que sirven á los infieles de testigos contra ella , que son para decirlo con el profeta , no lunares sino arrugas que afean su rostro ? *Rugæ meæ testimonium dicunt contra me* (*Job xvi. 9.*) Ello bien podrá decirse ser necesario que haya cristianos escandalosos para ejercicio y prueba de los buenos : *Necesse est ut véniant scándala*. Pero ay de ellos ! me lamentaré con las palabras de Jesucristo : Ay de los que escandalizan á sus prójimos ! *Væ homini illi per quem scándalum venit* (*Matth. xviii. 7.*)

14. Son peores que los gentiles que los hereges que los cismáticos que los judíos : son decia S. Juan Crisóstomo , unos demonios encarnados que tientan á los hombres de un modo mas perjudicial que los infernales espíritus. Son decia Orígenes , sepulcros abiertos que despiden una hediondez que inficiona y apesta á otros. Y lo peor es que ellos mismos no la perciben. Porque quién es el cristiano escandaloso que se reconoce reo de los escándalos que causa ? Quién es el que acusandose de las acciones torpes que hizo delante de una muger ó de las palabras indecentes que la dijo , se duela de la ruina espiritual que la ocasionó ? Quién es la que se hace cargo en el tribunal de la penitencia de la profanidad de su vestido , de los gestos de su semblante , del tripudio de su movimiento , de todo lo que sabe hacer y hizo á fin de agradar á los hombres y de provocar en ellos amorosos torpes deseos ? Qué no son pecados vuestros , Oyentes míos , los que cometen vuestros prójimos , inducidos de vuestras malas obras palabras ú omisiones ? Qué no tenia David razon para pedir al Señor que le perdonara los pecados agenos á que habia contribuído con su mal ejemplo ? *Ab alienis parce servo tuo* (*Ps. xviii. 14.*)

15. O cuánto abunda el pecado del escándalo en la cristiandad ! decia S. Antonino de Florencia. O cuan poco escrupulo se hacen de él los cristianos ! O cuan poca diligencia se pone en evitarle ! S. Juan Crisóstomo reparando en que de seiscientos mil Israelitas que salieron de Egipto solamente entraron dos en la tierra prometida á todos , discurre que Dios tuvo por motivo el que si los Israelitas que habian vivido largo tiempo entre los Egipcios y habian visto sus sacrificios y supersticiones abominables , hubieran entrado en Palestina , preocupados de tan impías abominaciones y inducidos de tan malos ejemplos , pudieran haberlos imitado ó á lo ménos pudieran haberlo contado á sus hijos ; con lo eual se hubiera propagado la idolatría en aquel

aquel pueblo escogido para el culto del verdadero Dios. Por eso dice el Santo dispuso el Señor que no llegaran á Palestina sino Caleb y Josué, cuya acreditada virtud podía edificar, no escandalizar á los Israelitas.

16. Y por la misma razon la Iglesia nuestra madre en los primeros siglos cuidaba tanto de evitar los escándalos. Luego que un pecado llegaba á ser público ó escandaloso, si el que lo habia cometido inmediatamente lloroso y arrepentido no pedia que se le impusiera la canónica correspondiente penitencia, el obispo le descomulgaba y separaba del comercio y comunión de los fieles. Muchos ejemplares nos suministra la historia eclesiástica. Qué era demasiada la severidad de la antigua disciplina? No digais tal. Porque S. Pablo en su carta á los Corintios descomulga á un incestuoso, y les previene que no coman ni traten con semejantes pecadores: *Cum ejúsmodi nec cibum súmerè* (I. Cor. v. 11.) Decid pues que son tantos los cristianos escandalosos que casi por precision se toleran.

17. Mas no por eso dejan de ser ahora tan perniciosos como entónces. No lo seais vosotros fieles míos, ni trateis con los que lo son. Ya que no os escandalizais de la santa ley que Jesucristo os impuso: ya que horrorizados de cuan enorme delito es el escándalo activo no escandalizais á vuestros prójimos, procurad que los malvados no os perviertan y escandalizen. ¿ No advertís cuanta eficacia tienen los malos ejemplos? ¿ No conoceis que tratando con los malos insensiblemente os haceis malos? Huid de ellos como de una peste de un contagio que infecciona. Acercáos á los buenos que os edifiquen, y fijad los ojos en el gran santo que hoy veneramos. Con las antorchas que lleva en las manos de sus buenas obras, os demuestra el camino de la virtud. Renunciando la opulenta herencia de su tio, os enseña desapego de las riquezas. Retirado en las catacumbas ó sepulcros de los mártires, os enseña recogimiento y mortificacion. Corriendo como un loco por las calles de Roma, os enseña humildad. Asistiendo en los hospitales, misericordia. Predicando en S. Gerónimo ó en Santa Marta de Valisela, zelo de la conversion de las almas. Aspirad á imitar sus heroicas virtudes, y una vez virtuosos podreis aprovechar á vuestros prójimos á quienes escandalizasteis con vuestros vicios. A ello estais obligados en justicia. Restituid la inocencia que tal vez les robasteis con vuestros malos ejemplos. Y arrepentidos llorad ahora mismo amargamente. Nos pesa dulcísimo Jesus, de haberos ofendido. Vos sois para nosotros, no piedra de escándalo, sino la piedra angular de que nos ásimos para que nos edifiquéis templo vuestro templo vivo. No nos apartaremos de vos sin conseguir esta gracia. Misericordia Señor, misericordia.

JACULATORIAS.

18. Dulcísimo Jesus! Todas vuestras obras y palabras se dirigen á beneficio y provecho mio. No es vuestra santa ley la que me escandaliza: mis malas inclinaciones son las que me pervierten. Refrenadlas Señor, con vuestra gracia: perdonadme por vuestra misericordia.

Amabilísimo Jesus! Vos redemisteis á los hombres, Vos les enseñasteis el camino del cielo, y yo los pervierto y los llevo al camino del infierno. He sido escandaloso? He sido ministro del demonio? Qué horror! Me estremezco; y arrepentido os digo que me pesa de haber pecado. Perdonadme Señor, misericordia.

Benignísimo Jesus! Reconozco el daño que me han causado los depravados ejemplos de los malos. En su compañía he llegado á ser uno de ellos. Pero ya me aparto de ellos por acercarme á Vos, Bondad infinita. Admitidme á vuestra gracia. Piedad Señor, misericordia.

PLÁTICA LXIII.

DE LA DOM. INFR. OCT. ASCENSIONIS.

predicada á 6 Mayo 1743: 17 de Mayo 1744: y 26 de Mayo 1749.

Qui descendit, ipse est qui ascendit super omnes cælos ut impleret omnia. Ephes. IV. 10.

1. **T**odavía nos predica la magestad de Cristo en el evangelio de este dia aquel mismo sermon que predicó á los apóstoles en la última noche despues de la cena: todavía nos inculca la noticia de su viage á los cielos y de la venida de su Espíritu á la tierra: todavía nos previene que el mundo perseguirá hasta la muerte á los que fuesen discípulos suyos: todavía nos instruye en otras verdades muy importantes. Porque es tan admirable la doctrina que contienen aquellas palabras que profirió Jesucristo próximo á su muerte, que la Iglesia nuestra madre no atreviéndose á omitir alguna nos las repite en todos estos domingos inmediatos al dia de pentecostes. Yo bien pudiera Señores, con gran provecho vuestro, ó exortaros esta tarde á que os dispongais á recibir al Espíritu Santo pues se acerca su venida: ó alentaros á la paciencia pues son inevitables los trabajos y mortificaciones de la vida cristiana: ó persuadiros á que procuréis evitar los escándalos, pues este fué el principal designio de aquel célebre sermon: *Hæc locutus sum vobis ut non scandalizemini.* Pero entiendo ser justo que en este domingo infraoctava os hable de

la ascension del Señor que celebrasteis el jueves pasado : ya porque su magestad habló de ella muy de propósito en su ultimo sermón : ya tambien porque es un misterio tan sacrosanto, que arrebatando mi veneracion me obliga á tomarle por asunto de mi plática.

2. Nuestro santísimo prelado, aquel que en los últimos siglos casi bárbaros imitó la elocuencia de los Naziancenos de los Crisóstomos y de los Agustinos : aquel que al oír entonar al coro de su Iglesia metropolitana la antífona de nona *Videntibus illis*, á vista de todos con universal asombro se elevó en éxtasis que duró por espacio de doce horas : el señor santo Tomas de Villanueva dejó escritos tres sermones de la ascension del Señor. Y en el primero la compara al triunfo con que la antigua Roma premiaba á los valerosos capitanes que volvian vencedores de sus enemigos. Porque así como, dice el Santo, estos entraban en la ciudad por debajo de un arco triunfal que se habia erigido para perenne monumento de sus hazañas, coronados de laurel sentados en una magnífica carroza, de la cual pendian los despojos y trofeos de la victoria, precedidos de los cautivos que habian hecho en la guerra, rodeados de soldados que habian sido sus compañeros en las batallas, y acompañados del senado y del pueblo que habian salido á recibirlos y vitoreados de todos; y así como luego despues de su arribo al capitolio un orador célebre decia un panegírico en su alabanza : así tambien Cristo señor nuestro, vencedor del demonio, subió en el dia de su ascension triunfante á los cielos. Con qué pompa aparato y regocijo bajaron á acompañarle todos los coros de los espíritus angélicos ! Con qué magestad iba el Señor al compas de las voces que le aclamaban digno de la divinidad ! Con qué gloria llevaba por trofeo pendiente de la cruz á la muerte vencida, por cautivo al mismo cautiverio cautivado ! *Captivam duxit captivitatem* (*Ephes. iv. 8.*). Con qué esplendor entró en el emperio ! Ni aun sombra de este triunfo fueron todos los triunfos de los romanos.

3. Solamente parece que faltó digno orador. Los apóstoles no pudieron serlo ; porque nos dice S. Lucas que quedaron atónitos al verle subir y mucho mas al ver que una lucida nube le ocultó á su vista. Ni pudieron serlo los ángeles ; porque nos dice el real profeta que al verle preguntaban quién es este que para entrar en los cielos nos manda elevar y ensanchar sus puertas : *Attollite portas principes vestras & elevámini portæ æternales* (*Ps. xxxii. 7.*). Y aun cuando oyeron que era el Rey de la gloria, el Señor fuerte y poderoso en las batallas, volvian á preguntar quién es este Rey de la gloria ? *Quis est iste Rex gloriæ* ? Pues si las supremas inteligencias se confiesan ignorantes ó de admiradas eumudecen, quién ha de hacer el panegírico del señor triunfante ? Quién ha de decirnos quién sube ? y ménos hasta donde sube y á que fin sube ? Nadie ; sino es que

nuestro santo Ilustrísimo de Valencia nos dé la noticia que pudo adquirir en aquel éxtasis prodigioso. Oíd como os dice (*Conc. II. in Asc. Dom.*) quién es el Señor que sube para inflamarnos en caridad: hasta dónde sube para inspiraros humildad: y á que fin sube para moveros al agradecimiento. Ojalá que sus palabras no pierdan en mi boca la eficacia que tuvieron en la suya.

Primera parte.

4. Ya que los ángeles no quieren ó no aciertan á decirnos quién es el Señor que sube triunfante, he pensado ver lo que nos dicen los apóstoles recobrados del susto é inspirados del Espíritu Santo; y en efecto encuentro que S. Pablo en la carta que escribe á los Efesios dice que sube el mismo que bajó de los cielos: *Qui descendit ipse est qui ascendit*. El mismo Dios que bajó á hacerse hombre en el útero virginal de María, que nació en un establo, vivió treinta y tres años entre los hombres, murió y fué sepultado, este mismo á los cuarenta dias de su resurreccion gloriosa se subió á los cielos: *Qui descendit ipse est qui ascendit*. Pero si he de decir lo que siento, no me sosiego con esta respuesta del apóstol; ántes bien ella me da motivo para que vuelva á preguntar: Quién sube? Es Dios ó hombre? Del cielo solo bajó el hijo de Dios: Dios, no hombre; si solo sube el que bajó, solo sube Dios, no hombre. ¿Qué en la resurreccion de Jesucristo no se soldó aquella quiebra que dividió á su alma del cuerpo? O qué el Señor para subir se desnudó el traje de la carne que vistió en su encarnacion? Qué se aligeró de este peso, para que no le retardara el vuelo? Qué se quedó en la tierra su cuerpo arca de la santidad? Se malograron pues los descos de David que clamaba: Sube Señor al descanso, sube tú y el arca de la santificacion: *Surge Dómine in requiem tuam, tu es arca sanctificationis tue* (*Ps. cxxxii. 8.*). Se desvaneció nuestro gozo de que triunfara un hermano nuestro, hombre como nosotros. Solo Dios, Apóstol santo, que bajó del cielo, sube al cielo? *Qui descendit ipse est qui ascendit?*

5. Corta ha sido mi suerte de dar en un testimonio que solo me informa de la ascension de la divinidad de Jesucristo. Mal supiera que su humanidad perfecta habia subido á los cielos, si no tuviera mas de ciento y veinte testigos de vista que lo aseguran. Todos los que lo fueron de su resurreccion gloriosa, lo son tambien de su ascension triunfante. Y aun repara S. Agustin que el Señor para que le creyeran resucitado, fué poco á poco y separadamente apareciéndose á sus discípulos, y la primera vez entre dos luces en el crepúsculo de la mañana. Pero para establecer de golpe la fe de su ascension, dispuso que congregados todos sus discípulos sobre la cumbre del monte de los olivos, en lo mas claro del día le vieran subir á

los cielos vivo, con aquel mismo cuerpo que habian visto con sus ojos y tocado con sus manos: con aquel cuerpo que por espacio de cuarenta dias habian experimentado impasible ágil sutil, mas no resplandeciente: porque por no deslumbrarlos no habia esparcido á la parte de afuera todas sus luces; pero al tiempo de su ascension apareció mas hermoso que la azul materia de los cielos, mas luminoso que el globo del sol: porque entónces la divinidad soltó la presa, digámoslo así, rompió los diques para que las luces inundaran al cuerpo que impelia hácia los cielos. Y no solo la divinidad Señores, influyó en que el cuerpo de Jesucristo subiera á los cielos: tambien tuvo gran parte su alma. Y así cuando decimos que el Señor se subió á los cielos por su propia virtud y poder, á diferencia de Elías de Abacuc del diácono Felipe y de otros que por ministerio de ángeles fueron transportados al paraíso ó á provincias muy distantes, no entendais que sola su divinidad tenia virtud para elevarle. Tambien su alma bienaventurada tenia bastante poder para arrebatarse al cielo al cuerpo que habia estado pendiente en una cruz, para comunicar gloria al que habia sido su compañero en la pena, para hacerle objeto de la veneracion y de los aplausos de los ángeles en el cielo, ya que en la tierra habia sido el asunto de la burla de la irrision y del escándalo de los judíos.

6. En la gloria del cuerpo de Jesucristo descubro, Señores, la mayor dicha de los justos. Porque no es solo su cuerpo natural el que sube en este dia unido al alma y á la divinidad, sino tambien su cuerpo místico, cuya cabeza es el Señor, cuyos miembros ó partes, como dice S. Pablo, son los justos que viven por su espíritu ó por la fe y la caridad. Ellos son, segun se explica S. Juan, los sar-mientos de esa vid frondosa que por sí misma sin arrimo alguno crece hasta entrarse por los cielos: ó para decirlo con Isafas son los vestidos que adornan al divino esposo en este dia de su boda: son los soldados valerosos que pelearon bajo los estandartes de su capitán triunfante. O qué escuadron tan lucido se me representa á su redor! Allí miro al inocente Abel sin temor de las iras de su pérfido hermano Cain: allí veo al fiel Abraán en posesion de su esperanza: allí al casto Josef sin sustos de la impureza de su ama: allí al perseguido Jacob: allá al penitente David: aquí al fervoroso Daniel: allí á la valerosa Judit: aquí á la piadosa Esther, y junto al carro del triunfo al Bautista como precursor ó paraninfo: contemplo á los patriarcas profetas y justos de la antigua ley que en el seno de Abraán aguardaron ansiosos este dichoso dia de su triunfo y del de su Redentor.

7. Los ángeles que admirados de la gran magestad del rey de la gloria preguntaron por David (*Ps. xxiii. 10.*) quién era? *Quis est iste Rex gloriae?* volviendo luego la vista á los que le acompañan pre-

Preguntan por Salomon (*Cant. viii. 5.*) quiénes son éstos que vienen reclinados sobre su pecho y sus brazos inundados de delicias? *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* Pero el mismo real profeta que respondió á la primera pregunta, que el Rey de la gloria era el Señor de las virtudes; responde tambien á la segunda que sus compañeros son los que le imitaron en ellas: son los que comprobó el fuego de la tribulacion y purificó la fragua de la caridad: son los limpios de corazon y de manos: *Innocens manibus & mundo corde* (*Ps. xxiii. 4.*). Estos son los que suben con Jesucristo triunfante, para que sepais Señores, lo que debéis hacer si quereis subir. Y si me preguntais hasta dónde sube el Señor, os lo diré con S. Pablo en la segunda parte de mi plática: *Ipse est qui ascendit super omnes cælos.*

Segunda parte.

8. El mismo apóstol que al parecer anduvo remiso en decirnos quién es el Señor que sube en este dia, claramente en pocas palabras nos dijo hasta donde sube: *Ipse est qui ascendit super omnes cælos.* El que bajó á la tierra es el que sube sobre todos los cielos: esto es sobre las esferas celestes cielos inanimados, y sobre todos los coros de los ángeles cielos animados: *Super omnes cælos.* O ascenso admirable! O elevacion inmensa! Porque aunque pudiéramos medir, dice S. Juan Crisóstomo, cuanto dista la tierra del cielo, cuanto el primer cielo del último, cuanto este del coro de los ángeles y cuanto el coro de los ángeles del de los serafines: con todo no supierais cuan elevado está el lugar adonde Jesucristo sube; porque dista mas del coro de los serafines que no este del centro de la tierra. A dónde subes ó Señor triunfante? Hácia donde vuelas águila generosa? Si no encontraras, diré con S. Leon (*Serm. lxxiii. al. lxxi.*) el seno de tu padre en donde poner tu nido, aun no suspendieras el vuelo. Cómo he de seguirte, aunque como á polluelo tuyo me provoques á que vuele tras tí? Tómame sobre tus alas si quieres que suba; pues ni aun mis deseos pueden alcanzarte: desfallece mi ánimo al contemplar la elevacion de su trono (*Ps. lxxxiii. 2.*): *O quam dilecta tabernacula tua Dómine virtutum! Concupiscit & desicit anima mea in atria Dómini!*

9. Conozco que fué arrojado empeñarme á decirnos hasta dónde sube el Señor triunfante. Acáso esperaba que algun ángel me arrebatara como á S. Juan para que viera el magestuoso trono del cordero sin mancha? Y aunque lograra tanta dicha; al bajar podria referiros mi lengua lo que hubieran visto mis ojos, cuando Pablo (*II. Cor. xii. 4.*) experimentado confiesa que no es lícito? *Non licet hómini loqui.* Fué temerario mi designio: desisto de la empresa. Mas no; porque confío encontrar en las mismas palabras del apóstol alguna luz que

os haga ver hasta donde sube el Señor. El que bajó, dice, es el mismo que sube sobre todos los cielos. Como si dijera: al modo que el agua tanto sube por un conducto cuanto baja por otro: así Jesucristo sube tanto como hombre cuanto bajó como Dios: *Qui descendit, ipse est qui ascendit.*

10. Pero cómo he de deciros yo cuanto bajó Dios haciéndose hombre? Crece la dificultad. ¿No es infinita la distancia entre Dios y hombre? Os diré que se hizo nada el que produjo todas las cosas de la nada? Que se hizo menor que los ángeles quien era su criador? Que tomó la figura de esclavo? Que se sujetó al tormento á la muerte y qué muerte? Muerte ignominiosa de cruz? *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* (*Philip. II. 8.*). O máximo descenso! O humildad profunda! O eterno Padre! Cuánto quierdes que suba un hijo que bajó tanto? Razon es que suba por los mismos grados por donde bajó. Bajó hasta la forma de esclavo: hacedle dueño de todas las criaturas. Bajó hasta ser condenado de los hombres: constituidle juez de vivos y muertos. Bajó hasta la muerte: hacedle inmortal y eterno. Pero aun esto no basta. Exaltadle mas: dadle un nombre superior á todos los nombres: haced que al oírle todos se postren. Pero aun merece mas: dadle toda vuestra gloria: colocadle en vuestro seno, sobre todos los cielos: *Super omnes celos.*

11. Ya no puede seros difícil Señores, el acertar el camino del cielo, pues nuestro divino maestro claramente enseña que es el de la humildad. Quanto mas humildes fuerais en el mundo, tanto mas exaltados estareis en el cielo. Quanto mas profundas abriere vuestra humildad las zanjas, tanto será mas sublime el edificio de vuestra virtud y de vuestra gloria. O celestiales alcázares, habitacion destinada á los humildes! O infernales calabozos, paradero fatal de los soberbios! Ah mortales! Qué felicidad perdeis por ir tras las vanidades del mundo, por rozar una gala pomposa y tal vez indecente, por desahogar una pasion inicua, ultrajando al pobre! Ah locos que seguís los pasos de Luzbel soberbio y no los de Jesucristo humilde! Adorado Salvador deteneos, no subais: volved á dar á los cristianos las mismas liciones que disteis á vuestros verdaderos discípulos. Volved y encontrareis algunos humillados, pocos humildes. Llamadlos de nuevo á vuestra escuela, para que aprendan de vos mansedumbre y humildad: *Discite á me quia mitis sum & humilis corde* (*Math. XI. 22.*) Deteneos humildísimo Jesus: mas no; subid, que vuestro mismo ascenso nos alienta á la humildad: subid pues subís para bien nuestro: *Ut impleret omnia.*

Tercera parte.

+ 12. Con gran propiedad llama el apóstol S. Pablo á la ascension de

de Jesucristo complemento de todas las cosas: *Ut completeret omnia*. Porque todos los misterios de su vida se ordenan á ella como á su último fin, en que se termina la gran obra de la redención del mundo. Muriendo el Señor en una cruz nos rescató del cautiverio de la culpa; pero subiéndose á los cielos se lleva cautivo al mismo cautiverio. Resucitando nos restituyó la vida de la gracia, pero subiéndose á los cielos nos alcanza la gloria: abre sus puertas ántes cerradas y se emplea en prepararnos una eterna morada, como él mismo dijo á los apóstoles, *Cum abiero parabo vobis locum* (Joan. XIV. 3.). No se acordaron ellos de esta promesa que les hizo próximo á su muerte, cuando poco ántes de subirse á los cielos le preguntaron si entónces restituiría el reino de Israel, de que tantas veces les había hablado. Pero el Señor les reprendió su necia curiosidad ó ambicion, que le hacia anteponer el reino de la tierra al de los cielos que iba á prepararles: *Non est vestrum nosce témpora vel mómenta* (Act. 1. 7.).

13. Confieso Señor, que si no os hubierais manifestado tan enojado con los apóstoles, que os declararon sus deseos de que colocárais vuestro real solio en la tierra, no obstante la gran utilidad que me acarrea vuestra ascension, os diria con el profeta Jeremías (XVI. 8.): *Quare quasi colonus futurus es in terra?* Por qué habeis de ser colono y no habitador de la tierra? Por qué os subís tan apriesa á los cielos? ¿No tenéis bien segura la diestra de vuestro Padre? Por qué no os aguardáis hasta llevarnos en vuestra compañía con triunfo á la gloria? ¿No nos estuviera mejor que ahora fuerais compañero y custodia de nuestra peregrinacion y despues nuestra guía? Qué seguridad qué gozo nos infundiera vuestra presencia? Fuerais nuestro consejo en las dudas, nuestra defensa en los peligros, nuestro consuelo en las penas. Sin Vos, qué duras han de ser las persecuciones! Qué furiosos los asaltos! Qué funestas las caídas! Qué miserables nosotros! Deteneos bien mio, no os subais dulcísimo Jesus. ¿Venisteis para iros tan presto, con pasos de gigante correis huyendo de nosotros? Así nos dejais huérfanos y desamparados? Y vuestra misericordia? Y las tiernas entrañas de vuestra caridad? Y el cuidado de vuestro rebaño? Y....

14. Mucho mas dijera, Señores, mi dolor en la ausencia de Jesucristo, si la fe no me enseñara que va á enviarnos un consolador en su espíritu, y que va para nuestro bien á estar sentado ó en pie á la diestra de su Padre. De uno y otro modo nos le representan las sagradas letras. S. Marcos (XVI. 19.) nos dice que está sentado: *Sedet á dextris Dei*. S. Estéban. (Act. VII. 5.) nos asegura que le vió en pie: *Video Filium hóminis stantem á dextris Dei*. Y S. Gregorio discurre que sentado es nuestro juez ó abogado, y que en pie está como quien pelea en nuestro favor. Se muda en algun modo el Señor segun lo piden nuestras necesidades. O dignacion infinita! ó

amor.

amor inefable! ó dicha nuestra! Si acaso como frágiles pecamos, decía S. Juan, tenemos en nuestro amabilísimo Jesus un abogado que nos defiende delante de su padre irritado contra nosotros. En falta de nuestros méritos alega los suyos: representa sus heridas para moverle á que perdone nuestras culpas. Cómo ha de condenarnos, si su propio hijo aboga por nosotros? Tenemos un capitán fuerte que pelea en nuestra ayuda contra nuestros enemigos. Si el Señor de los ejércitos está á nuestro lado quién puede rendirnos? (*Rom. VIII 31.*) *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

15. Sola vuestra ingratitud, Oyentes míos, puede ser la causa de vuestra desgracia. A ménos que no seais ingratos, os será propicio el Señor. Porque es un hombre que os ama tiernamente como á sus hermanos. Es un rey colocado en su solio que os favorece como á sus vasallos. Es un abogado fiel que os defiende como á sus pupilos. Amadle sobre todas las cosas: humillaos en su presencia, implorad su patrocinio. *Viri Galilæi*, os diré con las palabras de nuestro santísimo prelado (*S. Th. Villan. Conc. 1. in Ascens. Dom.*): *Viri Galilæi, quid statis?* Cómo estais tan enamorados de las cosas terrenas, como tan bien hallados en este mundo? *Quid statis?* No sois Galileos ó viadores? Cómo no caminais en derechura á vuestra patria? Cómo no fijais la vista y la atencion en ella? Qué os embelena? Las riquezas las honras los deleites? Qué vileza! Tan poco aprecio haceis de la corona eterna con que el Señor os convida? *Quid statis?* Qué os detiene? El horror á la mortificacion al ayuno á la penitencia? Qué cobardía! ¿El ejemplo de tantos mártires de tantos confesores de tantas vírgenes, el ejemplo del mismo Jesucristo hambriento mortificado muerto no os alienta? Por no padecer, por no pelear, no quereis acompañarle en el triunfo? Si Redentor mio, si que queremos. Así como el ciervo desea llegar á la fuente cristalina, así deseamos nosotros llegar á veros triunfante. Pero sin vuestra ayuda no podremos ni seguimos ni alcanzaros. Dadnos vuestra gracia para que arrepentidos digamos de lo íntimo del corazón, que nos pesa de haber pecado. Pésanos dulcísimo Jesus, de haberos ofendido. Perdonad nuestras culpas por vuestra misericordia. Prometemos fijar los ojos en vuestra bondad, para amaros, para serviros, para veros por todos los siglos de los siglos. Amen.

JACULATORIAS.

16. Dulcísimo Jesus Redentor mio! Ya que os subís á los cielos, colocado á la diestra de vuestro Padre, sed nuestro abogado y nuestro protector: defendednos auxiliadnos con vuestra gracia, para que arrepentidos digamos de lo íntimo del corazón, que nos pesa de haber pecado.

Amabilísimo Jesus! Por el camino de la humildad y de las penas

mas subisteis á la mas alta cumbre de la gloria. Y yo espero subir á veros triunfante, yendo tras las vanidades y los placeres del mundo? Qué necesidad! qué locura! Me humillo me postro á vuestros pies, me abrazo con la cruz de la mortificacion, y arrepentido os digo que me pesa de haber pecado. Perdonadme Señor, misericordia.

Adorado Jesús mio! Cómo he de atreverme á ofenderos contemplándoos inmortal glorioso en los cielos? Venero vuestra magestad y vuestra gloria. Ya no os ofenderé mas. Propongo la enmienda. Os pido perdon. Misericordia Señor, misericordia.

P L Á T I C A LXIV.

DE LA DOMINICA DE PENTECOSTES
predicada á 5 de Junio de 1749.

Paráclitus Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nómine meo, ille vos docebit ómnia. Joan. XIV. 26.

1. **A**l considerar lo sacrosanto del pastoral ministerio que voy á ejercer, y mi indignidad, poseído del respeto y del temor estoy para bajarme de este púlpito. O á lo ménos parece fuera razon que ántes de desplegar mi boca, clamara muchas veces con el profeta (*Isaia vi. 5.*): *Vae mihi quia vir pollutus labiis ego sum*: Ay de mí, qué impuros son mis labios! para que Dios oyendo mis lamentos repetidos compadecido enviara un serafin que los purificara. Mas no: pues advierto que Isaías al primer gemido luego luego consigue la gracia que pretende, confiesa como culpa el haber callado: *Vae mihi quia tacui*. No: porque seria manifiesta injuria de mi Dios no esperar pronta su asistencia, dudar de su proteccion, cuando me persuado que su inescrutable providencia me llama al pastoral cuidado de esta insigne parroquia. Vos Señor, sois testigo de la inquietud y zozobra de mi ánimo, y del horror que me ha causado el venir á ser vuestro ministro en esta Iglesia.

2. Bien podeis creer Señores, ser verdad lo que digo. Conocia y conozco cuanta es la ignorancia de mi entendimiento, cuanta la tibieza de mi voluntad. Y si he de deciros lo que siento, dedicado hasta ahora á otro género de ejercicios, juzgaban me serian ingratos estos cuidados, y apetecia el descanso y la conveniencia de una vida independiente. O Dios mio! Es prerogativa de vuestra soberanía elegir entre los hombres á los que quereis como quereis y cuando quereis; pero tambien es atributo de vuestra providencia darles los medios para alcanzar el fin á que los destinais: teneis en vuestra mano hacer dignos á los que á veces elegís indignos. Soy del número de

estos y os ruego que me comuniquéis las virtudes que no poseo, la gracia que no merezco, para cumplir con las obligaciones de pastor de este rebaño vuestro.

3. Solo fiado, Señores, en la divina piedad empiezo esta tarde la mas sagrada funcion de mi ministerio. Y qué? Podia escogerse dia mas propio que este? ¿No celebra hoy la Iglesia la venida ó descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles y discípulos del Señor que recogidos en el cenáculo estaban orando? ¿No desterró en este dia de sus corazones el miedo que no les dejaba predicar la gloria de su Redentor y maestro? ¿No difundió el divino Espíritu en sus voluntades un ardiente zelo de la conversion de los pecadores? ¿No esparció en sus entendimientos las luces de la mas sublime sabiduría? ¿No dió á sus lenguas la facundia y facilidad de hablarlas todas? Para prueba de esto con qué valor é intrepidez empezaron en este dia á decir las verdades evangélicas delante de los judíos mas obstinados y de los príncipes mas soberbios del universo? Con qué fatiga pastores zelosos fueron buscando las ovejas perdidas? Con qué claridad explicaron las profecías mas obscuras los misterios mas arcanos? Y con qué eficacia persuadieron la verdadera ley que promulgaban? Dígalo el fruto que consiguieron. Luego inmediatamente que salieron del cenáculo, convirtió S. Pedro tres mil personas (*Act. II. 41. IV. 4.*) al otro dia cinco mil, y así fué creciendo á millares el número de los fieles.

4. No acaba, Señores, de admirar nuestro santísimo prelado santo Tomas de Villanueva (*In die sancto Pentec. Conc. I. § II.*) los prodigios de este dia y la estupenda mudanza que causó el Espíritu Santo en los apóstoles. Apénas, dice nuestro santo Ilustrísimo, rasgándose los cielos retronando la tierra bajaron sobre sus cabezas rayos ó llamas del divino fuego, se transformaron de suerte los apóstoles que todos al verlos se pasmaban, y aun ellos mismos no se conocian á sí propios.

5. Porque entraron en el cenáculo terrenos y salian celestes: entraron carnales y salian espirituales: entraron cobardes y salian valientes: entraron tibios y salian fervorosos: entraron idiotas y salian sabios: entraron pescadores rudos y salian predicadores elocuentes: *O qualis est iste artifex Spiritus!* exclama S. Gregorio (*In Evang. Lib. II. Hom. xxx.*). O qué diestro artífice es el divino Espíritu, que de los mas toscos materiales labra los mas vivos hermosos simulacros!

6. Y esto sin detenerse, de repente: porque es eficaz ejecutiva irresistible su voluntad. Ni los pocos años de S. Juan impidieron que fuera en el Asia venerado apóstol; porque en este dia supo hacer el Espíritu Santo, que sin las arrugas del rostro fuera su vida juvenitad, y para continuar diciéndole con el sabie (*Sap. IV. 9.*)

supo hacer que sin blanquearle los cabellos, peinara eamas su juicio: *Cani sunt sensus hominis, & ætas senectutis vita immaculata.* Ni la dura pesadez de su hermano Santiago, ni la inmensa distancia que hay desde Judea hasta nuestras costas pudo embarazar que saliera el primero de todos de aquella provincia, y viniera cuanto antes á predicar á nuestra España; porque hoy el mismo Espíritu en su seno le formó, y le despidió como á rayo, para que oyéndose tal vez en este templo el estallido de su voz, le veneráramos todos verdadero hijo del trueno: *Filius tonitruui* (*Marc. iii. 17.*). Y en fin ni las perversas inclinaciones de algunos apóstoles, ni la natural incapacidad de otros hicieron estorbo á la virtud y á la sabiduría que quiso infundirles el Espíritu Santo, para que mudados en otros hombres, y revestidos del carácter de ministros del Rey de los cielos, declararan la guerra al infierno, y sujetaran todas las provincias del mundo al suave yugo del evangelio.

7. Siendo esto así, ¿por qué hoy el mismo divino Espíritu no ha de venir á obrar en mí, aunque indigno sucesor de aquellos presbíteros, la mudanza que en ellos, habiéndole llamado en el principio de nuestra oracion? *Veni creator Spiritus.* Acáso se estrechó su beneficencia á los términos de aquel día? Fué nube pasajera que descargando las aguas sobre el cenáculo se deshizo? O se volvieron á cerrar los cielos de donde salió esta copiosa fuente de la gracia? No por cierto. Es ilimitada su piedad: ha continuado y continua la misma abundante apacible lluvia: no cesa desde el día de pentecostes de manar á raudales la fuente de la gracia. Porque Cristo señor nuestro, según nos dice el evangelio, prometió que enviaría al Espíritu Santo para que permaneciera entre los hombres hasta la fin del mundo: *Et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum.* Es verdad que la plenitud de las gracias que comunicó Dios á los apóstoles en este día, no la ha concedido á otro en sentir de mi angélico maestro santo Tomas (*i. ii. q. 106. a. 4.*); y mucho ménos con el exceso y la superabundancia con que llenó el alma de María señora nuestra. Pero no estancó en ellos sus gracias, sino que los hizo como depositarios de este tesoro, para que le fueran distribuyendo entre los hombres. No tenemos que envidiar su dicha; porque nos admiten á la parte que nos toca y se hacen nuestros abogados para conseguirla. Este sagrado apóstol el señor S. Bartolomé, titular de esta Iglesia, patrono de esta ilustre parroquia, intercede con el Espíritu Santo, para que con sus auxilios logre yo los aciertos y florezca la piedad en sus feligrses. María santísima alega sus méritos, interpone su cariño y su autoridad con su esposo el Espíritu Santo para conciliarme su favor y asistencia. Ea buen ánimo. Es segura y eficaz la proteccion de María, que imploro diciéndola con el ángel: *Ave Maria.*

8. Os habrá parecido prolijo el exordio de mi plática ó sermon, si no habeis advertido que lo es de cuantas he de haceros en adelante. Y aun si hubiera de renovar las costumbres de los antiguos venerables párrocos de la primitiva Iglesia, me hubiera detenido mas; porque al entrar en el gobierno de sus parroquias daban razon de su conducta y designio. Os hubiera pues dicho que no pretendo formar de mi parroquia la república que ideó Platon, ni transformarla en una Palestina ó Tebayda, cuyos anacoretas vestidos de saco eran la edificacion, pero tambien el asombro del mundo. Era menester para el logro de esta idea un espíritu y una gracia extraordinaria. Antes sí quisiera que siguiendo el ejemplo que nos dejó Jesucristo, vuestro vestido fuera decente sin profanidad segun el estado de cada uno, y vuestras acciones naturales sencillas expeditas; pues nuestro divino maestro viviendo en las ciudades fué modesto, pero civil: del todo ajustado á la ley, pero sin parecer en nada singular. Y así vuestro carácter y divisa ha de ser un exterior regular con un interior veraz sin disimulo, tierno sin afectacion, religioso sin supersticion.

9. Os hubiera dicho que continuándose estos santos ejercicios todos los domingos, cuando os predique, que será siempre que pueda, por disponerlo así los sagrados cánones, no os hablaré en griego ni en latin, sino en lengua que todos entendais: porque siendo así que los apóstoles sabian varias lenguas: *Loquebantur variis linguis* (*Act. 11. 4.*) á los griegos les hablaban en griego, á los romanos en latin, y á los bárbaros en bárbaro, á cada uno en su propia lengua. Ni ménos he de mover en este púlpito las dudas que se controvierten en la escuela; porque no he de ser catedrático que resuelva cuestiones, sino orador que persuada las verdades. No será poético mi estilo; pero no quisiera que fuera tan humilde y bajo, que desmereciera de la grandeza de los asuntos de que he de hablaros con los apóstoles: *Loquebantur magnalia Dei.*

10. Por eso segun el consejo del gran patriarca S. Felipe Neri, pondré todo mi estudio en los libros de la sagrada escritura y de los santos padres, en donde como en su fuente se beben las aguas de la elocuencia mas perfecta y de la doctrina mas pura. Y en fin os hubiera dicho con anticipacion que perdonarais mis yerros, atendiendo sin que sirvan de estorbo mis obras, á mi recta intencion y buenos deseos; y bañado en lágrimas os hubiera suplicado, Feligreses y Oyentes míos, y os suplico por las entrañas de Jesucristo, que no seais mis fiscales en el tribunal de Dios, sino mis abogados, y que desde luego empezéis á serlo interponiendo vuestros ruegos, para que ahora y en la hora de mi muerte experimente propicia á la divina piedad. Y aun mas os hubiera dicho y os diria en la introduccion de mi ministerio; pero basta: porque el corto tiempo que queda de la hora, es razon emplearle en hablar del Espíritu Santo, cuya

venida celebramos. Aunque no importa que el tiempo sea corto; pues en sentir de S. Hilario (*Lib. 2. de Trinit.*) del Espíritu Santo ni debemos callar, ni hablar mucho: *De Spiritu Sancto nec tacere oportet, nec multum loqui*, y así brevemente os diré algo de su ser, y de su venida.

Primera parte.

9. Si este nombre, Espíritu Santo, se considera como compuesto de estas dos voces, *Espiritu y Santo*, es comun y conviene á las tres personas de la Trinidad beatísima, y tambien á los ángeles y almas de los justos; porque el Padre eterno sin duda es espíritu y es santo, el Hijo es espíritu y es santo, y los ángeles y las almas justas son espíritus y son santos. Pero si se toma como un nombre complejo, ó simple dición *Espiritu-Santo*, segun el uso de la escritura y de la Iglesia, se atribuye y apropia á la tercera persona de la Trinidad que procede por el amor del Padre y del Hijo; siendo la causa de esta acomodacion el que, segun me enseña el señor santo Tomas de Aquino (*1. p. q. 27. a. 4.*) los nombres que damos á Dios los tomamos de las criaturas, de las cuales ninguna comunica su ser y naturaleza á otra sino por generacion; y como la accion con que el Padre y el Hijo producen á la tercera persona, ó la procesion con que esta procede de aquellas, no es generacion, carece de nombre propio. Aunque no sin alguna propiedad se llama *Espiritu*. Porque como discurre el gran padre S. Agustin (*Comp. Theol. cap. 74.*) en las cosas corporales la voz *Espiritu* á veces significa lo mismo que emocion ó impulso, y á veces significa al aliento que respiramos ó al aire que se mueve; y es propio del amor, por el cual procede esta tercera persona, mover y impeler la voluntad del amante hácia el amado.

10. Y no con menor propiedad se llama *Santo*, porque purifica la alma racional de los afectos terrenos, la consagra á Dios, y la confirma en el bien, que son los tres caracteres ó rayos de la santidad. Por eso toda la de la Iglesia la atribuye el Crisóstomo al Espíritu Santo, como á su autor: con él ó por él, dice (*Hom. 11. de Spir. S.*) se ilustran los profetas, se ungen los reyes, se ordenan los sacerdotes, los doctores se iluminan, los templos se santifican, los altares se fundan, los óleos se consagran, las aguas se purifican, los demonios se lanzan, las enfermedades se curan y los pecadores se reconcilian. Tambien la misma tercera persona se llama *Amor*: ya porque procede del amor con que se aman el Padre y el Hijo: ya porque nos hace amantes enamorados de Dios, infundiendo la caridad en nuestros corazones, segun se explica S. Pablo: *Cháritas diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* (*Rom. 8. 5.*). De donde se deduce el llamarse asimismo *Don* de Dios

Dios *Donum Dei Altissimi*. Porque el primero y mas precioso don que damos al amigo ó amado, es el mismo amor con que queremos todo su bien. Siendo pues el Espíritu Santo el amor con que Dios nos ama, es el *Don* que nos confiere.

11. Presumo Señores, que con cuanto os he dicho hasta ahora del Espíritu Santo, apenas habreis formado una confusa idea de su ser ó divinidad. Y no lo extraño: porque siendo las dos primeras personas de la Trinidad incomprendibles, es mas inefable la tercera y fué mas desconocida de los mismos fieles; pues los Efesios preguntados por S. Pablo si habian recibido el Espíritu Santo, respondieron que ni aun habian oído decir que hubiera tal Espíritu Santo: *Nec si Spiritus Sanctus est audivimus* (*Act. xix. 2.*). Y yo confieso que la imágen ó idea que allá en mi mente tengo formada del Espíritu Santo, no solo es imperfecta sino del todo desemejante al original. Y así me contento con creer y con deciros que el Padre eterno y su unigénito Hijo amándose mutuamente, de su voluntad y amor procede un impulso, un Espíritu, que es un Dios indistinto del Padre y del Hijo, Dios verdadero, omnipotente, eterno, inmenso, y tan infinitamente perfecto como el Padre y el Hijo. Pero es una persona realmente distinta del Padre y del Hijo: persona á quien el Padre y el Hijo enviaron en este dia sobre el colegio apostólico, de cuya venida ó descenso paso á deciros algo en la

Segunda parte.

12. De las tres personas de la Trinidad solamente al Hijo y al Espíritu Santo conviene con todo rigor el ser enviados por las razones que señalan los teólogos. El Padre que engendra al Hijo, le envió para que redimiera el mundo: *Qui misit me Pater*. El Padre y el Hijo que producen al Espíritu Santo, le enviaron para que fuera el paráclito y abogado de los hombres redimidos: *Spiritus Sanctus Paráclitus quem mittet Pater in nómine meo*. Pero no quisiera, Señores, que al oír estas verdades católicas, formando del descenso del Hijo y del Espíritu Santo el mismo concepto que de los nuestros, imaginarais que ántes de bajar no estaban en la tierra y que bajando dejaron de estar en los cielos. Negarais que son inmensos, que estuvieron siempre y están presentes en los cielos en la tierra y en todo lugar. Cuando decimos que el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles, y baja á nosotros, entendemos que causó en ellos y causa en nosotros especiales efectos que ántes no causaba. Y segun esto distinguimos muy bien con santo Tomas un descenso visible y otro invisible del Espíritu Santo.

13. Cuatro veces se apareció visiblemente ó se dejó ver el Espíritu Santo: (*Joan. iiii. 12.*) ya bajo la especie de paloma en el Jordán: (*Marc. ix. 6.*) ya como nube sobre el Tabor: (*Joan. xix. 22.*)

ya como soplo ó aliento despues de la resurreccion de Jesucristo (*Act. II. 2.*); y finalmente en forma de lenguas de fuego en este dia de pentecostes. Pero todas estas visibles señales que acompañaron al Espíritu Santo en sus descensos, demuestran los admirables efectos que causaba. Porque qué representa la paloma ave fecundísima, sino la espiritual regeneracion de todas las gentes por el bautismo? Qué aquella preciosa cándida nube que se dejó ver sobre el Tabor, sino la abundancia de las mas puras aguas de la doctrina que habia de enseñarnos nuestro maestro Jesucristo? Qué significaba aquel aliento que despidió el Señor al dar á los apóstoles la facultad de absolver los pecados, sino la inspiracion de la gracia que les conferia? Qué las lenguas de fuego, sino la elocuencia y el zelo que les comunicó para que predicaran el evangelio por todo el mundo?

14. Otras veces y de otra manera invisible baja el Espíritu Santo á las almas que justifica, por medio de la gracia y caridad que les infunde, y se une con ellas con una union especial pero verdadera. Ninguna señal exterior acompaña á este prodigioso descenso; pero allá interiormente el divino Espíritu bien se deja sentir por sus efectos, que son el lenguaje con que se explica y que entienden los santos. Reconocen ellos la rectitud de sus intenciones, la pureza de sus deseos y la constancia de sus buenas obras, y de algun modo se certifican de la presencia que gozan del divino Espíritu. O felicidad inmensa! O dicha imponderable! Qué bien la conocia el real profeta, cuando clamaba: *Spiritum rectum innova in visceribus meis :::: Spiritum Sanctum tuum ne auferas á me :::: Spiritu principali confirma me* (*Ps. 2. 12.*)

15. Triplicado pedia David el espíritu: espíritu recto, espíritu santo, espíritu principal; no porque distinguiera tres espíritus, sino solamente tres empleos funciones ó influjos de un mismo espíritu. Pedia el espíritu recto, para que dirigiera su intencion al debido fin. Pero como esta no aprovecha si el afecto la corrompe, pedia el espíritu santo que le purificara. Mas como todo esto no basta si faltan las buenas obras, pedia un espíritu principal y fuerte que le moviera á la ejecucion. En una palabra pedia que bajara el divino Espíritu á alumbrar su entendimiento, á inflamar su voluntad y á fortalecer sus potencias exteriores.

16. Podia pedir mas el real profeta, ni con mejor orden? Si Señores, serian inútiles y desordenadas sus súplicas, si no hubiera pedido ántes un corazon limpio y puro: *Cor mundum crea in me Deus*. Porque bien podia llamarse, que no bajaria el Espíritu Santo á hospedarse en un corazon inmundo: bien podia David hacer el mayor esfuerzo, expender todos sus tesoros, que no lograria purificarle. Porque esta es obra de la mano de Dios (*Job XIV. 4.*): *Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine?* Por eso no pide David

vid que le engendre, sino que le crie un corazón puro: *Cor mundum crea.*

17. Con este orden y esto mismo, Señor, os pedimos en este día: *Cor mundum crea in me Deus, & spiritum rectum innova in visceribus.* Purificad los vasos de nuestros corazones inmundos, y derramad en ellos el suave precioso licor de vuestra gracia. Pidamos otras riquezas deleites honras dignidades: todo es vano y nocivo sin vuestro Espíritu. Este solo queremos: si le alcanzamos, él será buen testigo de que somos hijos vuestros. Como paráclito ó abogado nos defenderá la eterna herencia que nos pertenece; y como guía nos llevará á aquella tierra tan apetecible: *Terram desiderabilem*: tierra que mana leche y miel, tierra de los vivientes: *Emitte Spiritum tuum & creabuntur* (Ps. ciii. 30.). Ea Señor, enviad vuestro Espíritu Santo que nos santifique. Ya nos disponemos para recibirle, diciendo postrados á vuestros pies: Señor, &c.

JACULATORIAS.

18. O dulcísimo Jesús! Cuánto nos amais, que no quisisteis ausentarnos, dejándonos huérfanos y sin consuelo? En el Espíritu Santo nos enviasteis un abogado y un consolador. Agradecidos Señor, os amamos de corazón, y nos pesa de haberos ofendido.

O amabilísimo Jesús! Venga á nosotros vuestro Espíritu para nunca mas dejarnos por nuestra culpa. Perdonadnos Señor, misericordia.

O Redentor nuestro! Purificad nuestras almas, para que sean digna habitación de vuestro Espíritu. Concedednos vuestra gracia Piedad.

PLÁTICA LXV.

DE LA DOMINICA DE PENTECOSTES
predicada á 21 de Mayo de 1741.

Paráclitus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nómine meo, ille vos docebit omnia. Joan. XIV. 26.

1. Como los primeros cristianos entendiendo la lengua en que estaban escritos los libros sagrados, los leían con gran frecuencia; y como aquello mismo que leían era el principal asunto de su meditación y de sus santas conversaciones: los obispos y párrocos predicadores de aquel tiempo no se detenían en referir á sus oyentes lo que contenían las cláusulas del evangelio, sino que suponiéndolos noticiosos pasaban á explicarles su sentido ó literal ó místico con la se-

guridad de ser entendidos. Felices tiempos! Felices predicadores! Qué milagro Señores, que la semilla de la palabra evangélica sembrada en aquella tierra tan bien cultivada produjera abundantes sazonados frutos? Qué mucho que unos oyentes tan bien instruidos gustaran de aquellas expresiones hermosas, comprendieran aquellos discursos elevados, pensamientos sublimes, que leemos en todas las homilias y en todos los sermones de los antiguos padres? Y qué mucho que hicieran estos impresion en los ánimos de aquellos, en cuya memoria estaba grabada la noticia de las maravillas que obró Dios en el pueblo de Israel, y de las finezas que su Hijo unigénito hecho hombre hizo á todos los hombres?

2. Estoy para decir que entónces eran por demas los sermones; porque aquellos fieles con saber solamente la doctrina que aprendian en el evangelio sabian un moral mas puro, una teología mas sólida que los que estudian grandes modernos volúmenes. Ahora los cristianos se contentan con saber los artículos que contiene el símbolo. Y á los libros sagrados los miran al parecer con respeto; pero en verdad con horror y con disgusto, solo agradados de libros de fábulas y novelas. Qué lástima! Cómo han de venerar el infinito poder de Dios, si no tienen presentes las maravillas que obró su diestra? Cómo han de imitar á su maestro Jesucristo, si no saben lo que enseñó ni lo que hizo? Y cómo las oraciones evangélicas han de causar aquel fruto que causaban las de los santos padres, si los oyentes no tienen meditado ni aun noticia del asunto que se trata?

3. No pretendo Señores, que todos indistintamente tengan obligacion de leer la sagrada escritura. Ni tampoco me atrevo á persuadirlos lo que S. Basilio, S. Gregorio Nazianceno, S. Gerónimo y S. Agustín aconsejaban no solo á los hombres sino tambien á las mugeres: es á saber que no dejaran de las manos los sagrados libros. No me atrevo digo: no porque ahora no sea prudente el consejo que ántes dieron aquellos tan sabios como santos padres: no porque no fuera muy provechoso que los leyeran los que entienden el idioma en que están escritos; sino porque es la cristiandad tan otra de lo que fué en sus principios, que era menester al zelo de los doce apóstoles para hacer reflorcer el fervor el espíritu que admiró el mundo en sus primeros hijos. Y así solo os ruego que apartando libros inútiles, leais los de aquellos autores que sin ficcion con verdad enseñan la doctrina que bebieron en la fuente del Espíritu Santo que es la escritura. Las obras digo, de santa Teresa, de S. Francisco de Sales, del venerable maestro Fr. Luis de Granada, y otras que á juicio de hombres sabios sean solidamente piosas. Y os ruego que á lo ménos oigais con atencion á los que desde el púlpito explican con claridad el evangelio que la Iglesia canta, y engrandecen con edificacion los misterios que celebra. De vuestra piedad creo Señores,

que oireis sin disgusto las palabras con que nuestro santísimo prelado santo Tomas de Villanueva (*in die Sancto Pent. Conc. 1.*) nos describe la venida del Espíritu Santo en este dia de pentecostes.

4. En aquel mismo célebre sermón que como os dije en la otra plática, predicó la magestad de Cristo en el cenáculo la víspera de su muerte, pronunció las palabras del evangelio que habeis oído: *Paráclitus Spiritus Sanctus quem Pater mittet in nómine meo, ille vos docebit omnia.* El Espíritu Santo, decia el Señor á sus apóstoles, que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará y os dará á entender cuanto os he dicho. Desechad la tristeza que causa en vuestros corazones mi ausencia. Os importa creedme, que yo me vaya; porque si no me voy no vendrá el Espíritu Santo, y luego que me vaya os le enviaré para que sea vuestro abogado ó paráclito.

5. Un bien inmenso encierra en sí, Señores, la promesa que hace Jesucristo á sus apóstoles de enviarles el Espíritu Santo. Noticia es esta por cierto capaz de mitigar todas sus penas, capaz de alentar sus esperanzas, de fortalecer sus ánimos. Pero el mismo horror y miedo con que asombrados por la muerte del Señor, dudaron de su resurreccion tantas veces prometida, les hizo tambien olvidar de la venida del Espíritu Santo. Por eso en aquellos cuarenta dias que pasaron desde la resurreccion hasta la ascension, en los cuales Cristo Señor nuestro enseñó á sus discípulos las verdades mas importantes, y los instruyó como nos dice S. Lucas (IX. 11.) del modo con que debian establecer y gobernar la Iglesia reino de Dios en la tierra: *Loquens de regno Dei*: les dió tambien nuevas seguridades de que enviaria el Espíritu Santo. Y ya puesto sobre la cumbre del monte Olivete, les mandó que no se apartaran de Jerusalem que allí bajaria cuanto ántes el Espíritu Santo; y dicho esto se subió á los cielos. *Præcepit ab Jerosólymis ne discéderent.... Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti.... Et cum hæc dixisset, elevatus est* (*Act. 1. 4.*).

6. Quedaron los discípulos alegres de haber visto la gloria con que su divino maestro se subió á los cielos, pero muy tristes por su ausencia; y descosos de que viniera el Espíritu Santo á consolarlos, se fueron á Jerusalem á aquel cenáculo que siempre habia sido el teatro de sus mayores dichas. Allí congregados con María santísima aguardaban que su Hijo les cumpliera la palabra. Habeis visto Señores, como los polluelos se abrigan bajo las alas de su madre? Pues no de otra suerte en aquel tiempo los discípulos del Señor ausente buscaban el amparo en María señora nuestra su amorosa madre. Habeis visto el ansia, el anelo con que un mercader avaro aguarda el arribo de una nave interesada en muchas riquezas? Pues asimismo aguardaban los discípulos el arribo del Espíritu Santo, que habia de enriquecer sus almas con los dones mas preciosos.

7. Ya se cumplian los dias de pentecostes ó los cincuenta dias despues de la gloriosa resurreccion del Señor : ya empezaba á correr el dia diez despues de su admirable ascension : ya se entibiaba la esperanza de los apóstoles, ó ya eran impacientes sus deseos de que viniera el Espíritu Santo : ya á las nueve de la mañana en lo mas fervoroso de la oracion clamaban todos con María santísima : O Rey de la gloria, Señor de las virtudes, que os subisteis triunfante á los cielos, no nos dejéis tanto tiempo huérfanos : envid desde luego vuestro Espíritu, el Espíritu de vuestro Padre, el Espíritu de verdad : cuando de repente se sintió sobre el cenáculo un golpe impetuoso como de uracan, un ruido como de trueno, un estallido como de rayo : cuando de repente se vieron unas llamas ó lenguas de fuego sobre las cabezas de cada uno de los congregados : ilustranse sus entendimientos : inflámanse sus voluntades : arde y resplandece toda la casa.

8. O Dios mio ! exclama nuestro santo Ilustrísimo de Valencia, quién puede allá en su imaginacion formarse alguna idea de un espectáculo tan admirable y de una mudanza tan prodigiosa, como la que causó el Espíritu Santo en los apóstoles ? Qué lengua basta á referir la dulzura la suavidad las delicias el ardor de sus corazones ? Al verlos salir del cenáculo no los conocierais ni ellos mismos se conocian á sí propios ; porque entraron terrenos y salian celestes : entraron idiotas y salian sabios : entraron cobardes y salian valientes : entraron tibios y salian fervorosos : entraron rudos pescadores, y salian predicadores elocuentes. O grande estupendo prodigio ! O sublime celestial mudanza ! O qué diestro artífice es el Espíritu Santo ! dice S. Gregorio (*In Evang. Lib. II. Hom. xxx.*) ; *O qualis est iste artifex Spiritus !* ; pues de los mas toscos materiales labra en un instante los mas vivos hermosos simulacros ! ; O qué excelente escuela es la suya, pues á la primera lición salen sabios los mas ignorantes !

9. No penseis Señores, que los apóstoles y sus compañeros fueron ingratos á los beneficios que recibieron de la mano de Dios, ó que fueron infieles á la confianza que hizo de ellos. Luego salieron por las calles y plazas de Jerusalem á predicar la divinidad de Jesucristo á un innumerable concurso de medos de parthos de árabes cretenses egipcios judíos griegos y romanos, y al oírlos hablar las lenguas de tantas naciones diferentes, unos atónitos preguntaban : Estos hombres no son unos pobres galileos que apenas sabian hablar su propia lengua ? Pues cómo ahora publican en nuestras lenguas las grandezas de su Dios ? Otros obstinados decian : Esos hombres están poseídos del vino : *Musto pleni sunt isti* (*Act. II. 13.*). Sí : es verdad, ó pérfidos. El vino los ha embriagado. Pero es un vino celestial que alejándolos de la tierra, los hace subir al cielo. Es el gene-

roso vino de la caridad, que los hace salir fuera de sí para ser todos de su amado Jesus. Oíd judíos como Pedro tomando la palabra de todos sus compañeros convence ser calumnia vuestra acusacion. Oíd como persuade que lo que estais viendo es lo que profetizó Dios por el profeta Joel (II. 28.). Oíd como con testimonios irrefragables justifica que Jesucristo á quien crucificasteis, es Dios verdadero es el Mesías prometido. Mirad como tres mil de los oyentes le creen y se convierten á la verdadera fe.

10. Pero dejemos á aquellos infelices entre las tinieblas del error, ó para que mañana sean del número de los cinco mil que ha de convertir S. Pedro, ó para que en el infierno confiesen inútilmente la venida que ahora obstinados niegan. Y ya que os he referido con santo Tomas de Villanueva lo que sucedió en este dia viniendo el Espíritu Santo, pasaré á explicaros brevemente con el mismo los motivos que tuvo Jesucristo para enviarle. Las mismas circunstancias del misterioso suceso que habeis oído, los manifiestan. Fué necesario que bajara el Espíritu Santo visiblemente sobre los apóstoles, para que declarara la infinita piedad benevolencia y amor de Dios hácia los hombres. Porque la insigne obra de la encarnacion del Hijo y de la redencion del mundo, no podia darse á entender sino por unos hombres ilustrados por el Espíritu Santo. En este dia les explicó los testimonios de los profetas, y como que disipó las obscuras nubes que no les dejaban ver patente en los libros del antiguo testamento la divinidad de Jesucristo. El Espíritu Santo en este dia dió á los apóstoles el don de lenguas para poder ser entendidos en todo el mundo: les concedió la gracia de hacer milagros para ser creidos de todos. Por eso el Señor en nuestro evangelio reconoce la conveniencia ó necesidad de que á este fin viniera el Espíritu Santo, diciendo á los apóstoles: El dará testimonio de mí: me clarificará y os enseñará todas las verdades. Lo cierto es que ántes de la venida del Espíritu Santo apénas eran ciento y veinte los convertidos por Jesucristo, y despues solo S. Pedro en dos dias convirtió ocho mil.

11. El otro motivo ó razon de congruencia que señala santo Tomas de Villanueva para que viniera el Espíritu Santo coincide en gran parte con el antecedente; y entrambos los aprendió el santo segun confiesa, del angélico doctor santo Tomas de Aquino (1. p. q. 43. a. 7.) Fué necesario dice, que viniera el Espíritu Santo para que consumara la admirable obra que comenzó Cristo señor nuestro. Vino al mundo el Hijo de Dios, para que los hijos de los hombres llegaran á ser hijos de Dios y herederos de su reino. Así nos lo enseña S. Juan que habiendo de decirnos que el Verbo divino se encarnó, nos anticipa la noticia de que podian ser hijos de Dios los que creyeran en él, como si dijera: El Hijo de Dios se hizo hombre para hacer hijos de Dios á los hijos de los hombres. Mas para esta divina

generacion solo dejó Jesucristo en sus apóstoles y discípulos la semilla. Vino el Espíritu Santo, fecundó aquella tierra y nacieron á millares los fieles que por la gracia son hijos de Dios: *Dedit potestatem filios Dei fieri his qui credunt in nómine ejus* (Joan. 1. 12.).

12. Al modo que por obra del Espíritu Santo fué concebido y nació el Hijo de Dios de María siempre virgen: así tambien por obra del mismo Espíritu nacieron los fieles de la Iglesia siempre virgen. Aquel cenáculo qué otra cosa fué que el útero de la Iglesia, en donde el Espíritu Santo formó digámoslo así, una prole admirable, una generacion divina? Los que tuvieron la dicha de nacer de aquel parto pueden llamarse hijos de Adan pecador? No por cierto. Entónces se desnudaron el hombre viejo de Adan, y se vistieron el nuevo hombre Jesucristo, como se explica S. Pablo (*Eph. 17. 22.*), ó para decirlo mas claro, entónces recobraron la plenitud de la gracia y toda la inocencia que perdió Adan; y aun mas recibieron la virtud de transfundirla á otros.

13. Del Espíritu Santo como de la fuente nace, y por los apóstoles y sus sucesores como por otros tantos canales corre hácia nosotros la fé que profesamos, y hácia los justos la santidad que los hace hijos de Dios. Y si en estos tiempos no se experimentan aquellos apreciables efectos que el Espíritu Santo causó en este dia en los apóstoles, la culpa es nuestra que no nos disponemos como ellos. Quién es el que ahora vende cuanto tiene y lo distribuye entre los pobres? Y aun ménos quién es el que con lo que sobra socorre sus miserias? Quién es el que de veras perdona las injurias que le hacen? Quién es el que con lágrimas con suspiros con oraciones fervorosas llama al Espíritu Santo, implora su asistencia? Cuán pocos son los que no están poseídos del espíritu del mundo ó del espíritu de la carne? Pues cómo han de ser templo del Espíritu Santo?

14. De tres espíritus hacen mencion las sagradas letras: del Espíritu de Dios, del espíritu del mundo, y del espíritu de la carne. Estos dos no pueden estar juntos con el primero; porque son contrarios. Y así los que estais implicados en negocios de mundo, para aumentar vuestras haciendas para alcanzar nuevas honras y los que estais envueltos en el cieno de la torpeza, no teneis que esperar al Espíritu Santo: no teneis que llamarle con las voces con que en este dia le llama la Iglesia, y le llamamos todos los domingos en este templo: *Veni Creator Spiritus*; porque con las obras despedís al que llamais con la lengua. Es menester que purifiquéis con la penitencia vuestras almas para que el Espíritu Santo se hospede en ellas. Pero una vez que su fuego prenda en vuestros corazones, se inmutarán sus afectos: despreciareis las riquezas las honras del mundo como vanas, sus placeres como nocivos, y todo vuestro gusto y cuidado le pondreis en agradar á vuestro divino huésped.

15. Entraos pues en aquel cenáculo á incorporaros con los santos apóstoles. Mirad poseídos del Espíritu Santo á un Mateo que fué ántes publicano, á una Madalena que fué con escándalo pecadora, y á su ejemplo conmoveos á penitencia y á dolor de vuestras culpas para poder participar de sus dichas. Mirad á María señora nuestra anegada en un mar de gracias. Cuál seria vuestro gozo, Soberana Reina, cuando oáis publicar con la divinidad de vuestro Hijo vuestra maternidad divina? Todos los recién convertidos corrian á veros: á ver el santuario del Señor, la madre de su Dios, la bendita entre todas las mugeres, la regla de la virtud, la norma de la santidad, á ver la esposa del Espíritu Santo, la abogada de los fieles. Y nosotros, Señora, ya que no tenemos la dicha de veros, levantamos con el real profeta los ojos de la contemplacion al monte de vuestra misericordia, de donde ha de bajar nuestro socorro: *Levabo oculos meos in montem, unde veniet auxilium mihi* (Ps. cxx. 1.). En la cumbre de tanta gloria no os olvidéis de nuestra miseria. Interceded cou vuestro amado Hijo, que nos envíe su Espíritu que nos santifique y nos confirme en la santidad. Pues ya atraídos de su gracia estamos congregados, aguardando su venida. Ya con el mas vivo dolor de haberle arrojado de nuestras almas, que fueron templos suyos, decimos que nos pesa: pésanos, Dios mio, de haber pecado. Vuelve, vuelve á nuestros corazones, y permanece en ellos por toda una eternidad.

PLÁTICA LXVI.

DE LA DOMINICA DE PENTECOSTES

predicada á 2 de Junio de 1743, á 24 de Mayo de 1744.

Paráclitus Spiritus Sanctus quem Pater mittet in nómine meo, ille vos docebit omnia. Joan. XIV. 26.

1. **N**o hay cosa mas connatural y conforme al villano corazón de los hombres que la mudanza de sus afectos. Basta la ausencia para que nuestros mayores amigos nos olviden: basta la elevacion de su fortuna para que nos desconozcan. Así lo experimentamos y lo decimos cada día; pero no nos permiten hablar así ni formar tan indigno concepto del corazón de Cristo señor nuestro, las pruebas que sobre otras muchas nos dió en este día su magestad de la constante fineza de su amor. Pues ausente de la tierra, elevada ya sobre los cielos y sentado á la diestra de su Padre envió hoy á su propio Espíritu tan Dios como él y como su Padre, para que fuera paráclito consolador y abogado de sus amados apóstoles y discípulos.

2. Antes de su ascension á los cielos habia prometido enviarle, segun nos dice S. Juan en el evangelio; y segun nos refiere S. Lucas en los Hechos apostólicos (*Act. 11.*) apénas llegó el dia de pentecostes, tiempo señalado al cumplimiento de aquella promesa, quando las nubes comenzaron á resplandecer á las luces ó rayos del fuego abrasador que bajaba: el aire resonó al eco de espantosos truenos: la casa y cenáculo en que estaban recogidos con María santísima y otras piadosas mugeres los apóstoles y discípulos, se conmovió al ímpetu de un uracan violento, y luego inmediatamente apareció el Espíritu Santo en forma de llamas que divididas á modo de lenguas se colocaron sobre las cabezas de los circunstantes: los cuales se sintieron repentina y extraordinariamente inmutados con la plenitud de dones gracias y virtudes que entónces recibieron.

3. Porque la fortaleza desterró del pecho de los apóstoles el miedo que no les dejaba predicar la gloria de su Redentor y maestro. El zelo de la caridad inflamó sus voluntades en ardientes deseos de convertir á los infieles. La sabiduría mas sublime alumbró sus entendimientos. El don de lenguas dió á las suyas la facundia y facilidad de hablarlas todas. Y en efecto con qué valor é intrepidez de hoy en adelante promulgaron la ley y la fe de Jesucristo por toda la redondez de la tierra? Con qué ansia pastores zelosos fueron buscando las ovejas perdidas? Con qué claridad explicaron las profecías mas obscuras los misterios mas arcanos? Y con qué asombro se dejaron entender de los hombres, que casi de todas las naciones y lenguas del mundo se hallaban en Jerusalem?

4. S. Pedro fué el que como príncipe y cabeza de los apóstoles tomó la palabra en este dia, y levantando la voz publicó la divinidad de Jesucristo, acusó á los judíos su deicidio, á los idólatras su ceguedad y á todos la depravacion de sus costumbres. El parto el griego el romano le entendieron no ménos que el judío, siendo así que era uno mismo el language con que hablaba. Todos se admiraron: tres mil se convirtieron entónces mismo; y nosotros ahora á vista de aquel suceso debemos confesar con S. Gregorio (*In Evang. Lib. 11. Hom. xxx.*) que son admirables las obras del divino Espíritu, y que es inefable el amor que Jesucristo tuvo á sus apóstoles y nos tiene á todos. Porque ¿ pensais Señores, que se estrechó su beneficencia á los términos de aquel dia de pentecostes? Acáso envió al Espíritu Santo como á una exhalacion ó cometa que dejándose ver entónces, se desapareció para siempre? Por suerte ya se cerraron los cielos de donde bajó aquel divino fuego? No creais tal, Fieles míos. No falta Jesucristo á la palabra que nos dió de enviar al Espíritu Santo para que permaneciera entre los hombres hasta el fin del mundo: *Et alium Paráclitum dabit vobis, ut máneat vobiscum in æternum.* No son inútiles los ruegos que hacemos al Espíritu San-

to en estos dias , para que venga sobre nosotros : *Veni creator Spiritus*. No nos acuerda la Iglesia su descenso sobre el colegio apóstolico, para que envidiemos su felicidad privados de la esperanza de conseguirla.

5. Es verdad que el Espíritu Santo á nadie ha comunicado , en sentir de mi angélico maestro santo Tomas (*de Ver. q. 12. a. 14.*) aquella plenitud de gracias que comunicó en este dia á los apóstoles; pero no es de creer que entónces echó el resto de su liberalidad , hizo alarde de su poder , para que sus dones y gracias quedaran como estancadas en los apóstoles ; ántes bien quiso que cada uno de ellos fuera como un caudaloso rio de aguas vivas que las derramara y difundiera por todo el mundo. Y segun leemos en las historias sagrada y eclesiástica , miéntras vivieron los apóstoles fueron comunes á los fieles las gracias de lenguas de profecía de milagros y las otras que numera S. Pablo en su carta á los Corintios. Porque los apóstoles alcanzaron en este dia una especial virtud , para comunicar el Espíritu Santo visible en sus efectos. Los fieles tenian disposicion para recibirle y la Iglesia necesidad para establecerse. Ya no aparece aquella virtud : ya no se encuentra aquella disposicion , y sobre todo ya no hay necesidad de aquellas gracias gratis datas que tanto contribuyeron á la propagacion de nuestra fe.

6. Pero no podeis negar Señores , que teneis la misma necesidad que tuvieron los primeros cristianos de que el Espíritu Santo os comunique su gracia auxiliante y santificante. Y así supuesto que la Iglesia nuestra madre ha instituído esta festividad para que adoreis al Espíritu Santo , para que celebreis su descenso sobre el colegio apostólico , y para que os dispongais á recibirle en vuestras almas : conformándome con su designio os diré esta tarde lo que debeis creer acerca del Espíritu Santo , lo que debeis entender acerca de su descenso , y del modo con que debeis disponeros á recibirle.

La primera y segunda parte son substancialmente las mismas que las dos de la plática LXIV. despues de cuyo num. 15. , esta proseguia así : Y el mismo deseo que tenia de conseguirlo , le hacia pedir á Dios que le diera un corazon limpio : Cor mundum crea in me Deus. Porque estaba bien persuadido que sin esta diligencia jamas llegaria á ser su corazon morada del divino Espíritu. Ni nosotros fieles míos , podemos esperar que lo sea del nuestro ó que baje el Espíritu Santo á nuestras almas , á ménos que nos dispongamos para recibirle como David , y como se dispusieron los apóstoles en este dia.

Tercera parte.

7. Son muchas las reflexiones que hacen los santos padres sobre lo que nos refiere S. Lucas que ejecutaron los apóstoles á fin de dispo-

ponerse para recibir al Espíritu Santo; y todas ellas son muy propias para instruirnos en lo que debeis practicar para recibirle. Primeramente nos dice el evangelista que estaban recogidos en una casa separados de los hombres; y luego se viene á los ojos la necesidad que tenéis de apartaros de las vanidades, de los bullicios y de aquellos concursos y comercios en que se engendran y fomentan afectos de mundo. Porque á quiénes dirige el Espíritu Santo, decia S. Agustín, sino á los que separa del mundo? ¿Cuándo se creyó S. Pablo amado y elegido de Dios sino cuando se vió separado del mundo? *Qui me segregavit & vocavit per gratiam suam* (*Ad Gal. i. 15.*). Y acaso fué otro el designio de la venida de Jesucristo al mundo, que el de separarnos de aquellos con quienes mas nos une el mundo, hasta de nuestros propios padres y de nuestras propias madres? Claramente lo dijo por S. Mateo (*x. 35.*): *Veni separare hominem adversus patrem suum, & filiam adversus matrem suam.*

8. Os parecerá violenta esta expresion si no reparais que con ella nos da á entender el Señor, que en vuestra voluntad el amor y el servicio de Dios debe preponderar á todos los afectos de carne y sangre. Si vuestros padres por la loca idea de engrandecer su familia os exponen al peligro de perder vuestras almas, declarad la guerra á vuestros padres: *Adversus patrem suum*. Si vuestras madres por seguir la costumbre del siglo, ó por tener pretexto de divertirse, intentan Señoras, llevaros á teatros y concursos en que peligra vuestra pureza, resistid á vuestras madres, declaradles la guerra: *Adversus matrem suam*. Como lo hagais de esta suerte, cumplís con el precepto de Jesucristo. Y como no tengais apego á los bienes honras y deleites terrenos, aun poseyéndolos, aun sin retiraros á los desiertos, estareis separados del mundo. Hechos dueños de vuestras pasiones mortificadas con el ejercicio de las virtudes, os hallareis elevados sobre vosotros mismos á aquel cenáculo en que aguardaron los apóstoles y recibieron al Espíritu Santo.

9. Tambien nos dice S. Lucas que estaban unánimes y juntos entre sí: *Erant unanimiter.... Erant páriter in eodem loco* (*Act. i. 14. & ii. 1.*). Segun el mismo se explica en el capitulo siguiente, estaban entre sí tan unidos aquellos primeros fieles, que parece que no tenían mas que un corazon y un alma. O que bella disposicion para recibir el Espíritu Santo! O cuan léjos están de recibirle y de desposarse con él, aun los que están retirados á los claustros, si no están unidos con el vínculo de la caridad, que aplaude y celebra el real profeta en aquel salmo que se canta en el ingreso de la religion! Qué ventajas qué delicias gozan, dice, los que viven unidos con la mas perfecta union! (*Ps. cxxxii. 1.*) *Quam bonum & quam jucundum habitare fratres in unum!* Esta union, continúa, es semejante á aquel oleo que derramado sobre la cabeza de Aaron por su barba

bajó y comunicó la mayor fragancia á su vestido. Es semejante al rocío de Hermon que cae sobre los montes de Sion. Pero la discordia á quien es semejante? Qué efectos causa? ¿No transforma hasta los monasterios en infiernos? No permitais que esta furia se introduzca en vuestras casas. Corregid con suavidad los defectos de vuestros criados: perdonad las injurias: conservad la mansedumbre y la paz interior que tanto resplandecía en los apóstoles.

10. Pues reparando S. Agustin que estaban sentados cuando bajó el Espíritu Santo, discurre que la tranquilidad del ánimo es la mejor disposicion para recibirle, no ménos que la perseverancia y fervor de la oracion en que los halló empleados: *Erant perseverantes unanimiter in oratione*. Así Señores, voy corriendo sin detenerme á hacer reflexion sobre estas y otras muchas circunstancias que nos describe S. Lucas, y pueden servir de instruccion. Porque deseo que reparéis que era el dia de pentecostes aquel en que bajó el Espíritu Santo, dia segun enseña S. Gerónimo, destinado por los Israelitas para purificarse de las culpas por medio de la penitencia, á fin de ofrecer dignamente sacrificios en memoria de la ley que promulgó Moyses á sus padres, cincuenta dias despues que salieron de Egipto. Circunstancia que os persuade que debeis purificaros con la penitencia para recibir al Espíritu Santo. Y mas si reparais que apareció en forma de fuego semejante al que con sus ruegos atrajo Elías (*III. Reg. xviii. 34.*) del cielo, el qual no bajó á consumir el holocausto, hasta despues que el profeta lavó con agua tres veces la víctima que habia dividido en muchas partes con un cuchillo.

11. No teneis pues que esperar, Oyentes míos, que baje á vuestras almas el celestial fuego del divino Espíritu, ménos que haciendo de vuestro cuerpo una víctima no la dividais con la penitencia, y no la bañeis con vuestras lágrimas. Mortificad Pecadores, vuestra carne y vuestros sentidos: llorad amargamente dia y noche, como lloraba aquel rey penitente, que humildemente desconfiado de que los cilicios, los ayunos y las lágrimas pudieran purificar su corazon, pedia á Dios que criara y le diera un corazon limpio que mereciera ser domicilio del Espíritu Santo: *Cor mundum crea in me Deus, & spiritum rectum innova in visceribus meis*. Lo mismo y con el mismo orden debeis pedirle al Señor en este dia. Purificad Dios mio, ó renovad el vaso inmundo de nuestro corazon, y derramad en él el suave licor de la gracia de vuestro Espíritu. Si lo conseguimos, no seremos ménos felices que los apóstoles. Vuestro divino Espíritu será buen testigo de que somos hijos vuestros. Será nuestro paráclito ó abogado que nos defenderá la eterna herencia que nos toca. Será la guía que nos conducirá por el desierto de este mundo á aquella tierra apetecible: *Terram desiderabilem* (*Jer. iii. 19.*). Tierra que fluye leche y miel: tierra de los vivientes: *Emitte Spiritum tuum & crea-*

buntur (Ps. ciii. 30.). Ea Señor, envia vuestro Espíritu que ahora mismo nos haga conocer la gravedad de nuestras culpas, y nos haga decir de lo íntimo del corazón que nos pesa, &c,

JACULATORIAS.

12. Dulcísimo Jesús! Cuanto nos amais! Pues no queréis subirnos á los cielos: no queréis ausentarnos dejándonos huérfanos y sin consuelo. En el Espíritu Santo nos enviasteis un abogado y un consolador. Agradecidos Señor, os amamos de corazón, y nos pesa de haberos ofendido.

O amabilísimo Jesús! Venga á nosotros vuestro Espíritu, para nunca mas dejarnos por nuestras culpas. Perdonadnos Señor, las que frágiles hemos cometido.

O Redentor soberano! Purificad nuestras almas, para que sean digna habitacion de vuestro Espíritu. Concedednos vuestra gracia, Piedad Señor, misericordia.

P L Á T I C A LXVII.

DE LA DOMINICA DE PENTECOSTES

predicada á 29 Mayo de 1746, y á 2 Junio de 1748.

Paráclitus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia. Joan, XIV, 26.

1. **U**no de los mayores beneficios que Dios hizo á los Israelitas, fué el de darles por mano de Moyses escritos en dos tablas de piedra los preceptos de la ley que debian guardar para serle fieles en esta vida y felices en la otra. Pues el mismo Moyses claramente les dijo que no habia en el mundo nacion tan ilustre ínclita y tan dichosa, que tuviera las ceremonias los juicios los preceptos que iba á promulgarles de parte del Señor. Y ellos mismos bastantemente manifestaron reconocer la grandeza y importancia del beneficio, celebrando todos los años la mas solemne fiesta en el dia que correspondia al otro en que bajó Moyses del monte Siná con las tablas de la ley. Y como esto sucedió á los cincuenta dias despues que los Israelitas salieron de Egipto, dieron á aquella fiesta el nombre de *Pentecostes* que quiere decir dia quincuagésimo, y la celebraban al dia cincuenta despues de la otra gran fiesta de la pascua, que tambien todos los años solemnizaban en memoria y accion de gracias de su salida de Egipto.

2. Pero me hago cargo Señores, que estas noticias del pentecostes israelítico ó judaico en tanto pueden seros provechosas en cuanto

conducen á que mejor conozcáis los inefables misterios que encierra la presente festividad del pentecostes cristiano. Verdaderamente dicen entre sí una gran correspondencia el uno y el otro pentecostes. Porque en el mismo dia que celebraron el suyo los judíos, celebramos el nuestro los cristianos. En el dia que contaban cincuenta los judíos desde que ofrecieron un manajo de espigas por primicias de los frutos del año, contamos nosotros tambien cincuenta desde que resucitó Jesucristo primicia de nuestra resurreccion. Y en el mismo dia en que los judíos dieron gracias á Dios de que se dignó bajar á escribir en tablas de piedra la antigua ley, se las damos nosotros de que envió á su Espíritu Santo, para que grabara la nueva ley en los corazones de los apóstoles y en los nuestros.

3. Mas ¡O como en esto mismo se descubre la gran ventaja que lleva nuestro pentecostes al de los judíos! Porque qué tiene que ver la ley antigua con la nueva? Aquella alumbraba el entendimiento: esta alumbrando el entendimiento inflama la voluntad. Aquella enseñaba el camino del cielo: esta enseñándole nos da fuerzas para llegar al cielo. Aquella con la amenaza del castigo obligaba al cumplimiento: esta con la esperanza del premio nos induce á su observancia. Aquella era una ley de esclavos que de miedo la guardaban: esta es una ley de hijos que por amor la obedecen. Pues segun nos refiere el sagrado libro del Exodo (*Ex. xxiv.*) y nos da á entender el apóstol S. Pablo (*Rom. viii. 15.*) los Israelitas cuando recibieron la antigua ley recibieron un espíritu medroso como de esclavos, los cristianos con la nueva ley recibieron un espíritu alentado como de hijos que claman y invocan á Dios como á su padre, porque recibieron juntamente con ella al Espíritu Santo que infundiendo en sus corazones el mas tierno amor, les hizo mirar á Dios con afecto de hijos y con respeto de padre: *Non accepistis Spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum Dei in quo clamamus Abba Pater.*

4. De ahí nace Señores, de la venida ó descenso del Espíritu Santo sobre los primeros cristianos ó discípulos de Jesucristo, el que nuestra ley sea tan excelente y tan provechosa. Y aun de ahí nace el que se llame nueva en contraposicion de la antigua, pues no teniendo mas que los diez preceptos que tuvo aquella, tiene de mas la gracia y la presencia del Espíritu Santo que no tuvo aquella; y la es tan peculiar, tan idéntica, que segun dice S. Agustin, llega á equivocarse la gracia con la ley, y nosotros indistintamente la llamamos ley de gracia y ley nueva. O qué novedad tan apreciable! Qué bien la experimentaron los apóstoles en este primer dia del pentecostes cristiano, cuando se vieron adornados de nías gracias que todos los antiguos justos profetas y patriarcas? No pudieron contenerlas dentro de sí mismos; y al modo que el agua aunque por su

natural gravedad baja, con todo llegándose á calentar á la lumbre, hierva, no cabe en el vaso y como olvidada de su naturaleza sube: así tambien los corazones de los apóstoles llenos de gracias y abrasados en las llamas del divino amor, no pudiendo contenerlas en sus pechos: intentaron darlas alguna salida ó desahogo publicándolas por sus bocas.

5. Pero me persuado que ni lo que dijo S. Pedro en este dia, ni todo lo que dijeron despues sus compañeros bastó á declarar cuan liberal benéfico y aun digámoslo así, pródigo anduvo el Señor con los hombres enviándoles su divino Espiritu. Porque este es un beneficio que ni los entendimientos pueden comprenderle ni las lenguas humanas explicarle. Cómo pues he de ponderarle yo en este dia en que nos acuerda la Iglesia su memoria? Cómo he de hablar yo en un asunto inefable? Yo que no tengo los dones de la sabiduría y elocuencia que tuvieron los apóstoles? Bien que encuentre el principio ó causa de haber enviado Dios al Espiritu Santo en el amor que tiene á los hombres: bien que descubra el efecto de haber venido el Espiritu Santo en el amor que los hombres tienen á Dios; sin embargo podré yo manifestar la fineza del amor con que Dios ama á los hombres, ni la fineza del amor con que los hombres deben amar á Dios? Me es imposible. Solo vos divino Espiritu, podeis vencerle. Venid á renovar en mí uno de los prodigios que obrasteis en los apóstoles. Venid á alumbrar mi entendimiento á mover mi lengua. Venid soberano Espiritu, para que al oirme hablar de vuestra vida los mismos que están justamente persuadidos de mi ignorancia y de mi rudeza, conozcan alaben y admiren la inmensa fuerza de vuestro poder y gracia.

Primera parte.

6. Jamas he procurado huir de los conceptos y expresiones que me han parecido mas propios de un asunto, solamente por el motivo de que con la repeticion se hicieron vulgares. Porque no me he propuesto el fin de adquirir el crédito de ingenioso, sino el de aprovecharos y instruiros. Y por otra parte siempre he mirado aquella conducta como efecto de un ánimo apocado, ó de un desordenado amor de la novedad. Por eso no tengo reparo de deciros, que así como cuando uno se ausenta de otro á quien quiere y estima mucho, procura con los regalos que le hace y con las cartas que le escribe, suplir el defecto del trato familiar con que sostenia y acreditaba ántes su amor: así tambien Cristo señor nuestro enamorado de los hombres apenas se subió á los cielos, envió desde aquella suprema region á su propio divino Espiritu, para que vieran que en la ausencia no padeció la menor quiebra su amor, sino que se mantuvo fiel firme y constante.

7. Ya mucho tiempo ántes que muriera el Señor, teniendo presente la gran pena que afligiria á sus discípulos cuando llegara el caso de subirse á los cielos, procuró anticiparles muchos consuelos; pero ninguno tan eficaz como el de prometerles que les enviaria á su Espíritu Santo, que los aliviara en sus aflicciones, los fortaleciera en sus trabajos, los aconsejara en sus dudas, les inspirara lo que habian de predicar á las gentes, lo que habian de decir en los tribunales: en fin un Espíritu que jamas se apartara de su compañía, y que siendo uno mismo consigo en la divinidad, hiciera por ellos y á su favor invisiblemente todo y aun mas de lo que visiblemente hacia el Señor. Lo mismo prometió muchas veces despues de muerto y resucitado, en aquellos cuarenta dias en que estuvo tratando familiarmente con sus discípulos. Y luego que se subió á los cielos, cuando llegó el tiempo preñjado al cumplimiento de su promesa, cuando en este dia de pentecostes estaban sus discípulos congregados juntamente con María santísima y las demas piadosas mugeres, sintiendo de repente bajar del cielo un ruido como de un viento impetuoso que llenó toda la casa, y viendo sobre sus cabezas unas como lenguas de fuego, recibieron al Espíritu Santo, y con él una prueba de lo mucho que Jesucristo los amaba, tan cabal que no pueden darla los hombres del recíproco amor que se tienen.

8. Porque bien podeis Señores, dar ó enviar á vuestros amigos muchas prendas y señas de vuestro amor; mas no podreis enviarles vuestro propio amor. Pero Jesucristo verdadero Hijo de Dios no solo envió en este dia con su Espíritu Santo los dones de la gracia prendas las mas seguras de su amor, sino que les envió su propio amor. Pues bien sabeis que el Espíritu Santo es aquel mismo amor con que el Hijo ama á su Padre, y con que el Padre ama á su Hijo. Del amor recíproco de entrambos procede el Espíritu Santo: y entrambos Padre y Hijo le enviaron del cielo á la tierra. Antes el eterno Padre envió á su Hijo para que redimiera á los hombres de la esclavitud del demonio, y no dándose con esto por satisfecho su infinito amor, envió en este dia á su Espíritu para que diera testimonio de que no eran esclavos sino hijos suyos. Al modo que una madre primeramente da uno de sus pechos á su hijo; y despues le descubre y le da el otro, para que con la leche de los dos chupe todo el alimento de que necesita: así el Padre celestial con entrañas mas que maternales nos dió en su Hijo una fuente de gracias, y despues otra no ménos abundante en su Espíritu Santo.

9. No discurrió mal mi angélico maestro santo Tomas en acomodar á este suceso aquella profecía de Ezequiel (*xviii. 22.*) por cuya boca dice Dios: Tomaré el meollo del cedro mas elevádo, y cortando el mas frondoso de sus ramos le plantaré en la cumbre del monte, para que allí se arraigue y fructifique. Porque aquel cedro significa

la divinidad, el ramo al Hijo, la medula ó el meollo interior al Espíritu Santo; y Dios Padre como que cortó del cedro de la divinidad aquel ramo y arrancó el meollo, enviando á la tierra á su Hijo y á su Espíritu Santo, para que plantados en el monte de la Iglesia ó en los corazones de los fieles, se arraigaran y produjeran frutos de buenas obras. Segun esto bien podemos decir con S. Agustin, que toda la beatísima Trinidad se ostenta enamorada de los hombres y interesada en su beneficio. Pues el Padre se nos ofrece en premio de nuestra felicidad: el Hijo en premio de nuestra redencion: y el Espíritu Santo en prenda de nuestra filiacion y herencia: *Pater misericordia motus Filium dedit in pretium redemptionis: Spiritum Sanctum in privilegium amoris: & denique totum servat in hereditatem adoptionis.*

10. Pero dejando en su justo valor la fineza que nos hizo Dios en enviar su Hijo al mundo, sin temeridad podrá decir que fué mayor la que nos hizo enviando al Espíritu Santo. Pues su venida fué el último complemento, la última mano que puso Dios en la gran obra de nuestra redencion para perficionarla y concluirla. Y como á tal la miró nuestro propio Redentor Jesucristo. Porque ¿no se hizo hombre, nació padeció murió resucitó y se subió á los cielos, para que viniera el Espíritu Santo? El mismo lo dijo por S. Lucas (xii. 49.): Vine á traer fuego á la tierra y qué es lo que quiero sino que se encienda? entendiendo por fuego al Espíritu Santo: *Ignem veni mittere in terram & quid volo, nisi ut accendatur?* O qué precioso don encierra en sí la venida del Espíritu Santo! Pues le costó tantos años y tantos trabajos á quien en un instante y en una palabra nació y produjo los peces del mar las aves del aire los frutos de la tierra y todo lo que se contiene en la hermosa máquina de entrambos orbes. O qué duros están nuestros corazones, si no se ablandan y se mueven al reconocimiento, al mas fuerte y último golpe del divino amor!

11. Parece que Dios en la obra de la redencion de los hombres y con el designio de ganarles la voluntad, observó aquella regla que prescribe la retórica á los oradores, es á saber que guarden para lo último las razones mas persuasivas y eficaces que acaben de convencer á sus oyentes. Pues asimismo Dios guardó para lo último el enviar al Espíritu Santo, que fué la razon mas poderosa de su amor, y á la cual ya no pudieron resistir los apóstoles: aquellos mismos digo, que vosotros sabeis lo que fueron en la pasion y muerte de Jesucristo. Qué ingratos! qué viles! qué cobardes! El príncipe de ellos le niega y perjura: los otros huyen, se esconden; y ninguno aun despues de haberle visto resucitado, se atreve á desplegar los labios para publicar su gloria y divinidad. Mas vino el Espíritu Santo, y perfeccionando la obra de la redencion enciende el fuego de la caridad

dad en el corazón de los apóstoles y los transforma en otros hombres, como vereis en la

Segunda parte.

12. No puedo Señores, para que conozcáis la grandeza del beneficio que Dios nos hizo en enviar al Espíritu Santo, no puedo referiros todos los efectos admirables que causa. Porque cuánto tiempo fuera menester? Qué lengua bastara á ponderarlos? Cifrándome pues á la cortedad del tiempo y de mis fuerzas, solamente os hablaré del fuego de la caridad ó del amor de Dios, que el Espíritu Santo encendió en los corazones de los apóstoles y enciende en los de aquellos á quienes se digna visitar. Y concibo que si lograra manifestaros su preciosidad, quedarais admirados de la grandeza del beneficio. Porque qué don puede igualarse con el amor de Dios? Qué otra medicina hay mas eficaz y mas universal para curar la enfermedad que padecian los hombres? ¿No adolecian del desprecio de Dios y de las cosas espirituales, del amor del mundo y de los bienes temporales? Quién ántes de la venida del Espíritu Santo sentia la pérdida de aquellas? Quién no se lamentaba del menoscabo de estas?

13. Por el pecado original Señores, se perturbó el órden y economía del interior gobierno del hombre. Porque sus potencias superiores entendimiento y voluntad, rebelándose contra Dios perdieron el dominio que ántes tenian sobre el apetito; y éste en lugar de obedecer se puso á mandar al entendimiento y voluntad, y logró sujetarlos de suerte á su imperio y gusto, que por complacerle dejando de conocer y de amar las cosas espirituales, solamente conocian y amaban las corporales. Así el hombre dominado del apetito sensitivo comun con las bestias, vino á hacerse semejante á ellas, segun dijo el real profeta, en castigo de haber querido soberbio asemejarse con su propio Dios: *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus & similis factus est illis* (*Ps. XLVIII. 13.*). Una imágen de lo que sucedió al primer hombre vemos en Nabucodonosor rey de Babilonia. Este príncipe llegó á desvanecerse tanto con sus victorias y conquistas, que se atrevió á pretender que sus vasallos le veneraran como Dios, y ocupado en estos sacrilegos pensamientos se paseaba en uno de los salones de su palacio, cuando oyó una voz que le decia (*Dan. IV. 28.*): A tí digo Nabucodonosor: perderás tu reino, te separarás de los hombres, vivirás entre bestias, comerás heno como los bueyes. Y tras de la amenaza experimentó el castigo; porque inmediatamente enagenado enfurecido bramando se salió de palacio y se fué á un bosque; y allí erizándosele el cabello, endureciéndosele la piel, apacentándose de yerbas en nada se diferenció de los brutos.

14. Pues esto mismo que esteriormente vió en Nabucodonosor

Babilonia, concebimos nosotros que sucedió interiormente á nuestro primer padre y á sus descendientes. Porque por su culpa; no se convirtieron y degeneraron en bestias? En lugar de gobernarse por la razon, no se gobernaron por los impetuosos movimientos de su ciego apetito? En lugar de cuidar de su espíritu, no se ocuparon en buscar deleites para su cuerpo? En lugar de levantar los ojos al cielo, no los fijaron en la tierra, y aun asidos pegados caminaron sobre ella como culebras? Qué les faltó para que fuesen bestias? Mejor fué la suerte de Nabuco que la suya; pues este príncipe bajo las apariencias de bruto conservó la razon libre capaz de conocer su culpa y arrepentirse; cuando al contrario aquellos conservando las apariencias de racionales, perdieron interiormente la razon y casi la libertad de recobrarla. Diríais al ver con reflexion como estaba el mundo, que todo era una selva habitada de las mas fieras bestias.

15. Pero habian de permanecer los hombres eternamente en este infeliz estado? *Numquid in æternum proficiet Deus?* decia el real profeta. Habia Dios de olvidarse de compadecerse de su miseria? *Aut obliviscetur misereri Deus?* Habia de tener siempre encerrada dentro de su ira á la misericordia? *Et continebit in ira sua misericordias suas?* (*Ps. LXXXVI. 8.*). No por cierto. Así como Dios al séptimo año en que estuvo Nabucodonosor (*Dan. IV.*) en el monte, se compadeció de él, y segun el modo con que se explican las sagradas letras, quitándole el corazon de bestia y dándole el corazon de hombre, le restituyó á su palacio dignidad y reino: así en la séptima edad del mundo vino el Hijo de Dios á redimirle, y en este dia vino el Espíritu Santo y infundiéndose en los corazones de los hombres los transformó de carnales en espirituales de terrenos en celestes, para que desasidos de los afectos de carne y de tierra solamente amaran los gustos del espíritu, solamente suspiraran por las glorias del cielo. Y á la verdad para este efecto ninguna causa podia señalarse mas propia que la tercera persona de la Trinidad beatísima, que es el amor que atrae, el fuego que enciende, el Espíritu que vivifica. Al modo que Dios formado el primer hombre de la tierra le inspiró un aliento de vida, que segun interpreta S. Atanasio fué el Espíritu Santo: así deformado el hombre por la culpa le inspiró Dios en este dia al mismo Espíritu Santo, para que le formara le restituyera la vida, le quitara la semejanza con las bestias y le hiciera volver á ser la mas perfecta imagen suya.

16. Poned la vista Señores, en aquel cenáculo en que estuvieron congregados en este dia los discípulos del Señor, y contempladle como al útero ó seno de la Iglesia en que el Espíritu Santo formó, dignámoslo así, una prole admirable una generacion divina. Porque los que tuvieron la dicha de nacer de aquel parto ¿pueden llamarse hijos de Adan pecador? ¿No se desnudaron entonces como decia S. Pablo


(Colos. iiii. 9.) del viejo hombre para vestirse el nuevo en Jesucristo? En aquella ardiente fragua; no se labraron vasos escogidos, no se purificaron de terrenos afectos, no se encendieron en ascuas? Qué respiraban sino llamas del divino amor? Pero cuanto mas pondero la dicha de los apóstoles, tanto mas me aflijo considerando cuan lejos estamos nosotros de alcanzarla. Porque cuán fria está nuestra voluntad para amar á Dios? Cuán ardiente para amar á las criaturas? Cuán poco sentimos haber perdido la gracia y los bienes espirituales? Cuánto sentimos el perder las honras las riquezas los gustos corporales?

17. Parece que tengamos una especie de apoplejía que nos ha dejado medio muertos medio vivos: muertos á los sentimientos del alma, vivos á los sentimientos del cuerpo. Pues aquella no siente la pérdida de la gracia, y este siente la pérdida de la hacienda de la vanagloria del falso deleite. Qué trastorno de afectos! qué lástima! Qué remedio para una enfermedad tan deplorable! No hay otro Señores, que el que puede darnos el Espíritu Santo entrando en nuestros corazones. Porque no bastan medicinas exteriores á un mal interno. Vos solo divino Espíritu, podeis curarnos. Y así diré una y mil veces: *Veni creator Spiritus*. Venid ó Espíritu soberano, criad en mi pecho un corazon nuevo limpio digno de que sea morada vuestra: *Cor mundum crea in me Deus*. Toda mi felicidad y la gran obra de mi justificacion ha de ser efecto de vuestro amor. Vuestro ha de ser el principio: vuestro el fin. Comenzad Espíritu divino, dándome luz para que conozca la gravedad de mis culpas, dándome un verdadero dolor de haberlas cometido. No difirais los socorros de vuestra gracia porque muero al rigor de la culpa. Misericordia Dios mio, misericordia dulcísimo Jesus. Rásguense los cielos para que baje á nosotros vuestro Espíritu; pues ya congregados en vuestro nombre os le pedimos con la ansia que los apóstoles, y arrepentidos &c.

PLÁTICA LXVIII.

DE LA DOMINICA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
predicada á 20 de Mayo de 1742, y á 5 de Junio de 1746.

Ventes docete omnes gentes, baptizantes eos in nómine Patris & Filii & Spiritus Sancti. Matth. XXVIII. 19.

1. uien pretende vadear un caudaloso río; ántes desde la orilla registra y elige aquella parte en donde las aguas mas se esplayan y ménos se entumescen. Y no fiando á los ojos todo el informe,
con

con el baston va tentando el suelo va midiendo las aguas; y si conoce que no ha de poder apearlas, retrocede. Así lo ejecutó el profeta Ezequiel, segun él mismo nos refiere, en el capítulo XLVII. Guaido de un ángel intenté, dice, pasar el torrente que sale de la puerta oriental del templo; mas no pude: porque á unos dos mil pasos que hube dado, le encontré inapeable y me volví á la orilla: *Quoniam intunuerunt aquæ torrentis, qui non potest transvadari*. Pero con este símile no pretendo Señores, ni pretendió Ezequiel otra cosa que darnos á entender lo que debe practicar el entendimiento humano, que se empeña á entrar en el sagrado rio de las divinas letras; pues en sentir del gran padre de la Iglesia S. Agustin, el agua que el profeta vió salir del templo, es la doctrina sagrada que manó de la fuente ó del pecho del Salvador. En ellas se tratan algunas cosas fáciles de entender, como lo son las costumbres vicios y virtudes de los hombres: otras no tanto como la creacion el gobierno y la providencia de Dios: otras ya son difíciles y profundas, como la encarnacion del Hijo de Dios y la redencion del mundo; y otras en fin son profundísimas inapeables, como lo es el arcano misterio de la Trinidad beatísima que hoy veneramos.

2. Y yo Señores, que no acierto á pintaros la hermosura de la virtud, ni la fealdad del vicio: yo que no sé representaros la grandeza de un Dios criador y gobernador del mundo: yo que no sé ponderaros la fineza de un Dios hecho hombre y muerto por los hombres: yo he de hablaros de un Dios Trino y Uno? Yo que siguiendo el símile del profeta, apenas me atrevo á pisar la arena, he de entrar hasta lo mas profundo de aquel rio? he de engolfarme en aquel piélago, en que se ahogaron una gran parte de los cristianos del cuarto siglo? Cuando llegó á temerse que naufragara la nave de Pedro á la atroz universal tempestad, que conmovieron en la Iglesia Arrio y sus sequaces, por querer temerariamente curiosos escudriñar el inescrutable misterio de la Trinidad, he de seguir su fatal rumbo? No. Os venero Dios mio, incomprendible inefable. Os adoro os creo os confieso, Uno en esencia, Trino en personas: y del todo desconfiado de poder entender y explicar con la razon natural lo mismo que creo firmemente, os busco á Vos Señor, segun el consejo de vuestro real profeta, para que alumbreis mi entendimiento con las luces de la fe: *Accédite ad eum & illuminámini* (Ps. xxxiii. 6.).

3. La causa principal de que Arrio negara la divinidad del Hijo de Dios, Macedonio la del Espíritu Santo, de que Sabelio confundiera entre sí á las divinas personas y de que tantos erraran acerca del misterio de la Trinidad, fué la presuncion con que pretendieron con sola la razon natural entenderle y aun hacerle demostrable. Qué soberbia! qué locura! ¿El pequeño vaso del entendimiento humano ha de encerrar al inmenso océano de la divinidad? Una vil hormiga

ha de subir á lo mas elevado del cielo? Si con gran trabajo vemos lo que está delante de nuestros ojos, quién ha de alcanzar, decia el Sabio (Sap. ix. 16.) lo que está sobre el empireo? *Quæ in prospectu sunt invenimus cum labore: quæ in cælis sunt quis investigabit?* Cuantos se atreven á escudriñar la magestad de Dios, quedarán oprimidos de su gloria decia S. Bernardo, como quedan deslumbrados los que quieren mirar al sol de hito en hito.

4. No porque la verdad de este misterio se oponga á la razon natural; sino porque la excede la supera de suerte, que para alcanzarla es menester que la fe la eleve. La fe ha de ser el báculo que preceda á la razon, la luz que la alumbre; y el evangelista S. Mateo ha de ser el ángel que con la antorcha en la mano nos guíe. Aquellas palabras que habeis oído y que pronunció la magestad de Cristo, cuando despues de resucitado mandó á sus discípulos que fueran por el mundo enseñando á todos su doctrina, y bautizándolos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris & Filii & Spiritus Sancti*: Estas palabras digo, nos declaran el misterio de la Trinidad beatísima; porque nos señalan las tres divinas personas, nombrándolas Padre Hijo y Espíritu Santo; y al mismo tiempo nos manifiestan que todas tres son un Dios, no diciendo en los nombres, sino en el nombre: *In nomine Patris & Filii & Spiritus Sancti*. O cuanto debe el mundo á la fidelidad con que los discípulos obedecieron á su divino maestro, enseñando y bautizando á todos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Para que mejor lo conozcais y sea mayor vuestra veneracion, os haré ver en la primera parte de mi plática la gran ignorancia que tuvieron los hombres del misterio de la Trinidad; y en la segunda os daré aquella noticia que nos dejaron los apóstoles.

Primera parte.

5. Es natural en todos los hombres el deseo de conocer á Dios primer principio y causa de todas las cosas: quién sea cual su naturaleza cuántos sus atributos. Y con razon; porque si una estatua fuera capaz de sentido y de entendimiento, con cuánta ansia desearia ver bendecir y dar gracias al artífice que la fabricó? Siendo pues nosotros hechura de la mano de Dios, qué puede sernos mas apetecible ni mas agradable que conocerle? Veo soberano artífice, Criador mio, veo vuestros cielos, veo el mar la tierra el fuego y el aire, obras de vuestra diestra obras excelentes y admirables: me miro á mí mismo hecho á vuestra imagen y semejanza: ¿y á Vos no he de veros, que es lo que mas deseo? Lo que habeis hecho y haceis en el mundo ha de estar descubierto á mi vista, y Vos Señor escondido? Qué pena! En dónde estais? Si voy al oriente no os veo, si al occidente no os

encuentro. Las tinieblas han de ser las cortinas de vuestro trono? *Posuit tenebras latibulum suum* (*Ps. XVII. 12.*). O noche ó tinieblas que ocultais á mi criador! El pan de cada día habrán de ser las lágrimas que derramo cuando todos me preguntan: en dónde está tu Dios? *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: ubi est Deus tuus* (*Ps. XLI. 4.*).

6. Al oír estas voces con que se lamentaba David, no penseis Señores, que es difícil conocer que hay Dios primer principio y causa de todas las cosas. Sus efectos con evidencia lo convencen; y todas las criaturas lo publican con tanta claridad, que según decía el Crisóstomo, el escita el indio el egipcio y la nación mas bárbara oye sus voces, conoce y adora á algun Dios. Pero quién sea este Dios, cual su naturaleza, si es corpóreo ó incorpóreo, eterno ó temporal, si es uno ó si son muchos desiguales en el poder y discordes en la voluntad, es lo que desearon saber y lo que ignoraron los primeros filósofos y sabios del mundo. Siendo así que para conseguirlo muchos de ellos dejaron su patria, y fueron peregrinando á las mas remotas provincias del oriente. Otros retirados á los desiertos, hechos digámoslo así anacoretas de la gentilidad, se entregaron del todo á la contemplación. Allí registraron los senos de la naturaleza y penetrando los cielos contaron sus estrellas; pero no alcanzaron aquellas noticias del criador que nosotros tenemos. Fueron vanos sus escrutinios, inútiles sus averiguaciones: *Defecerunt scrutantes scrutinio* (*Ps. LXIII. 7.*). Porque se levantaron ántes que amaneciera la luz de la fe: *Vanum est vobis ante lucem surgere* (*Ps. CXXVI. 7.*).

7. Causa lástima Señores, leer en S. Agustin el modo y las razones con que discurrían, ó por mejor decir deliraban los filósofos gentiles en asunto de la divinidad. Y aun causa mayor lástima leer la ligereza y el capricho con que el pueblo romano, cuando mas poderoso y mas sabio multiplicaba sus dioses á millares. Y qué dioses? Se avergonzara cualquiera de vosotros de tener por parientes á los que Roma veneraba dioses. Dioses lascivos crueles homicidas ladrones. Dioses de tan limitado poder, que solo para las mieses (quién lo creyera!) eran menester doce dioses tutelares, como si un solo Dios no bastara á conservarlas. Qué ceguedad! qué miseria! Cuan irritado estais Dios mio, con los hombres por el pecado de su primer padre; pues ni aun os dignais de que os conozcan y os adoren por su Dios!

8. A solos los estrechos términos de Judea estaba en aquel tiempo reducida la noticia del Dios verdadero: *Notus in Judæa Deus* (*Ps. LXXV. 2.*). Todos los Israelitas creían en Dios una infinita magestad sabiduría y poder; y sobre todo creían su unidad: porque Dios claramente les reveló por boca de Moyses que era uno solo, individuo: *Audi Israel, Dominus Deus noster Dominus unus est* (*Deuter. VI.*

4.^o). Y esta fe y aquella adoracion que le tributaban en el templo de Jerusalem, era el carácter y la divisa que distinguía aquel pueblo escogido de todo el resto de los hombres idólatras. Pero ni los escribas ni los mas sabios de la ley llegaron á conocer la pluralidad ó Trinidad de las personas de su Dios. David fué el primero que en sentir de santo Tomas de Villanueva (*S. Trinit. Conc. 1.*) mereció que Dios le revelara este arcano misterio; y á lo ménos fué el primero de los escritores sagrados que nombró por sus propios nombres á las personas de la beatísima Trinidad, como es de ver en el Salmo XXXII. Por eso él se gloriaba de ser mas sabio que los antiguos: *Super senes intellexi* (*Ps. cxviii. 100.*). Despues de David, Isaías y los demas profetas ya tuvieron bastante noticia de este misterio; pero ninguno de ellos tuvo órden ni licencia de Dios para divulgarle; porque esta gloria estaba reservada á los apóstoles que habian de enseñarle á todos, al mismo tiempo de bautizarlos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Segunda parte.

9. Hasta aquí Señores, haciéndoos ver que todo el mundo ignoró el misterio de la Trinidad miéntras que no le enseñaron los apóstoles, no me expuse al riesgo de errar en un asunto, en que á juicio de S. Agustin (*de Trinit. Lib. 1. c. 3.*) son muy peligrosos los yerros: *Núlli periculósius erratur*. Pero de aquí adelante habiéndoos de explicar el inefable misterio que hoy veneramos, cuando no me exponga al peligro de errar, me expongo al de no ser entendido. En este estrecho elegiré el partido de hablar como habló el mismo S. Agustin. Oíd. Aquel Dios soberano á quien llamamos Padre nuestro, porque nos da el ser que tenemos, y con la gracia que nos comunica nos hace hijos suyos adoptivos: con mayor propiedad se llama Padre de un Hijo que produce dentro de sí mismo. El Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo de este modo.

10. El Padre primera persona de la Trinidad beatísima, siendo Dios y espíritu purísimo se conoce perfectísimamente á sí mismo; y de este conocimiento procede una palabra interior, un Verbo, una imágen que representa y tiene el mismo ser y perfeccion del Padre á quien es en todo semejante; y por eso se llama Hijo suyo, y es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Jamas dejó el Padre de conocerse á sí mismo; y así desde la eternidad en el principio produjo el Verbo, y el Verbo estaba en Dios siendo Dios desde el principio. No puede Dios conocerse á sí mismo tan perfecto como es, sin complacerse en sí mismo y amarse con un amor el mas perfecto, del cual procede el Espíritu Santo. Y como el Hijo no ama ménos al Padre que el Padre al Hijo, el Espíritu Santo procede del uno y del otro ó del amor de entrambos. De estas tres personas el Padre se llama

ma primera, el Hijo segunda, y el Espíritu Santo tercera: no porque la una sea mayor ni mas anciana que la otra; sino porque el Padre de nadie procede, el Hijo procede del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, sin esceso en la perfeccion ni precedencia de tiempo. Tan perfecto es el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo. Eterno es el Padre eterno el Hijo eterno el Espíritu Santo. Dios es el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo. Sin que por eso haya tres Dioses, sino tres personas en un solo Dios; porque el Hijo procede del Padre sin salir del Padre, y el Espíritu Santo procede de uno y otro sin salir de entrambos, siendo una misma la naturaleza en todas las tres personas.

11. Mucho mas Señores, pudiera decirnos de este misterio. No seria difícil esplayarme en un asunto tan fecundo. Pero qué sacaríais de oírme hablar de las relaciones que distinguen á las divinas personas, de las nociones que las caracterizan, y de las procesiones que las fecundan, cuando despues habria de advertiros que os bastaba creer lo que os he dicho? Esta fe sola, por rústicos que seais, os hace mas sabios que Platon y Demóstenes; porque ni uno ni otro llegó á conocer que habia tres personas en el criador de la naturaleza que contemplaron: *Hoc Plato nescivit*, decia S. Gerónimo, *hoc Demósthene ignovit*.

12. Cuántas gracias debemos dar á Dios porque se ha dignado revelar á los pequenuelos lo que escondió á los mas sabios? No tenemos otro maestro de la verdad de este misterio que al mismo Dios; porque como decia Jesucristo, nadie conoce al Hijo sino el Padre, nadie conoce al Padre sino el Hijo, ó aquel á quien quisiere el Hijo revelarlo: *Nemo Filium novit nisi Pater. Patrem autem nemo novit nisi Filius, vel qui voluerit Filius revelare* (Math. xi. 27.). Por eso el Señor cuando Pedro le confesó Hijo de Dios vivo, le dijo: *Feliz eres Simon Bariona, porque ni la carne ni la sangre te han revelado mi divinidad, sino mi Padre que está en los cielos: mi Padre se ha dignado por sí mismo manifestarte aquella inenarrable generacion, con que me engendra á su semejanza; y aquella inefable procesion, con que de mi Padre y de mí procede el Espíritu Santo, uno en la naturaleza con nosotros, y realmente distinto en la personalidad: Beatus est Simon Bariona, quia caro & sanguis non revelavit tibi sed Pater meus qui est in cælis* (Math. xvi. 17.).

13. Y felices tambien nosotros Señores, que por medio de S. Pedro y de los demas apóstoles, tenemos una infalible noticia de la revelacion de la unidad y Trinidad de Dios. Creemos firmemente este arcano misterio que es la basa y el fundamento de todos los de nuestra santa fe. Porque los apóstoles despues que recibieron al Espíritu Santo en el dia de pentecostes, en cumplimiento del precepto que el Señor les impuso antes de subirse á los cielos, se dividieron por todo

el mundo á enseñar la unidad y Trinidad de Dios, y á bautizar en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes*. Sin duda Pedro Juan y Jaime dirian que en el Tabor habian oído la magestuosa voz del Padre: todos que habian visto el infinito poder y gloria del Hijo; y que habian recibido visiblemente los dones del Espíritu Santo: con que alegarian tres testigos irrefragables de la verdad que predicaban: *Tres sunt qui testimonium dant in cælo*, decia S. Juan, *Pater, Verbum, & Spiritus Sanctus* (Joan. 7.).

14. Pero como estos tres eran invisibles testigos del cielo, se valieron los apóstoles de otros tres que el mismo evangelista señala en la tierra, es á saber del espíritu, del agua y de la sangre: *Tres sunt qui testimonium dant in terra, spiritus, aqua & sanguis*. El espíritu se manifestaba testigo en aquel movimiento ó pia afeccion, con que la voluntad á impulsos de la gracia movia al entendimiento de los judíos y gentiles á que creyeran de repente las verdades que les decian unos pobres desconocidos pescadores. El agua se declaraba en las maravillas y prodigios que como instrumento de Dios obraba en el bautismo. Y finalmente con la sangre que derramaron los apóstoles hechos mártires, que quiere decir *testigos*, rubricaron su propio testimonio. Desde las cruces y cadalsos clamaron con Isaías (xxxiv. 1.): *Accédite gentes & audite & populi attendite*. Gentes acercaos y oíd; pueblos haced reflexion que morimos y con una muerte la mas infame y atroz. Muriéramos acaso si no estuviéramos ciertos de la verdad que os predicamos? Si nuestro Dios Trino y Uno no hubiera de premiarnos en el cielo, padeciéramos con tanto gusto estos tormentos que no han de tener recompensa en la tierra? Abrid los ojos, desengañaos.

15. A la fuerza de estos testigos se convirtieron los mas obstinados en el error, hasta los mismos verdugos: pudiendo decir con verdad Tertuliano que la sangre de los mártires era semilla fecunda de cristianos, que herederos de su zelo y de la constancia de los apóstoles, pelearon por mas de trescientos años con las tinieblas de la gentilidad hasta disiparlas con la luz de la fe que esparcieron por todo el mundo. Y aun despues en los siglos inmediatos, cuántos con el martirio dieron en oriente y occidente testimonio de la verdadera fe del misterio de la Trinidad, á pesar de los emperadores Constancio y Valente pérfidos arrianos? Y con qué horror y lástima vió España á su príncipe Hermenegildo víctima de la saña de su propio padre Arriano? Mas qué digo, con qué horror y lástima? Cuando debo decir: Con qué alegría y provecho? pues S. Gregorio (*Dial. Lib. III. cap. xxxi.*) atribuye á los méritos de este esclarecido mártir la conversion de los godos ó españoles que abjuraron el arrianismo en el tercer Concilio Toletano. Y aun por lo mismo nosotros debemos es-

tar gozosísimos de tener entre otros este testimonio doméstico de la fe que profesamos. Os creemos Dios mío, Uno en esencia, Trino en Personas; y os prometemos perder mil vidas en defensa de esta verdad. Admitid el sacrificio que os hacemos de nuestro entendimiento en obsequio de la fe; y para que os sea mas agradable, os protestamos aborrecer la culpa las pompas y vanidades del mundo, á que renunciamos por el bautismo. No han de desdecir nuestras obras de nuestra fe. Seremos cristianos en el entendimiento para creer y en la voluntad para amaros. Dadnos vuestra gracia para deciros que nos pesa de haber pecado: dadnos vuestra gracia para veros en la gloria, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

PLÁTICA LXIX.

DE LA DOMINICA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
predicada á 9 Junio 1743 : 12 de Junio 1745 : y 9 de Junio 1748.

Euntes docete omnes gentes baptizantes eos in nómine Patris & Filii & Spiritus Sancti Docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis. Matth. XXVIII. 19.

1. **E**s admirable el acierto con que la Iglesia nuestra madre nos propone en el discurso del año los misterios que hemos de venerar y creer. Mirándonos como á sus discípulos, me parece que para nuestra enseñanza se acomoda á aquella máxima de que debe comenzarse por lo mas fácil. No porque yo piense que las verdades que creemos puedan llamarse absolutamente fáciles, sino porque quedando todas en los términos de ser naturalmente difíciles ó imperceptibles, unas lo son ménos que otras. Ningun misterio encuentra en nuestra razon natural principios que le demuestren; pero algunos hallan ménos resistencia para ser creídos. Porque bien se admira nuestra razon al contemplar en la encarnacion á Dios unido con el hombre; pero luego que repara en los prodigios que obra el hombre, no tiene gran dificultad en creerle Dios. Se suspende nuestra razon al ver á Dios muerto en una cruz; pero como le mira hombre, no tiene gran dificultad en creerlo muerto. Así en estos y otros misterios que hemos celebrado, tenemos por objeto á un hombre que nos da señas del Dios que encubre. Pero en la tierra no hallamos el menor indicio del misterio de la Trinidad que hoy veneramos.

2: En las pasadas festividades la Iglesia nos propuso para asunto de nuestra gratitud unos misterios que son las obras ó los beneficios que Dios nos hizo en su encarnacion en su muerte y en la venida

del Espíritu Santo. Y como las obras exteriores son mas perceptibles que no el ser de quien las ejecuta: hoy que la Iglesia nos propone á Dios en sí mismo es cuando la razon del todo se obscurece, y se hace esclava de la fe con que le confesamos uno en la esencia, y Trino en las personas. Hoy es cuando con las voces de los santos padres tomadas de la boca de los Egipcios (*Ex. x. 22.*) debo exclamar. *O ténébræ ó ténébræ ó ténébræ!* O tinieblas ó tinieblas ó tinieblas! no ocurriendo sino tinieblas en el misterio de la Trinidad. Porque quien llega á descubrir cómo el Hijo procede del Padre sin salir del Padre? cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo sin salir de entrambos? Procesion sin movimiento! Cómo el Padre produce al Hijo sin causar al Hijo? Cómo el Espíritu Santo es producido del Padre y del Hijo y no es su efecto? Produccion sin causalidad, sin dependencia! Cómo el Padre engendra al Hijo y no de materia? Fecundidad sin corrupcion! Cómo el Padre comunica al Hijo su naturaleza y no su personalidad? El Hijo es Dios como el Padre y no es Padre? Cómo, digámoslo de una vez, cómo el Padre el Hijo y el Espíritu Santo son un mismo Dios, tienen un mismo ser y son tres personas realmente distintas? Pluralidad sin division! Trinidad en Unidad! Unidad en Trinidad! *o atitudo! Sapient.* †

3. O tinieblas ó misterio! debo exclamar una y mil veces, confesando que ignoro el modo cómo se compone en Dios lo que en las criaturas dice absoluta contradiccion, y de ninguna manera puede componerse. Mas no porque ignore el modo ó el cómo, dejo de creer firmemente un Dios en la Trinidad sin confusion de personas, sin separacion de substancia. La persona del Padre es realmente distinta de la persona del Hijo y de la del Espíritu Santo; pero una misma es la divinidad la magestad la gloria de las tres personas. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y no son tres Dioses sino un Dios y tres personas, de las cuales cada una tiene la misma esencia los mismos atributos que la otra. El Padre ni es criado ni hecho ni engendrado ni procede de otro. El Hijo procede, y es engendrado del Padre, pero no hecho, ni criado. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero no es ni engendrado ni hecho, ni criado. Por eso la persona del Padre se llama primera, la del Hijo segunda, y la del Espíritu Santo tercera, sin que entre ellas haya precedencia de tiempo ni ceso en la perfeccion siendo como son todas tres cosas iguales y coeternas.

4. Así explica la Iglesia el misterio de la Trinidad en el símbolo que llamamos de S. Atanasio, no á fin de que le comprendamos, sino como en el mismo se dice, á fin de que le veneremos: *Ita ut per omnia & unitas in Trinitate & Trinitas in unitate peneranda sit.* Conformándome pues con su designio no me detendré en explicar este misterio para que le entendais; sino que con el conocimiento de

que

que basta que creais lo que os he dicho, intentaré proponérosle incomprendible, para que le veneréis como fundamento principio y prueba de la religion cristiana que profesais. Porque toda religion, decia S. Agustin, se dirige á que los hombres conozcan la grandeza de Dios, y su propia dependencia, y por consiguiente aquella tiene la nota de verdadera, que hace formar la mas alta idea de la magestad de Dios y el mas justo concepto de la dependencia de los hombres. La religion que profesamos es la verdadera; y el misterio de la Trinidad que creemos y predicaron los apóstoles, bautizando á todos en nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, es la prueba de su verdad. Porque como vereis en el discurso de mi plática este misterio nos hace formar el mas alto concepto de Dios, y de nuestra dependencia.

Primera parte.

5. La sagrada escritura unas veces nos representa á Dios rodeado de tinieblas y otras veces circuido de luces; pero aun en este caso nos describe inaccesibles las luces que le circuyen: *Lucem habitat inaccessibilem* (I. Tim. vi. 16.). No hay pues que esperar Señores, el que lleguemos á comprenderle, supuesto que ó las tinieblas nos le ocultan ó las luces que despide nos deslumbran; y así segun el consejo de S. Juan Crisóstomo, ó bien vivamos en la noche de este mundo ó en el dia del otro, habremos de alabarle y bendecirle con las voces de aquellos tres jóvenes de la tribu de Judá, que en el horno de Babilonia decian: Obscuras noches, claros dias, bendecid al Señor: luces y tinieblas bendecid al Señor; pues incomprendible no puede ser sino asunto de alabanza y bendiciones: *Benedícite noctes & dies Dómino; benédicite lux & ténébræ Dómino* (Dan. iii. 71.).

6. Y este desengaño que tenemos de que no hemos de llegar á comprender á Dios, en lugar de afligirnos debe consolarnos. Porque no podemos formar una idea digna de la magestad y grandeza de Dios, que no nos le represente incomprendible. Si nos imagináramos un Dios capaz de ser comprendido, fuera un Dios fantástico y fingido, siendo la incomprendibilidad no ménos esencial al Dios verdadero, que la bondad el poder la sabiduría. Porque ¿ no es Dios esencialmente infinito? Cómo pues ha de haber ó comprenderse en la corta limitada capacidad del entendimiento humano? Qué escándalo causaron en la Iglesia Eunomio y sus secuaces, cuando se atrevieron á decir que conocian á Dios tan perfectamente como Dios se conoce á sí mismo? Fueron tenidos por ateistas; porque S. Basilio, S. Gregorio Niceno, S. Juan Crisóstomo y todos los padres del siglo cuarto discurrieron que no conocian á Dios los que imaginaban comprenderle.

7. Hasta Sócrates y otros filósofos persuadidos de esta verdad hi-

cieron burla y desprecio de los dioses de los gentiles. Porque como en ellos no advertian sino unos misterios bastos groseros fáciles de entender á primer vista los juzgaron por invenciones puramente humanas. Y no teniendo valor para oponerse publicamente á los errores de un pueblo hecho á adorar como á dioses las criaturas, allá á sus solas con el beneficio de las demostraciones contemplaron y conocieron la existencia el poder la inmensidad la providencia y la unidad de Dios. Y sin duda reconocieron tambien su incomprendibilidad, de suerte que si se les hubiera revelado el misterio de la Trinidad de Dios incomprendible, ó le hubieran creído ó á lo ménos, dice S. Agustin (*de Civ. Dei Lib. x. c. 29.*) hubieran confesado que nada era mas digno de la infinita magestad y de la inefable grandeza de Dios.

8. Porqué os parece, Señores, que el real profeta (*Ps. LXXII. 14.*) entre tantos atributos y elogios dió á Dios el de grande? *Deus magnus*. Porqué crió de la nada á los cielos y elementos? porqué inundó á la tierra con el diluvio? porqué ahogó á los egipcios en el mar bermejo? porqué intimó la ley á los Israelitas entre truenos y rayos? porqué derrotando tantas veces con la fuerza de su brazo á los enemigos de su pueblo, se grangeó el renombre de Dios de las batallas del Señor de los ejércitos? No hay duda que todos estos son ilustres argumentos de su grandeza; pero como no exceden los términos de la esfera de nuestro entendimiento, el profeta Jeremías (*xxxix. 19.*) intérprete del otro, no por ellos le aclama grande, sino porque le reconoce incomprendible: *Dominus magnus consilio, incomprehensibilis cogitatu.*

9. Dios es grande Señores, por muchos títulos; pero por ninguno se ostenta mas grande que por la Trinidad de sus personas, por la cual se conoce incomprendible. Porque entónceis conoceis mejor su grandeza, quando conoceis que no podeis comprenderla, ó como se explica Job (*xxxix. 26.*) quando conoceis que excede vuestro conocimiento: *Deus magnus vincens scientiam nostram.* Y conforme á esta doctrina es el consejo que nos dió S. Agustin (*de Trin. lib. xv. c. 2.*) para conocer si conocemos á Dios. Quereis saber dice, si la idea que teneis formada de Dios es verdadera? Reparad si la comprendeis. Si la comprendeis, no es idea de Dios no es idea del criador sino de alguna criatura. Pero si no la comprendeis, podeis persuadiros que es idea de Dios incomprendible: que es lo mismo que debeis practicar para conocer al sol verdadero. Algunas veces sucede que el sol con la reflexion de sus rayos forma en la nube una imágen tan semejante que es fácil equivocarla consigo propio. En este caso para distinguir al sol verdadero del que no lo es; debeis mirar al uno y al otro. Si al mirar al uno de hito no parpadeais, no es sol verdadero el que veis dice Agustino; *Si vides non vides.* Y si luego

volviedo la vista al otro la lastima con sus rayos, os deslumbra, ese es el sol verdadero: *Si non vides vides*. Pues del mismo modo Fieles inios, cuando os poneis á contemplar á Dios uno en la esencia Trino en las personas, la misma elevacion del misterio que os perturba y confunde, os certifica de su verdad y de la verdad de la religion que profesais. Porque como habeis visto, os hace formar el mas alto concepto de la grandeza de Dios; y como vereis, el mas justo concepto de vuestra dependencia y reconocimiento.

Segunda parte.

10. Despues que nuestros primeros padres intentaron constituirse independientes, sacudiendo el yugo de la obediencia debida á su Dios y criador, se ha hecho en sus descendientes hereditario con la rebeldía el deseo de la libertad. Nada mas apetecen los hombres que la independencia, nada mas aborrecen que la sujecion. Y aun si bien se mira, como nuestros primeros padres nada mas apetecieron que el adquirir por sí mismos un conocimiento universal de todas las cosas, segun les prometia el demonio: *Eritis sicut Dii scientes bonum & malum* (*Gen. iii. 5.*) esta curiosidad, este desordenado deseo de saber es el mas conforme á la depravada inclinacion de los hombres. Dificilmente creen unos lo que dicen otros, sin averiguar las razones y motivos que tienen para decirlo. Y en esto confieso que proceden muchas veces con cordura, despues que está tan introducida en el mundo la mentira.

11. Pero no debemos extender la incredulidad al infalible testimonio de Dios, como ejecutaron los Israelitas, tan incrédulos que segun nos dice el real profeta, no creyeron las mismas maravillas que miraron: *Et non crediderunt mirabilibus ejus* (*Ps. lxxxvii. 32.*). Por eso tantas veces llama el Espíritu Santo dura á su cerviz, pues no querian doblarla al yugo de la ley ni al yugo de la fé. Y por lo mismo Jesucristo llama obra de Dios el que los judíos le creyeran: *Hoc est opus Dei, ut credatis in eum* (*Joan. vi. 29.*). Y no se ha de entender que merece llamarse obra de Dios el que creyeran otro misterio que el de la Trinidad beatísima: porque este entre todos como repara S. Agustin, fué el mas desconocido de los judíos.

12. Crefan en Dios la sabiduría el poder la providencia y sobre todo la unidad: siendo esta fé y la adoracion que tributaban en el templo de Jerusalem á un Dios, el carácter y la divisa que distinguía á aquel pueblo escogido del resto de los hombres idólatras. Pero ni los escribas ni los mas sabios de la ley llegaron á creer la Trinidad de las divinas personas. David y Isaías tuvieron alguna noticia de este misterio; pero ninguno tuvo licencia de publicarle, porque Dios se reservó para sí el sujetar la rebeldía del entendimiento humano en obsequio de la fé de este misterio: *Hoc est opus Dei ut credatis in eum*.

13. Todas las verdades sobrenaturales tienen de sí el que debemos ántes creerlas que entenderlas. Porque si quisiéramos entender ántes, ya no fuera necesaria la fé para creerlas. Por eso alaba S. Agustin á los Israelitas cuando al referirles Moyses que Dios le habia dado leyes para su gobierno, ántes de oírlas leer dijeron: Haremos todo lo que Dios manda (*Exod. xxiv. 3.*). Porque en esto manifestaron su docilidad y su dependencia de la voz de Dios, y que no querian averiguar lo que habian de creer y hacer. Muy al contrario de aquellos dos hereges Alejandro y Himenco, que S. Pablo (*I. Tim. i. 29.*) entregó al poder del demonio porque querian entender lo que habian de creer. Ah blasfemos! Ah soberbios! exclama S. Juan Crisóstomo. La fé divina ha de estar sujeta al juicio humano? Estais sin duda descifrados en aquel sacrilego del Apocalipsis (*vi. 5.*) que montado sobre un caballo negro llevaba en su mano un peso, símbolo del propio juicio, en que pesaba igualmente el trigo y la cebada, esto es las verdades sobrenaturales y las naturales.

14. Es hacer agravio al testimonio de Dios que revela los misterios de nuestra fé, el quererlos sujetar á la razon humana. Nosotros debemos sujetar nuestro entendimiento, sacrificarle en obsequio de la fe y mas en obsequio de la fe con que creemos el soberano misterio de la Trinidad, sin pretender registrarle. Porque si Dios nos manda por el Eclesiástico que no escudriñemos lo que está elevado sobre nosotros: *Altiora te ne quæsieris* (*Eccli. iii. 22.*) ¿qué misterio mas elevado que el de la Trinidad? No seamos soberbios. No Dios soberano. Nos sujetamos á creeros sobre vuestra infalible palabra, Uno en la esencia, Trino en las personas. Os damos Señor, muchas gracias porque haciéndonos dóciles y pequeñuelos os dignaste revelarnos lo que escondiste á los sabios mas presumidos, y porque nos acordais un gran beneficio cuando nos proponeis este misterio.

15. Los apóstoles siempre miraron la profesion de la fe de la Trinidad, como un medio necesario para grangearnos las mayores misericordias. Por eso si predicaron, si obraron milagros, si bautizaron, fué en nombre de la Trinidad, y fué muy conforme á lo que les mandó Jesucristo en el evangelio, cuando les dijo que fueran á predicar y á bautizar á todos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y en su consecuencia enseñan los teólogos, que el bautismo que no se confiere en nombre de estas augustas personas, no es válido ni fructuoso. Y aun añaden que aunque no crea este misterio el que bautiza, como con intencion profiera las palabras *del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, al tiempo que arroja el agua sobre la cabeza del bautizado, causa en su alma la gracia. O palabras, qué virtud teneis! qué eficacia comunicais al agua?

16. Escribió Tertuliano un libro contra Quintila en alabanza del
bau-

bautismo; y comienza refiriendo las muchas maravillas que ha obrado Dios en el agua y por el agua. Envuelto dice, estaba el mundo entre tinieblas en su principio: era todo un disforme caos; y ya el Espíritu Santo se paseaba sobre las aguas como por recreo, ó las fomentaba como una ave á sus huevos, para sacar de ellas las mas hermosas criaturas. Castiga Dios al mundo en el diluvio; y de entre las aguas toma la paloma un ramo de olivo, anuncio de la serenidad y de la paz. Destina á Moyses por caudillo de su pueblo; y le saca de las aguas del Nilo en que le habia echado su madre temerosa. Huyen los Israelitas de Egipto; y las aguas del mar bermejo, que divididas en calles les dan paso, sirven á sus enemigos de sepulcro. Entran en Palestina; y divididas tambien las del Jordan asombran á Cananeos y Ferezeos. Sacando agua de un pozo estaba Rebeca cuando fué escogida para esposa de Isaac: no estaba léjos de otro pozo Raquel cuando la vió Jacob. Y si esto y mucho mas sucedió en tiempo de la antigua ley, en la nueva dice Tertuliano, no hallareis á Cristo sin agua. En el agua le manifestó su Padre, y le dió á conocer al Bautista. En el agua que convirtió en vino dió las primeras señas de su divinidad. Sobre las aguas anda: en ellas sustentó á S. Pedro: agua promete á los que le siguen: en agua lava los pies de sus apóstoles: agua derrama de su costado despues de muerto: *Numquam sine aqua Christus.*

17. Pues todos estos prodigios que obró Dios en el agua, no pueden compararse con el que causa el agua del bautismo; y no por propia virtud sino por la que le comunica el nombre de la Trinidad. Ella nos lava de la mancha de la culpa, nos libra de una pena eterna, nos saca de la esclavitud del demonio, nos infunde la gracia que nos constituye hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino. Esta sí que es eficacia: este sí que es beneficio. No podeis Oyentes míos, dejar de confesar que es inmenso, á ménos que no desprecieis la dicha y la honra que os cabe en ser cristianos por el bautismo. No podeis dejar de reconocerle apénas suene á vuestros oídos el augusto nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; porque él os acuerda las misericordias que el Señor os ha hecho. Bendecid os diré con las palabras que canta la Iglesia en el intróito de la misa, las mismas que dijo S. Rafael á Tobías: bendecid á Dios de cielos y tierra, confesadle delante de todos los vivientes Uno en la esencia, Trino en las personas; pues se ha dignado derramar sobre vosotros tantas misericordias: *Quia fecit vobiscum misericordiam suam* (Tob. xii. 6.).

18. Revelándonos Dios el arcano misterio de la unidad de su esencia y de la Trinidad de sus personas, nos ha hecho formar la mas alta idea de su grandeza y el mas justo concepto de nuestra dependencia. Humildes pues adorémosle con el mas profundo respeto:

dóciles creamos lo que nos ha dicho : agradecidos correspondamos á los beneficios que nos ha hecho , siendo fieles en ejecutar lo que nos ha mandado. Porque ¿ no reparais que al mismo tiempo que encargó Jesucristo á los apóstoles que enseñaran á todos las verdades que habian de creer , les encargó tambien que enseñaran los preceptos que habian de guardar ? *Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis (Mat. xxviii. 20.)*. No seais pues á medias discípulos suyos. Vaya acompañada la fe de sus misterios de la mas exacta observancia de los preceptos. Si , Dios mio. Cuando en el bautismo por boca de nuestros padrinos confesamos vuestra Unidad y Trinidad , prometimos serviros amaros renunciar á las pompas y vanidades del mundo. Ahora renovamos la palabra que os dimos : de haberla quebrantado decimos de lo íntimo del corazon que nos pesa. Pésanos de haberos ofendido , Dios de la magestad y de la gloria. Perdonadnos Dios de misericordia. Asistidnos con vuestra gracia para que digamos en los cielos : Gloria al Padre , gloria al Hijo , gloria al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

JACULATORIAS.

19. Adorado Dios mio ! Pues os dignasteis comunicarme luz para que os creyera Uno en esencia , Trino en personas , hacedme la gracia de que viva y muera en esta fe y de que jamas os ofenda , sino que arrepentido os diga de lo íntimo del corazon , que me pesa de haber pecado.

Soberano Señor ! Cuántos se condenaron y se condenan por no creer el misterio de vuestra Trinidad beatísima ? Yo le creo , y he de condenarme por mis malas obras ? No Dios mio. Os amo sobre todas las cosas. Perdonad mis pasadas culpas : misericordia.

Adorado Dios mio ! Vuestra Trinidad inefable es el objeto de la fe que recibí en el bautismo , y espero que ha de serlo de mi eterna bienaventuranza. He de veros Señor , claramente : para conseguirlo os prometo serviros amaros y nunca mas ofenderos.

PLÁTICA LXX.

DE LA DOMINICA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
predicada á 31 de Mayo de 1744 , y á 23 de Mayo de 1747.

Euntes docete omnes gentes , baptizantes eos in nómine Patris & Filii & Spiritus Sancti. Matth. XXVIII. 19.

1. **N**o solamente debemos creer que fué verdadera y provechosa la doctrina que enseñó la magestad de Cristo en el mundo , si-

no tambien que el modo de enseñarla fué el mas perfecto. Pues aunque no viéramos en la historia evangélica el método, la seguida y la claridad admirable con que fué proponiendo y explicando á sus discípulos los misterios de nuestra fe y los preceptos de nuestra santa ley, bastaran á convencernos la perfeccion de su magisterio las palabras que habeis oído y profirió el Señor inmediatamente ántes de subirse á los cielos. Id, dijo á los apóstoles, enseñad á todas las gentes, bautizandolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris & Filii & Spiritus Sancti*. O qué leccion esta tan propia de aquel tiempo! Suponia ya el Señor bien instruidos á los apóstoles en las verdades conducentes al establecimiento de su religion y del reino de Dios en la tierra, de que les habia hablado muchas veces, y graduándolos de maestros les encargó que las enseñasen á otros: *Euntes docete omnes gentes*. Y á este encargo añadió el otro no ménos importante de que los bautizaran: *Baptizantes eos*.

2. De esta suerte ántes de subirse á los cielos manifestó el Señor el grande amor que tenia á todos los hombres: no ménos que manifestó el que tenia á su madre, cuando ántes de morir encargó á S. Juan su cuidado. Y sin duda procedió en esta ocasion con los apóstoles del mismo modo que un buen padre con sus hijos, cuando al ausentarse de ellos les da el mejor consejo, les acuerda lo que precisamente deben hacer para cumplir con su obligacion. O digámoslo en otros términos: Al modo que un maestro que desea dejar en sus discípulos otros tantos sucesores de su cátedra, á lo último los instruye en lo que deben enseñar y hacer: así Jesucristo dijo á los apóstoles, sucesores legítimos de su magisterio, lo que debian enseñar y hacer para que se difundiera entre los hombres su doctrina y su santidad.

3. Y en verdad qué excelentes maestros salieron los apóstoles de la escuela de Jesucristo! Qué puntuales en obedecer lo que les mandó al despedirse! Divididos por el mundo predicaron el evangelio, bautizaron á las gentes. En todas sus partes dejaron sucesores de su apostólico ministerio, por cuyo conducto ha llegado hasta mí la potestad y la obligacion de enseñar las verdades de la fe que profesais y de conferir el bautismo que habeis recibido. Uno y otro hicieron los apóstoles; y segun el órden del divino precepto, primero enseñaron despues bautizaron: *Docete omnes gentes, baptizantes eos*. Porque entónces y en muchos siglos posteriores, confiéndose el bautismo á los adultos, podia precederle la instruccion ó la enseñanza en cuyo tiempo se llamaban catecúmenos. Pero ahora introducida la universal costumbre de bautizar á los recién nacidos no cabe aquella práctica. Mas no por esto cesa en mí la obligacion de instruir, y en vosotros la de aprender luego que llegais al uso de la ra-

zon, lo que Jesucristo mandó á los apóstoles que enseñaran á todas las gentes: *Docete omnes gentes.*

4. Ninguna de las verdades principales de nuestra fe omitian los apóstoles; pero entiendo que entre las primeras que enseñaban á los que querian bautizarse era la del misterio de la Trinidad beatísima, misterio desconocido de los gentiles, oculto á los judíos y nuevamente revelado á los cristianos. Y entiendo que luego pasaban á explicarles el sacramento del bautismo, sacramento que se confiere con la invocacion de la Trinidad y es una protestacion de su fe. Porque siendo el conocer lo que es Dios, para adorar á su magestad, y el conocer lo que somos por su misericordia, para serle agradecidos: siendo digo, estos dos conocimientos los dos polos en que estriba la gran fábrica de nuestra religion, qué otro misterio nos propone á Dios mas magestuoso que el de la Trinidad, que nos le representa Uno en la esencia, Trino en las personas? Y qué otro sacramento nos eleva á mayor dignidad que el del bautismo?

5. Ya pues que otros años y muchas veces os he explicado del mejor modo que he podido lo que es Dios en sí mismo, Uno en la esencia, Trino en las personas: esta tarde os quiero decir lo que sois, Cristianos míos, por el bautismo. En la primera parte de mi plática os haré ver, que por la gracia del bautismo sois hijos adoptivos del eterno Padre: en la segunda que sois miembros de su Unigénito hijo Jesucristo; y en la tercera que sois templos del Espíritu Santo. Juzgo que no me aparto del asunto de la presente festividad y ménos del que me da el evangelio. Y si logro mi designio de hacerlos conocer lo que sois, espero que correspondereis á las obligaciones en que os ha constituido vuestra dignidad.

Primera parte.

6. Bien sabida es y ponderada de los santos padres, la diferencia que hay entre la antigua y nueva ley. Aquella era una ley que amedrentaba en su principio, en su promulgacion y en su observancia. Pues la dió armado y circuido de rayos y truenos: la promulgaron los profetas entre amenazas, y la observaron los judíos por temor del castigo. Pero al contrario la ley nueva es una ley que enamora en su principio en su promulgacion y en su observancia. Pues la escribió en nuestros corazones un Dios humano con la punta de su dedo con la tinta de su sangre: la promulgaron los apóstoles entre halagos, y la observamos con la dulce esperanza del mejor premio. Y conforme á esta diferencia que hay entre la antigua y nueva ley, es la expresion de que se valió S. Pablo en su carta á los Romanos (VIII. 15.) diciendo que el espíritu que infundia la circuncision en los judíos era un espíritu de servidumbre; pero el espíritu que infunde en nosotros el bautismo es un espíritu de filiacion divina

na adoptiva, pudiendo clamar con gran consuelo nuestro: Dios mio Vos sois mi Padre: *Non accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba Pater.*

7. No podemos dudar que por la gracia del bautismo somos hijos adoptivos del eterno Padre; y mas despues que el mismo apóstol en confirmacion de lo que dijo en su carta á los Romanos, nos asegura en la que escribió á los Efesios (*Eph. I. 5.*) que el eterno Padre nos predestinó á la adopcion de hijos suyos por Jesucristo: *Prædestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum.* Pero ningun concepto podreis formar de esta filiacion adoptiva, á ménos que no sepais que el adoptar es elegir y tomar por hijo una persona extraña. Cuando nacimos éramos extraños y aun enemigos de Dios; y el Señor por los méritos de Jesucristo, con la gracia del bautismo nos eligió, nos tomó por hijos suyos y nos constituyó herederos legítimos de su reino. Esto es Oyentes míos, ser adoptados de Dios; y esto nos acarrea tanta dicha, que no sabiendo explicarla S. Juan admirado nos dice: Ved contemplad vosotros mismos, concebid si podeis el exceso con que nos ama un Dios, que no solo quiere que nos nombremos, sino que seamos hijos suyos: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur & simus* (*I. Joan. III. 1.*).

8. Cuando Dios solamente nos permitiera que tomáramos la calidad de hijos suyos, nos honrara mucho mas de lo que merecemos. Cuando solo quisiera que le llamáramos Padre, del modo que quiso que S. Juan llamara madre á María santísima, fuera inefable nuestra dicha. Pero no para aquí su dignacion. No solo quiere favorecernos con el glorioso nombre de hijos suyos, sino que quiere que interiormente percibamos la realidad las prerogativas que trae consigo su filiacion adoptiva. En verdad no pueden percibirla nuestros sentidos, ni aun puede conocerla nuestro entendimiento con las luces de la razon natural; pero con todo aunque adoptiva y sobrenatural, es mas perfecta esta filiacion divina que la filiacion humana. Mas perfectamente somos hijos de Dios, que nos dió su gracia en el bautismo, que del padre que nos dió el ser en la generacion. Porque ¿no es la paternidad divina, segun decia S. Pablo, el origen la idea y el modelo de todas las paternidades? *Ex quo omnis paternitas in celo & in terra* (*Ephes. III. 5.*). ¿No deben nuestros padres terrenos llamarse mas parricidas que padres, si miramos con los ojos del Crisólogo la miseria en que nacimos? Y quién nos saca de aquella miseria, quién nos reengendra, sino Dios que con su gracia nos da un nuevo ser en el bautismo? No teneis pues que llamar á alguno padre en la tierra, os diré con las palabras de Jesucristo: *Nolite vocare vobis patrem super terram* (*Matth. XXIII. 9.*). Levantad los ojos al cielo, que allí está vuestro verdadero padre: *Unus pater vester qui in cælis est.* Levantad

tad los ojos, y contempládoos en el número de los hijos de Dios, creed con S. Cirilo que os hallais elevados á la mas alta cumbre de la nobleza: *Fustigium nobilitatis est inter filios Dei computari.*

9. No teneis que envidiar, Fieles míos, las riquezas dignidades y honras, que el mundo aprecia y venera en sus príncipes reyes y emperadores. Porque todo eso es nada comparado con la augusta dignidad de hijos de Dios. Y así aunque seais por vuestra fortuna los mas pobres y por vuestro nacimiento los mas viles, con todo si estais en gracia de Dios sois mas ricos nobles y honrados que los Alejandro y los Césares. No os aflija el desprecio que hacen de vosotros los mundanos: no os sufoque algun falso concepto de vuestro desamparo, ensanchad el corazon, esplayad el ánimo, alegráos; pues sois quién lo creyera? sois ahora mismo, amados hermanos míos, hijos de Dios: *Charissimi, nunc filii Dei sumus* (I. Joan. III. 2.).

10. El gran Padre de la Iglesia S. Agustin explicando este testimonio de S. Juan hace esta reflexion. Si un hombre que no conoce padre, despechado de la pobreza con que vive y del desprecio con que es tratado en su patria, se fuera á buscar en otra honras y riquezas, y en el camino encontrara quien le dijera que era hijo del mas noble y rico de aquella ciudad y que iba encargado de volverle á la casa de su padre, qué alegría sentiria en medio de su corazon? Ah, diria, qué mal me conocia á mí mismo! Cuán otra es mi suerte de lo que pensaba! Pues esto es Oyentes míos, lo que os sucede segun dice S. Agustin. Os creéis infelices desvalidos: ansiosos andais buscando sin encontrar en la tierra consuelo; y os sale S. Juan al encuentro para deciros que no os aflijais porque sois hijos de Dios, que el cielo es su casa y que en ella os aguarda para daros un premio eterno. Cuál pues debe ser vuestro regocijo? Qué provecho pensais sacar de tan agradable nueva? Quereis vivir impacientes en los trabajos de esta vida? quereis ser ambiciosos de los bienes de la tierra? Muy poco ó ningun aprecio hicierais del honor de hijos de Dios. Le perderais infaliblemente pasando á ser esclavos del demonio. No Oyentes míos. Penetrados del mas alto concepto de vuestra dignidad, corresponded á sus obligaciones. Vivid y amad al eterno Padre como hijos suyos.

Segunda parte.

11. Otro honor á mas de este nos acarrea la gracia del bautismo, que es el ser miembros de Jesucristo Hijo unigénito del eterno Padre. Bastantes veces me lo habeis oído decir. Mas para su inteligencia debo acordaros que los santos padres distinguen en Jesucristo dos cuerpos, uno natural y otro místico. El cuerpo natural es el que fué formado por obra del Espíritu Santo en las purísimas entrañas de María santísima, fué elevado en una cruz, resucitó y está glorioso

so en los cielos. El cuerpo místico es la Iglesia cuyos miembros somos los cristianos, habiéndonos el Señor unido consigo haciéndose cabeza de todos. En algun modo se asemeja este cuerpo místico de la Iglesia al cuerpo político de una familia cuya cabeza es el padre de ella. Pero es notable la diferencia. Porque el padre de familia solamente es cabeza por la superioridad y por el gobierno. Mas Jesucristo es cabeza de la Iglesia por el influjo universal que tiene en todos sus miembros. No comunica tan bien la cabeza natural los espíritus vitales á sus miembros, como Jesucristo á los suyos. Porque no hay instante en que no inspire castidad á las vírgenes, zelo á los apóstoles, ciencia á los doctores, silencio y recogimiento á los solitarios, mortificación á los penitentes, caridad á los cristianos.

12. Es verdad que no aparece á nuestros ojos la union que hay entre nosotros y Jesucristo, como se descubre la que hay entre la cabeza y partes de nuestro cuerpo. Mas no por eso á los ojos de la fe deja de ser mayor aquella que esta. Porque las partes de nuestro cuerpo están unidas entre sí y con la cabeza, no las unas dentro de las otras; pero como la union que hay entre nosotros y Jesucristo es espiritual, y el espíritu no tiene partes, es fuerza que sea íntima perfecta y universal, que sea mas inclusion que union. Oíd como se explica el Señor por S. Mateo: Conocéis, decia á sus apóstoles, la union que hay entre mí y vosotros? Sabeis lo que vosotros sois y lo que yo soy? Mi padre está en mí y yo estoy en vosotros: *Pater in me est, & ego in vobis* (Joan. xvi. 32.). Yo soy lo mismo que mi Padre, y la union, ó por mejor decir, la identidad de mi naturaleza con la suya es en algun modo el ejemplar de la que hay entre mí y vosotros.

13. ¿No es este Fieles míos, exclama S. Agustin, justo motivo de dar á Dios eternas gracias? Nosotros que por nosotros mismos somos nada, por la gracia del bautismo nos unimos con Jesucristo que es Dios y hombre. Nosotros segun se explica aquel santo padre, nos transformamos en otros tantos Cristos: *Christi facti sumus*. Nosotros somos unos hombres animados del espíritu divino, divinizados, somos segun la expresion de S. Cipriano, unos hombres mezclados, confundidos con Dios, ó segun la de S. Dionisio, somos tan unos con Cristo, que no hacemos número con él: *Cum Deo numerum non componit*. O bondad infinita! O felicidad inmensa!

14. Es interminable la distancia, incomprendible la desigualdad que hay entre Jesucristo y nosotros; como que el Señor es el criador y el primer ser, y nosotros las criaturas y la misma nada. Qué de números pueden formarse? Qué de cosas pueden producirse entre nosotros y Jesucristo? Pero si le contemplamos en quanto nos anima como á miembros suyos, nos parece que somos una misma cosa. Al modo que aunque las partes de nuestro cuerpo se distinguan entre sí

y de la cabeza, como viven una misma vida y están unidas, no son dos sino un todo: así tambien nosotros aunque infinitamente distantes de Jesucristo, como vivamos de su espíritu por la gracia del bautismo formamos un solo cuerpo: *Cúm eo número non componit.*

15. No es posible Señores, penetrar el fondo de esta verdad de que os hablo, de esta union espiritual que nos une entre nosotros y con Jesucristo. S. Pablo la inculca muchas veces en sus cartas, y siempre á fin de persuadir á los fieles á que amen á Jesucristo como á su cabeza, y á que se amen mutuamente como miembros de un mismo cuerpo. Y el mismo fin me he propuesto yo con lo que os he dicho. No quisiera que por un desordenado amor á las criaturas aborrecierais á vuestro criador y á vuestra cabeza. No quisiera que por un vil interes aborrecierais á vuestros prójimos. Desde luego, creedlo como si lo vierais, Jesucristo retira el espíritu que os vivificaba, y quedais miembros muertos cortados de su adorable cuerpo. Al modo que negais de parientes, arrojais de vuestras casas á los que cometen alguna accion infame: así tambien Jesucristo cuando indignamente le ofendeis os niega de miembros suyos, os aparta de su familia. Al modo pues que los que sientan plaza en un regimiento viejo, cuyo coronel cuyos soldados tienen ganado el crédito de valerosos, procuran serle: así tambien vosotros incorporados en un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, cuyos miembros son los santos, debéis imitarlos en las virtudes. Pudiera valerme de otros símiles para hacerlos ver la obligacion que teneis de vivir como cristianos por ser miembros de Jesucristo; pero considero que debo acordaros el honor de ser templos del Espíritu Santo.

Tercera parte.

16. Que nuestras almas por el bautismo se consagren templos del Espíritu Santo, nos lo enseñan á cada paso las sagradas letras. Pero S. Pablo (*I. Cor. vi. 19.*) añade lo que tal vez no sabreis, que las partes de vuestro cuerpo, vuestros ojos, vuestros oídos, vuestros pies y vuestras manos sirven de templo al Espíritu Santo: *Nescitis, quia membra vestra templum sunt Spiritus Sancti?* Aquel Espíritu que santificó á la Virgen para que llevara en su seno al hijo de Dios, santificándoos á vosotros os hace templos suyos. Aquel Espíritu que ántes no habitaba en el hombre porque era carne, reside en la misma carne despues que la lava el agua con la virtud que él propio le dió. Apénas arrojándola el sacerdote pronuncia aquellas palabras: Yo te bautizo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, cuando la mancha original se borra, el vaso de la ira se convierte en vaso de misericordia; y lo que es mas, la carne del pecado segun dice S. Próspero, se transforma en cuerpo de Cristo: *In corpus Christi convertitur caro peccati.*

17. Alguno creará, decía S. Agustín, que la gracia del sacramento del bautismo se reduce á perdonar los pecados; y éste la conoce á medias. Porque consiste ó lleva consigo una íntima union, una perfecta compañía con las tres personas de la Trinidad beatísima. De esclavos que eramos del demonio nos hacemos libres; y no solo libres, sino hijos del eterno Padre; y no solo hijos del eterno Padre, sino herederos; y no solo herederos, sino hermanos de Jesucristo; y no solo hermanos, sino miembros suyos; y no solo miembros de Jesucristo, sino templos; y no solo templos, sino órganos del Espíritu Santo. *Non solum liberi, sed filii; non solum filii, sed heredes; non solum heredes, sed fratres Christi; non solum fratres Christi, sed membra ipsius; non solum membra, sed templum; non solum templum, sed organum Spiritus Sancti.*

18. Veis ahí, Señores, en las palabras de S. Agustín todo mi designio. Considerad atentamente, dice el Santo, las gracias los favores las honras que con profusion recibisteis en el bautismo: *Videte quot sunt baptismatis largitates.* Contempladlo bien, que á su ignorancia atribuyo con S. Bernardo (*in Cant. Serm. xxxvi.*) la relajacion de vuestras costumbres. Porqué si tuvierais siempre presente la dignidad de hijos del eterno Padre, de miembros de Jesucristo, de templos del Espíritu Santo, degenerarais, os corrompierais, os profanarais por la culpa? No: cierto es que no. Y mas considerando que para alcanzar tanta honra renunciasteis en el bautismo al demonio y sus engaños, al mundo y sus vanidades: prometisteis amar y servir á Jesucristo. Estas son las obligaciones de vuestro estado, cristianos míos. De cualquier condicion que seais, pobres ó ricos, nobles ó plebeyos debéis saberlas; y el cumplir con ellas basta para que seais perfectos. En los primeros siglos de la Iglesia no se instituyeron religiones ni habia necesidad de ellas; porque los cristianos, por serlo se creían obligados á ser santos; y no siéndolo se miraban como sacrilegos, faltando á los votos que hicieron en el bautismo. Acordaos vosotros de los que hicisteis, y postrados á los pies de Jesucristo renovadlos ahora mismo. Prometemos Señor, mortificar nuestras pasiones, emplearnos toda nuestra vida en vuestro servicio. Reconocemos el honor que nos cabe de ser cristianos, y arrepentidos de haberle perdido por nuestra culpa, decimos de lo íntimo del corazón que nos pesa. Pésanos de haber pecado. Restituidnos dulcísimo Jesus, vuestra gracia, y con ella la mas segura esperanza de veros reinar con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.